

PH





MCD 2018

MOR-CAS
Encuadernación
C/ VALDEMOSA Nº 5
TEL. 91 450 40 09

MCD 2018

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

- Enrique Molina. *El liceo y la formación de la élite.*
 Gabriela Mistral. *Fuentes de oro.*
 C. G. Jung. *El negro y el indio en la conducta del americano.*
 Guillermo Koenenkampf. *Romance de Diego Lerma.*
 Luis Durand. *La frontera y su interpretación en la literatura
chilena.*
 Luis Alberto Sánchez. *«Trazos de vida».*
 Lautaro Yankas. *Temas bárbaros.*
 Carlos Vattier Bañados. *Don Juan.*
 Magdalena Petit. *Tormenta.*

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

- Carlos Charlín Ojeda. *El enigma del matriarcado en la isla
Rapa Nui.*
 Mariano Picón-Salas. *Salutación a Alfonso Reyes.*
 Héctor Lo Gatto. *La actual literatura rusa.—Del futurismo
al neo-realismo.*
 Mariano Latorre. *Pío Baroja y el ciclo «La selva oscura».*
 Augusto Messer. *Cambio de rumbo en la psicología actual.*
 Ricardo E. Latcham. *El materialismo histórico.*
 Juan Uribe E. *Redescubrimiento de Don Juan.*

LOS LIBROS—LA SEMANA DEL LIBRO—GLOSARIO
—LIBROS RECIBIDOS

Precio: \$ 2.50 - Septiembre de 1933

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.	
Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	\$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 -- Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

008(83)(05

Atenea

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliográfica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (I I I)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Septiembre de 1933

Núm. 101

Enrique Molina

EL LICEO Y LA FORMACION DE LA ELITE

EL año actual y también el año último han sido excepcionalmente pródigos en críticas a la educación secundaria. Se ha repetido que las varias reformas ensayadas por gobiernos anteriores la habrían dislocado y dejado poco menos que reducida a escombros. Hubo sin duda precipitación en los que concibieron esas reformas y falta de preparación y de tino en muchos de los encargados de llevarlas a efecto. Pero seguramente se ha exagerado el mal que ellas han hecho. Por lo menos del Liceo de Concepción, que me toca conocer de cerca, cabe decir que ha sorteado las tormentas como buen buque marino. En las mares más gruesas que ha debido sufrir, allá por 1928, ha dado únicamente pequeños vaivenes. La disciplina y buena voluntad del personal han sabido mantener a bordo de la nave el orden y la regularidad de las fecundas tareas diarias. Me imagino que tal debe haber sido el caso en muchos otros liceos de hombres y de niñas.

Una de las críticas ha sido motivada por el crecido número de fracasados que habría habido en el último período de exámenes. Entre los antecedentes de este hecho se deben señalar sin duda deficiencias, inconexiones y recargo de materia de los programas, y que el

régimen de los exámenes y las reglas de promoción sean defectuosos. Además habría que agregar tal vez, aunque en pequeña proporción, procedimientos poco justicieros de uno que otro de los profesores, flojedad de éstos en el manejo de sus clases e inasistencias también a ellas. Pero no se ha visto que tales fracasos han podido resultar asimismo de un motivo tan plausible como ha sido el reclamo de mayor estrictez para dar el pasaporte de ingreso a las universidades, actitud que ha coincidido con la de un fuerte sector de opinión que, alarmada por los extraños desvaríos de que diera muestra gran parte de la juventud estudiantil metropolitana y alguna de otras ciudades, ha pedido mayor severidad en todas las pruebas y medios que pudieran conducir a un afianzamiento del carácter y a una mejor orientación espiritual de los jóvenes.

¿Por qué las instituciones educacionales estarán sujetas en nuestro país a continuas críticas y a ser objeto de un frecuente descontento? Me parece que esto resulta de que a los establecimientos educacionales se les pide que nos capaciten para resolver todos nuestros problemas y la magnitud de éstos rebalsa el poder de los medios de que disponen los institutos docentes. Querríamos salir de nuestras legendarias pobreza y de nuestro atraso industrial y económico y nos lamentamos de que no se forme una juventud que lo consiga pronto. Querríamos que nuestro civismo fuera ejemplar y nos quejamos de las flaquezas que se observan en esta materia. Los padres se duelen, a menudo, de que sus hijos no empiecen a ganar dinero desde que salen del Liceo y no ven que si el Liceo les proporciona una amplia ilustración general y, sobre todo, les forma sólidamente el carácter, constituye esta educación una de las mejores preparaciones para entrar a luchar por la vida aunque no dé resultados de inmediato. Estos resultados dependerán de las circunstancias y de las aptitudes especialmente técnicas que el joven pueda

adquirir después de ser licenciado del Liceo. Cada individuo no ve la complejidad de los problemas en su total integridad ni la parte de responsabilidad que pueda corresponderle por lo que pasa. Criticamos a la educación como criticamos a los gobiernos porque no apartan todas las dificultades de nuestro camino y no hacen lo que muchas veces debiéramos hacer nosotros mismos. Somos individualistas en un sentido negativo: fáciles, para la crítica y difíciles para la cooperación; pero no en un sentido positivo que dispone la voluntad a gastar el máximo esfuerzo en la solución de los propios problemas y en los de la colectividad.

¿No son acaso los descontentos y amargados hombres superiores? Sí, a condición de que tengan genio. De lo contrario, aun con mucho talento, como la amargura o la maldad les embota el carácter para el bien, no llegan más allá de ser infelices, abúlicos o nocivos, sin superioridad alguna.

No pienso decir que nuestros sistemas educacionales no puedan dar lugar a fundados reparos. Mi anterior observación psicológica y las críticas a la educación encuentran sitio para coexistir perfectamente. Las críticas mismas son una muestra de las esperanzas que se fundan en la obra educadora. Durante los últimos años, después de la gran guerra, las organizaciones docentes han sido sometidas a una revisión continua, a un hacer, deshacer y rehacer incesantes. Si estos tanteos significan desorientación son a la vez signos de vitalidad. La Rusia soviética, la Italia fascista y la España republicana han buscado en la reorganización de la escuela y en su difusión el afianzamiento de sus nuevas instituciones. Las democracias tradicionales no pueden dejar de hacer otro tanto si quieren asegurar su existencia y su porvenir. Es claro que los ejercicios de la fuerza, los atentados contra el poder constituido, los motines, los golpes de Estado, tienen que ser repelidos y dominados por la fuerza. Pero las construc-

ciones definitivas exigen más que el dominio del puño y de las armas.

Una república democrática, cuyo edificio institucional descansa en la voluntad de la mayoría ciudadana, y que debe estimar la revolución como una calamidad, tiene que abrirse por medio de la intensa y adecuada educación de sus hijos los caminos del progreso.

* * *

Lo dicho nos ha puesto ante el problema de las finalidades que es dado señalar a la educación en general y particularmente al liceo, o aun, ante el de si es posible siquiera pensar en finalidad alguna fuera del desarrollo espontáneo de los educandos.

Se manifiesta una acentuada oposición entre los reformadores teóricos de la educación y los que tienen las responsabilidades prácticas de la enseñanza y de la administración de institutos docentes. Los primeros encarecen la necesidad de respetar la espontaneidad del niño, fundándose en los dictados de la biología y en los sagrados fueros de la vida. Estos llegan a decir que al niño, por lo menos hasta los doce años, hay que dejarlo expandirse sin freno como un pequeño salvaje. Algo se supo en Chile de los dislates de esta escuela hace cinco años. Los segundos preconizan la importancia del orden y de la disciplina, se inspiran en la filosofía social que señala fines y, por las exigencias mismas de los empleos que desempeñan, tienen que preocuparse de la preparación de los alumnos para el porvenir y para su ingreso a la universidad.

No todos los reformadores han sido meros teóricos sin embargo. Dewey, Kerschensteiner, Decroly, Claparède han tenido a su cargo tareas prácticas de educación en escuelas llamadas ya escuela activa, escuela nueva, escuela del trabajo; pero es menester agregar

que no han prescindido del orden sin el cual no es posible llevar a cabo ningún trabajo provechoso.

Así se ve que no es difícil tentar una conciliación armoniosa entre las dos tendencias, lo que nos conducirá a hablar de la finalidad última del liceo.

No se deben perder de vista ni un instante la espontaneidad y los intereses del niño para que sus actividades se desarrollen con gusto y eficiencia y el crecimiento de su ser se efectúe integralmente en las mejores condiciones posibles; pero tampoco hay que olvidar cierto orden sin el cual se corre el riesgo de que esa espontaneidad se malgaste de una manera inútil y quién sabe si funesta.

En los primeros años de la escuela se debe dar el mayor margen al juego y a la expansión del niño y a medida que se avance a cursos superiores entendemos que debe estrecharse gradualmente ese margen para ir exigiendo mayor control y dominio de sí mismo de parte del alumno. En la base de esta figura ideal del proceso educativo, en que dejamos la más grande amplitud a los movimientos espontáneos del alma infantil, no falta el orden, y en la cúspide, que marca el ápice de perfección a que debe haber llegado el carácter del joven, tampoco falta la espontaneidad. Se hallará solo regida por la disciplina necesaria para que sea más fructífera.

Se ha repetido muchas veces el dicho de Lenin según el cual la revolución haría que hasta su cocinera tuviera capacidad política para dirigir el Estado. Esta cuchufleta oratoria ha querido ciertamente demostrar la más completa adhesión del apóstol bolchevique a las clases inferiores y la voluntad de regenerarlas. Pero de una buena intención no ha podido pasar. Los Estados necesitan de hombres especialmente preparados y de carácter superior para su dirección. A la enseñanza secundaria, completada por la universidad, corresponde la formación de esta *élite*. Quiero decir la formación

sistemática porque bien puede ocurrir que por excepción haya hombres de cualidades eminentes formados en establecimientos de otra índole. Cualquiera que sea la orientación predominante que se señale a la educación secundaria, el delta de este río es la *élite*. Ahí llegan los liceos franceses con el esmero puesto en una sólida preparación intelectual que los distingue y ahí también llegan los institutos ingleses con la preferencia que dan a la educación del carácter.

La tarea de la formación de una *élite* tiene que ser ante todo función educadora, y ¿hasta qué punto se puede educar en nuestro liceo? En realidad no faltan estorbos para ello. En un país tan centralizado como el nuestro, los planes de estudio, los programas y multitud de detalles reglamentarios llegan minuciosamente ordenados desde las direcciones generales. Parece que no se deseara dejar nada por discurrir, y, sometién-dose los profesores con frecuencia mecánicamente a lo que se prescribe, el tiempo resulta estrecho para embutir más y más conocimientos en las cabezas a menudo refractarias de los muchachos.

Sin embargo, qué espléndido campo queda todavía para el educador, para el educador de verdad. Infundir alma y vida a las hojas muertas de esos programas, recortándoles, si es preciso, en un bello gesto de olvido de la burocracia, cuanto tengan de demasiado frondoso. Hacer de los términos profesor, alumno y materia de estudio, no tres cosas que se topan sin entenderse, sino un trinomio vivo, animado por el amor, de manera que en lo posible no se enseñe nada que no corresponda a un real interés existente en el alma del niño. O más bien, que cuanto el niño aprenda sea, hasta donde se pueda conseguir, impresión grata dejada en su espíritu por su propia actividad espontánea. Y, cuando este ideal no se alcance, ver modo de presentar con interés aun los asuntos más secos y difíciles.

Pero los requerimientos de la enseñanza universita-

ria obligan a suministrar a los alumnos del liceo cierto caudal de conocimientos con mayor rapidez de la que permite la estricta aplicación de los métodos activos preconizados por los reformadores. De manera que en la práctica de la educación secundaria no se puede evitar por completo la comunicación directa del profesor al alumno ni que ella tenga cierto carácter libresco. Los profesores universitarios no se cansan de lamentarse de la ignorancia de los alumnos que les envían los liceos. Es una dolencia que repiten con cierta complacencia. Los licenciados del liceo no sabrían nada de nada, carecerían de la capacidad para discurrir lógicamente y no estarían maduros para ingresar a la universidad. Con lo que se plantea la interrogación de si la solución del problema de la enseñanza secundaria no estará en prolongar por uno o dos años más el curso de las humanidades antes que atiborrar en los seis años que éstas duran la mente de los jóvenes con conocimientos que se asimilan mal y se desvanecen fácilmente.

De toda suerte, cualesquiera que sean las condiciones que se nos ofrezcan, no nos es dado apartar nuestra atención de la formación de la *élite*. Es ésta una cuestión vital para nuestra democracia como para cualquiera otra. Por lo mismo que es vital no hay en ella nada de artificial o artificioso. Se nos presenta, al contrario, como un resultado natural, como el desarrollo lógico de un proceso que concurren a realizar fuerzas orgánicas y vivas, como ser: las necesidades de la democracia, que acabamos de mencionar, la categoría que alcanza la juventud graduada al final de las humanidades, y los principios mismos que deben inspirar la educación moral y la formación del carácter de los hombres.

Los jóvenes de cursos superiores de la enseñanza secundaria son privilegiados. Gozan del privilegio de haber recibido la más alta educación general. Son los únicos que estudian *humanidades*, el más noble y her-

moso término inventado para designar una rama de la educación, término de gran contenido que no puede implicar únicamente cierta suma de conocimientos. Desde el Renacimiento y hasta el siglo XVIII comprendieron sobre todo el estudio de las lenguas y literaturas griega y latina, luego también el hebreo y su poco de historia y de matemáticas. En los tiempos modernos se introdujeron las ciencias físicas y naturales, las lenguas vivas y se acentuó la importancia dada a la lengua patria, a la historia y a las matemáticas. No olvidemos las escasas nociones de filosofía que también se enseñan y las de educación cívica. Opiniones autorizadas echan aún de menos en las humanidades el estudio de la sociología. Agreguemos todavía el lugar que se ha conservado a la religión y el que se ha dado a la gimnasia, al dibujo, al canto y a los trabajos manuales. Con esta invasión de nuevos ramos impuestos por los progresos de las ciencias y las exigencias de la vida contemporánea el latín y el griego han perdido el valor esencial que antes tuvieran. En algunos países han mantenido su valor como indispensables para la formación de los hombres de letras, de ciencias, y de ciertas clases de profesionales liberales. En Francia y Bélgica predomina el concepto de que la *élite* la integran principalmente los jóvenes que han seguido los cursos en lenguas clásicas. Entre nosotros han sido suprimidas de todos nuestros planes de estudio y con ello se ha ido tal vez demasiado lejos.

Pero pienso, no obstante, que bajo esta variedad de contenidos, unas y otras humanidades tienen un mismo espíritu y persiguen fines análogos, a los cuales se llega por distintos caminos. Si no fuera así no merecerían llevar su glorioso nombre. Estos fines son nada menos que poner en el alma del joven puntos esenciales donde se afirmen conceptos acertados acerca del mundo y la existencia y donde arraiguen la comprensión y estimación de lo humano y un sentido ético de la vida.

Me parece que los programas, en medio de la balumba enciclopédica de tantos ramos que forman las humanidades,—no deben perder de vista estas líneas directrices y mantenerse en un plano sereno en que las principales sollicitaciones de los alumnos han de ser el amor a la verdad, al bien, a la belleza, a la justicia. Moviéndose en este ambiente ha de constituir al mismo tiempo un ideal de la educación el desarrollo de la personalidad de los jóvenes y de su originalidad creadora.

La situación de privilegio de los licenciados del liceo, de que hemos hablado, no se halla reñida con las normas de una sociedad igualitaria. Igualdad no quiere decir uniformidad sino igualdad de oportunidades para todos los miembros de la sociedad. Algunos por su talento o por su vigor pueden ir más lejos que otros. Pero el privilegio entraña responsabilidades. Por lo mismo que esos jóvenes deben figurar entre los pocos centenares de los más preparados de la población nacional, tienen la obligación de servir mejor a la sociedad. Es decir, hay que encauzar y aprovechar en un sentido ético y social el privilegio que por la fuerza de las cosas resulta de la selección efectuada en el liceo.

A la educación moral, sistematizando lo que ha venido haciendo la práctica de la enseñanza, corresponde cultivar en el corazón del joven el sentimiento de la suprema estimación del trabajo. Ya hemos observado que haciéndolo agradable es más fácil estimarlo, circunstancia que nunca debe perderse de vista al principio de las labores escolares. Más adelante conviene dejar de lado la busca de lo fácilmente agradable y que la disciplina misma de la voluntad dé lugar a altas satisfacciones para el individuo. Tanta estimación merece el trabajo manual o muscular como el intelectual. Uno y otro se completan. El obrero que vive de la fuerza de su brazo y el que vive de la fuerza de su espíritu son en la sociedad hermanos de una misma clase.

al frente de los que no hacen nada, o viven de medios ilícitos, o de la explotación de los demás.

No faltan tampoco en las colectividades humanas, ni han faltado nunca, situaciones de relumbrón, falsos valores, que no debemos permitir nos engañen. La única ejecutoria de auténtica hidalguía la otorga el trabajo. Si un nombre aristocrático se estima como un antecedente favorable es porque constituye una garantía de rectitud. Al no ser así, al no ser el que lo lleva un hombre laborioso, no pasa el aristócrata de la categoría de parásito social más o menos dañino, según sean los puntos de moralidad que haya alcanzado a salvar en el naufragio de su vida.

Los principios modernos aconsejan que la obra de la educación, para no hacer de ella una labor de gabinete y sin interés, debe llevarse a cabo, en íntimo contacto con la vida social circundante. Veamos el cuadro que ofrece nuestra sociedad. Una colectividad pobre, bastante apartada del resto del mundo, no obstante los prodigiosos medios de comunicación de nuestra época. Por obra de nuestra pobreza y del Control de Cambios cuesta hoy más traer de fuera del país una encomienda de libros que un automóvil hace tres años. Con lo que el aislamiento espiritual de los chilenos,—de vastas consecuencias para su cultura,—se va haciendo cada día más hermético. Una colectividad financieramente quebrada y desprestigiada en el extranjero, persiguiendo su opaca rutina y viendo modo de resolver sus agrios problemas en medio de abrumadoras dificultades, de las cuales dos parecen negras pesadillas diarias. De una parte clases inferiores cuyo espectáculo suele dar ganas de llorar: harapientos, sumidas en la miseria, en la roña y en la podredumbre, degradadas por la escasez y roídas por los vicios y las epidemias. Al lado de esa pobre gente los predicadores de la revolución como sánalotodo: ilusos o ambiciosos que ignoran o pretenden ignorar que la revolución no vendría más

que a aumentar el caos y el mal, según nos lo han enseñado ya costosas experiencias; ilusos o ambiciosos que ignoran que la verdadera elevación del hombre sólo se obtiene por un mejoramiento de su alma de adentro hacia fuera, que la regeneración social sólo se alcanzará gracias a una intensa reconstrucción educadora que un gobierno legítimamente establecido puede poner en marcha sin necesidad de derribar el edificio institucional de la república.

No es mucho más halagador el panorama que ofrece el resto del continente. Una educación más o menos integral en cualquier país hispanoamericano no puede descuidar el cultivo de la solidaridad entre estos pueblos de una misma raza imantados por la historia hacia destinos comunes. Oigamos a Vasconcelos, el valiente escritor y político mejicano, en una alocución dirigida a la juventud de Colombia. «Dudo, dice, de que los jóvenes de hoy se den cuenta plena de la herencia pavorosa que les espera; herencia de esclavitud y deshonra que les hemos estado preparando en casi toda la América... hoy que se olvidan el principio y el agravio y el orgullo para proclamar el *entreguismo* que ya va siendo clamor continental... Vergüenza heredada de nosotros, oh juventud. Yo, que miro mi continente, quisiera no ser padre en la carne para no dejar una descendencia paria, quisiera no ser padre en el espíritu para no dejar atrás la cobardía que busca las excusas, la mentira que disimula oprobios. En fin, juventud colombiana, que un día me proclamaste maestro: te debo la verdad y te digo que da náuseas el continente. Ven tú si puedes, si logras renegar de tus propios padres; ven con un cubo de agua que lave conciencias, ven con un puño firme que enderece voluntades. Supera nuestros conflictos miserables. Por encima de la disputa dogmática, por encima de las justas reivindicaciones de clases, por encima de las artes y de las ciencias, pon la decisión de unir, de levantar, de orga-

nizar a la raza para la defensa y para la creación. De la derrota, de la opresión, de la miseria, sacan las almas válidas recursos inagotables de salvación. Busca dentro de ti misma, confía en ti misma, haz de todo tu asco un orgullo. Trabaja y paga. Gana sola tu pan: del extranjero, el trueque, nunca el favor; al extranjero, la mano, nunca la voluntad. Sólo una serie de generaciones dedicadas al trabajo rudo, al orgullo, al silencio; sólo una sucesión de hombres viriles podrá contener el oleaje que avasalla».

Mis palabras y las de Vasconcelos no son, es claro, exactas como expresión de la totalidad chilena e hispanoamericana; pero sí lo son en ciertos aspectos. No hay que ver en ellas la manifestación de un irremediable pesimismo. Con ellas he querido sólo poner de relieve lo que urge atender con premura y tesón.

Se hallan también esas palabras plenas de verdad definitiva en cuanto quieren colocar el trabajo en el centro del alma del joven como el núcleo de una constelación de valores del espíritu. Sólo por el rudo trabajo se salvarán estos países, por el trabajo bien organizado en un medio de justicia social y de cooperación entre los individuos y las clases de la colectividad. Amar es dar. Amar a su patria es darle a ella sus actividades y vivir de la elaboración de los recursos que ofrece. Así educación y trabajo se confundirán en un solo proceso y conducirán a la emancipación económica y se podrá pensar en la hora de la primera plenitud de la América Hispana.

Es frecuente creer que hablar de ideales es usar un gastado recurso retórico, que la virtud y el ideal sean armas viejas y mohosas que han perdido la eficacia. Pero no es así. El amor es viejo como la vida y cada amor que florece en un corazón constituye la más espléndida novedad que se conoce. Más si del amor sólo se tienen las palabras y no su esencia divina resulta una comedia embustera, liviana y peligrosa. Los ideales

que de veras arraigan en un alma la entonan con nuevas y puras energías. Lo que hay es que son energías internas y recatadas que prefieren obrar y no exhibirse. Tienen también algo de la quilla, gravitación oculta que mantiene fija la línea de la nave y evita que zozobre. Si cae el trigo en tierra dura que no le abre su seno para recibirlo quedará en el suelo como cualquier guijarro inútil. Aceptado por la tierra bien preparada se convierte en el mejor sustento del hombre. Pero la cosecha del trigo es un despertar anual que exige también ser anualmente preparado. El pecho, en cambio, abierto a los ideales, logra en un perenne estío un sustento espiritual que no se agota. Basta con permanecer fiel a ellos y no negarles el riego del estudio. Se van robusteciendo a sí mismos con los propios actos que inspiran. Y en ese estío, aun el escepticismo y los desengaños, estos enemigos de la entereza del alma, no logran más que enriquecer la mente; no quebrantan la voluntad ni el carácter.

Condición de *élite* es ser movida por valores espirituales. Para lo demás sobra la turba de los adocenados de toda especie.

Cuando la nobleza feudal era eficiente y desempeñaba importantes funciones sociales hasta el siglo XVII, para indicar los imprescindibles deberes a que se hallaba sujeta por sus mismos privilegios, se decía «nobleza obliga». Hace más de cien años que la nobleza cayó; primero fué el olvido o lo innecesario de sus deberes; vino después la abolición de sus privilegios.

Las sociedades contemporáneas destinan ingentes sumas a formar una nueva nobleza, la *élite* de los mejor preparados, nobleza no seleccionada por el color de la sangre sino por los méritos de los talentosos y esforzados sin distinción de clases, por los capaces de subir hasta las últimas gradas del edificio educacional; y ahora se dice «*élite* obliga», obliga a ser intrínsecamente superiores y buenos, a servir a la sociedad y a luchar por su progreso.

FUENTES DE ORO

*... No era tampoco la fuente
piel de oro y arena de oro,
vientre de oro y ceja de oro.*

*Y dijo que era la fuente;
dijo brillando, dijo cantando
y estándose sobre el camino
a cuatro pasos de la sed
y a ningún paso de la vista.*

*Dijo que era la verdadera
fuente a cada uno prometida,
al hocico de la gacela
como a los belfos del zorrillo.*

*Y en la fábula de mi infancia
era la misma, era la misma,
piel de oro y fondo de oro,
cuerpo de oro y aliento de oro.*

*Con tanto oro que no vi más
cuerpo mío de viejo esparto,
cara mía de seca lava
y mis ropas de algas marchitas.*

*Sino el cenit lloviendo oro
y el oro rindiendo mis párpados,
y azogue de oro tiritando
en el légamo de mis entrañas,
y mi cara comiendo el oro
y sus hebras rayando el pecho.*

II

*... Yo sé que las fuentes de oro
siguen cantando en otra parte,
también por mí, también por mí,
hija de Dios y su heredera;
que son tantas como nosotros
las fuentes de oro, las fuentes de oro,
y yo tengo mi sorbo de oro,
como el ciervo y como el zorrillo.*

*Y sé que la mía está allí
en esta misma hora cantando:
—«Soy la fuente de oro de aquella,
suya desde la eternidad.»*

*Mas antes de llegar a ella
yo me cansé de gran cansancio,
me relajé por el engaño,
tomé el odio de su color
y su nombre ya me es injuria.*

*Oro épico, oro brutal,
oro de las cosas eternas,
ofensor de vista mortal,
cuya herida no olvido más.*

III

*... Siguen las fuentes, siguen las fuentes,
muy combadas y muy divinas,
muy gayas y muy ofrecidas.*

*Pero la que iba ya no va,
porque es raza de un solo engaño
de una sola y loca jornada
y no más que de una derrota...*

*La última, que era la mía,
vientre de oro y guiño de oro,
sonar de oro y tacto de oro,
que no me espere inútilmente
—estíos rápidos, otoños lentos—
y sepa que rompí mis pies
y me arranqué también la boca.*

IV

*... Fiestas de fuentes, irrupción
de fuentes en toda la tierra;
oigo las voces de aleluya,
las carreras como el reparto.*

*Fuentes de oro, cingulo de oro,
guiño de oro y tumba de oro.*

GESTOS: LA COPA

*Yo he llevado una copa
de una isla a otra isla sin despertar el agua.*

*Vertida una gota, traicionaba una sed.
Derramada una sola, el don era caduco.
Perdida una burbuja, el dueño lloraría.
Mi paso era seguro a pesar de mi miedo.*

*No saludé las ciudades;
no dije el elogio de las torres perfectas;
no abrí los brazos en la Gran Pirámide;
no fundé casa con lecho y con hijos.*

*Pero cuando entregué la copa yo dije
con el sol nuevo sobre mi garganta:
—«Mis brazos ya son libres como nubes sin dueño.
Mi cuello en la colina
de la invitación de los valles se mece.
Mi garganta filial va a responder
a la voz de las islas redondas y vivas.*

*Mentira fué mi aleluya. Miradme:
yo tengo los ojos aun sobre las palmas;
yo camino lenta sin diamante de agua;
yo marchó sallada como Sara en su asombro de sal
y me tumba en el pecho y los pulsos
la sangre batida de angustia y de miedo.*

EL NEGRO Y EL INDIO EN LA CONDUCTA DEL AMERICANO ⁽¹⁾

AL ingenuo europeo nunca se le ha ocurrido pensar que la psicología del americano medio pueda ser particularmente complicada o sofisticada. Al contrario, le impresionan la simplicidad y la derechura del pensamiento y las costumbres americanas. Le agrada considerar a los americanos como un pueblo muy activo, negociante y asombrosamente práctico, dedicado a un solo fin: el Dios Amarillo; y cuyo *handicap* tiene algo de lo que los magazines ingleses llaman «American»; algo que está en el límite de la manía: —«La gente colonial, sabe usted, parece un poco rara, como nuestros primos sudafricanos».

Así, al tener que referirme seriamente a los americanos y su psicología peculiar, es natural que mi público europeo se sienta, si no del todo chocado, al menos confundido y dispuesto a desaprobarnos. Queda por ver lo que pensarán de mis ideas los americanos.

(1) Hemos tomado de «Trapalanda», de Buenos Aires, publicación mensual de las mejores que dirige el cultísimo escritor Enrique Espinosa, este admirable ensayo de Jung. Esta conferencia fué pronunciada por el gran psicólogo y ensayista suizo al regreso de su último viaje a los Estados Unidos y publicada solamente en inglés en la revista «Forum» de Nueva York.

En 1909 visité por primera vez a los Estados Unidos. Tuve mi primera impresión del pueblo americano como un todo; antes había conocido solamente individuos. Recuerdo que caminando por las calles de Búffalo, a la salida de centenares de obreros de una factoría, como europeo ingenuo, no pude menos que hacerle notar a mi compañero americano: —«No se me había ocurrido que tuviera tanta sangre india vuestro pueblo».

—Qué, —dijo él— ¿sangre india? Apuesto a que no hay una sola gota en toda esta multitud. Yo contesté: —¿Pero no ve usted, sus caras? Son más indias que europeas.

En seguida me informaron que la mayoría de esos trabajadores eran de origen irlandés, escocés y germano. Quedé confundido y algo incrédulo; y sólo más tarde llegué a ver cuán ridícula había sido mi hipótesis. Sin embargo, mi impresión se mantuvo en pie y los años no han hecho más que confirmarla.

Cuando volví de América, me traje ese particular sentimiento de insatisfacción, propio del que se ha equivocado en cierto modo. Tuve que confesar que me fué imposible «pescarlos». Sabía tan solo que una diferencia sutil separaba al americano del europeo; una diferencia semejante a la que existe entre el hombre de Australia y el de Sud Africa. No tanto de los caracteres anatómicos como de la conducta toda, a la vez física y mental. Es evidente en el lenguaje, en los gestos, en la mentalidad, en los movimientos del cuerpo y aun en aspectos más nebulosos. Se puede a este propósito decir muchas cosas ingeniosas e inteligentes, y, sin embargo, no llegar a analizar esa diferencia.

Pero otra impresión se fijó asimismo en mi mente. No la noté al principio y no ha hecho más que perseguirme como sucede con las cosas que tienen cierta importancia y aun no han sido comprendidas.

Fuí en una ocasión huésped de una rígida y solemne familia de Nueva Inglaterra, cuya respetabilidad era casi horrible. Me sentí como en casa, pues hay también en Suiza gente tan conservadora y tan respetable. Pero servían la mesa unos criados negros que me dieron la impresión de que estaba comiendo en un circo. Me sorprendí examinando prolijamente los platos como para hallar las huellas de los dedos negros. Una solemnidad sin motivo rodeaba el almuerzo, una solemnidad, creo, propia de la gran virtud o de algo por el estilo. En ningún caso, se rieron. Todos eran muy amables y muy corteses.

Por último, no pude más y para bien o para mal empecé a hacer chistes. No dejaron de celebrarlos con sonrisas condescendientes; sin embargo, no conseguí despertar esa risa americana, cordial y generosa que amo y admiro tanto. Bien,—pensé—la sangre india, las caras de madera, los mongoles de camouflage. ¿Por qué no ensayar algo chino con ellos? Y llegué a mi última historia—una realmente buena—que no bien hube terminado, desató una enorme avalancha de risa precisamente a mis espaldas. Era el criado negro, era la verdadera risa americana, esa risa grande, sin límites, no sofisticada, mostrando hileras de dientes, paladar, lengua, todo.

Me gustó ese hermano del Africa.

II

La risa americana es muy impresionante. Reír es una manifestación emotiva y se aprende muchísimo sobre el carácter de la gente a través del estudio de su manera de reír. Hay la gente que padece una risa mutilada. Da pena verla reír y el sonido de esa matraca estridente, dura y comprimida, casi nos

enferma. América es un país que sabe reír. Esto significa muchísimo, significa que todavía posee ingenuidad, salud emotiva y relación inmediata entre sus semejantes.

Esta risa se acompaña de una notable vivacidad y de una gran facilidad expresiva. Los americanos son grandes habladores. Su charla llega hasta sus periódicos, monstruosamente grandes, de modo que la charla se continúa en la lectura. El estilo de tal prosa americana es un estilo hablado. Cuando no es demasiado pedestre es para el europeo, tan fresco y regocijante como la risa americana. Pero, desgraciadamente, a menudo, no pasa de cháchara—el ruido de un gran montón de nueces vacías.

Una de las mayores ventajas del idioma americano es su slang. Yo estoy lejos de burlarme de él; por el contrario, me agrada profundamente. El slang es un lenguaje en formación, una cosa llena de vida. Sus figuras no son metáforas roídas por gusanos o imágenes pálidas consagradas por edades inmemoriales y por convenciones pulidas, correctas y rígidas. Son figuras llenas de vida, con el vigor de su origen terrenal y el incomparable sabor de un país extraño y nuevo. En América se siente fluir una nueva y extraña corriente de vida a través del viejo idioma inglés.

Los ingleses se asombran con frecuencia sin explicárselo. ¿Es producto del nuevo país solamente? Lo dudo. Y en seguida daré mis razones.

El americano muestra en sus movimientos una fuerte inclinación a la negligencia. Esto es evidente en su andar, en el modo de usar el sombrero o el cigarro; y en la manera de hablar. Los americanos se mueven con las articulaciones flojas y las caderas oscilantes. Esta característica de las mujeres negras primitivas se observa frecuentemente en las mujeres

americanas, mientras el porte movedizo es habitual en los hombres.

La característica más asombrosa de la vida americana es su ilimitada promiscuidad. Todo el mundo se siente con derecho a ponerse en contacto con el prójimo. Y esto parece agradar. Mas, para un europeo del centro como yo, la falta de distancia entre la gente, la ausencia de verjas alrededor de los jardines, el afán de popularidad, las columnas chismosas de los periódicos, las puertas abiertas de las casas (desde la calle uno puede ver a través de la sala y del dormitorio adyacente, el fondo); todo esto es más que desagradable, es realmente horrible. Uno se siente de pronto arrastrado por una ola febril y absorbente de incontinencia emotiva que no conoce límites. Se la ve en el ansia y en la prisa de la vida diaria, en todas las manifestaciones del entusiasmo; en los orgiásticos estallidos sectarios y en la violencia de su admiración o reprobación pública.

Esta abrumadora influencia de las emociones colectivas se extiende a todo. Sobrepassa con facilidad la medida y lleva a la gente a situaciones que de seguro el arbitrio individual hubiese impedido. Tiene decididamente un efecto aplastante sobre la psicología americana. Se nota sobre todo en el problema sexual, en su evolución después de la guerra. Hay una marcada tendencia a la promiscuidad que no sólo se ve en la frecuencia de los divorcios sino también y más aun, en la falta de prejuicios de orden sexual en la juventud.

Como resultado inevitable, la relación individual entre los sexos ha de resentirse. El contacto fácil nunca despierta y desarrolla los valores del carácter porque no permite una profunda comprensión mutua. Tal comprensión sin la que no puede existir el verdadero amor, sólo puede alcanzarse venciendo todas las dificultades que nacen de la diferencia psicoló-

gica de los sexos. La promiscuidad paraliza todos esos esfuerzos, de modo que la relación individual parece absolutamente superflua. Así cuanto más prevalece una libertad sin prejuicios y una fácil promiscuidad tanto más chato se vuelve el amor; degenera en juego sexual transitorio.

Toda la vida americana parece ser la vida de las grandes aglomeraciones, verdadera vida de ciudad. Hasta la comuna más pequeña se niega el carácter de pueblo y tiende a hacerse ciudad. Se dijera que todo fuera colectivo y standardizado, pues la ciudad rige el estilo de vida, aun en el campo. Una vez, al visitar cierto lugar de veraneo donde se hace la llamada vida de campo, un amigo europeo que iba conmigo me dijo : «Apuesto que tienen un tratado de camping». Y en efecto; ahí estaba brillando, rojo y oro en el estante.

El campo es admirable—no, mejor, divino—con el leve perfume de eternidad sin historia del aire. Los grillos no temen al hombre y la charla de los sapos en la noche con el chasquido prehistórico de su voz. Sí, existe *realmente* el campo. Nadie parece estar en él, y menos que nadie, estos ciudadanos apresurados, charlatanes, ruidosos y automovistas. No están adheridos a la tierra como los indios rojos. Entre los indios uno está particularmente contento; ellos están en su país y no encima de él; de modo que entre ellos sí existe la paz de Dios.

III

Conozco muy bien las naciones que dieron origen a los Estados Unidos; pero si me apoyara sólo en la teoría de la herencia no podría de ningún modo explicar cómo los americanos que descienden de cepa

européa han llegado a obtener esas peculiaridades tan llamativas. Puede suponerse que algunas de esas características son supervivencias de la vieja manera *pioneer*; mas no hallo ninguna conexión entre las cualidades particulares que he mencionado y el carácter de los primeros colonos. Existe, en verdad, una hipótesis mucho mejor para explicar el temperamento americano: se basa en el hecho de que los Estados Unidos están saturados por la figura tan llamativa y sugerente del negro. Algunos Estados son en más de su mitad negros; un hecho que puede asombrar al ingenuo europeo que cree a los Estados Unidos una nación blanca. Pero no es del todo blanca, si se me permite; es en parte coloreada. No hay que hacerle, es así.

Ahora bien, qué puede ser más contagioso que vivir en contacto con un pueblo tan primitivo. Vayamos al Africa a ver qué sucede. Cuando el resultado es evidente hasta saltar a la vista decimos que es «volverse negro». Pero cuando no es tan evidente lo explicamos diciendo que es «el sol». (En la India es siempre el sol). En verdad, es un volverse negro parcial equilibrado por un convencionalismo particularmente rígido (con sus subdivisiones de rectitud y respetabilidad conspicuas). Con tal convencionalismo la gente se vuelve muy seca aunque hagan responsable de ello al sol

Al europeo le es más fácil ser un poco inmoral o por lo menos algo disipado, pues no tiene que defender el standard moral contra el aplastante empuje de la vida primitiva. El hombre primitivo ejerce una influencia tremenda sobre los seres civilizados que se ven obligados a vivir con él porque fascina las capas inferiores de nuestra psique, que ha vivido durante edades inmemoriales en condiciones semejantes. *On revient toujours a ses premiers amours*. El contacto con el primitivo trae a nuestro subconciencia mental

no sólo el recuerdo de nuestra infancia sino también de nuestra prehistoria; y para las razas germánicas esto significa un retroceso de no más de doce siglos. El hombre bárbaro es todavía asombrosamente fuerte en nosotros y se rinde sin dificultad al encanto de sus primeros recuerdos. De ahí que se defienda tan decididamente. Los pueblos latinos, que son más viejos, no necesitan defenderse tanto. Por eso su actitud hacia el negro es diferente de la del hombre del norte.

Pero la defensa del hombre germánico sólo alcanza hasta donde alcanza su conciencia. Por debajo del dintel de la conciencia el contagio no es muy resistido. Puesto que el negro vive en sus ciudades y hasta en sus casas vive asimismo, subconscientemente, dentro de su piel. Es claro, la reacción es mutua. Así como todo judío tiene un complejo cristiano, así todo negro tiene un complejo blanco y todo americano blanco un complejo negro. El negro, por así decirlo, lo daría todo por cambiar de piel; pero el hombre blanco se resiste a admitir su contacto con el negro.

¿Y la risa americana, entonces? ¿La ilimitada y ruidosa sociabilidad? ¿El placer de los movimientos y ejercicios de toda clase? ¿El andar desarticulado, la danza y la música negroide? (Entre paréntesis: el ritmo del jazz es el mismo del *n'goma*, la danza africana). Con un acompañamiento de música de jazz se puede bailar perfectamente el *n'goma*, con todos sus saltos, balanceos y vaivén de hombros y caderas. La música americana está en su mayor parte saturada hasta la evidencia de ritmos y melodías africanas.

Es imposible dejar de ver que el negro ha afectado la conducta del americano con su movilidad primitiva, su emocionalismo expresivo, su espontaneidad infantil, su sentido de la música y del ritmo, su lenguaje

gracioso y pintoresco. Como todo médico y psicólogo sabe, nada es más contagioso que los tics, el tartamudeo, los movimientos coreicos y los signos de emoción, particularmente la risa y las peculiaridades del lenguaje. Aun cuando se deja de comprender un chiste en lengua extranjera no se puede dejar de reír si los demás ríen. El tartamudeo puede ser también de lo más contagioso, de modo que con dificultad se deja de imitarlo involuntariamente. El ritmo y la melodía son asimismo contagiosos; pueden obsesionarnos durante días. En cuanto al lenguaje, es irritante hasta que punto nos afectan su dicción y sus metáforas. Se empieza con una fórmula de disculpa: «se dice», y pronto descubrimos que nosotros estamos diciendo inconscientemente de acuerdo con la nueva dicción o metáfora, porque no podemos evitarlo.

El hombre blanco es un terrible problema para el negro y cuando afectamos profundamente a alguien, entonces de modo misterioso algo vuelve de él a nosotros. El negro por su mera presencia es en América una fuente de infección temperamental y mimética que el europeo no puede dejar de ver, pues hay un abismo fatal entre el negro americano y el de África.

Esta infección racial es un serio problema psíquico y moral allí donde una raza primitiva supera en número al hombre blanco. En América este problema es sólo relativo porque a lo largo del país los blancos sobrepasan en número a los negros. Los blancos aparentemente pueden asimilar la influencia primitiva con escaso riesgo. Sin embargo, aun el visitante casual pronto advierte que existe «el problema del negro» en los Estados Unidos.

Por mi parte estoy convencido en absoluto de que algunas características americanas pueden derivarse directamente del negro, mientras que otras resultan de un proceso compensatorio contra su laxitud. Pero

estas son cosas puramente externas que dejan intacta la esencia del carácter americano, de lo contrario la América del Norte sería un ejemplo total de «ennegrecimiento».

IV

Como no soy «behaviorista», creo que estamos muy lejos del hombre verdadero cuando observamos su conducta. Considero que la conducta no es más que una cáscara que oculta la verdadera substancia viviente. Así bajo las maneras ligeramente negroides del americano, discernio con toda claridad al hombre esencialmente blanco y me pregunto: ¿es este hombre blanco americano un blanco o es diferente a su modo del hombre blanco europeo? Me parece que existe una diferencia notable, tanto externa como íntima; y esto nos lleva a la segunda parte de mi teoría.

Aunque parezca misterioso e increíble es un hecho evidente en la historia, que el hombre suele ser asimilado por el país. En el aire y en el suelo de un país hay una *x* y una *y* que lentamente invaden al hombre y lo conforman según el tipo aborigen, hasta el punto de modificar ligeramente su aspecto físico. Establecer un hecho tan absolutamente manifiesto en términos exactos, es, lo admito, muy difícil. Con todo, hay muchas cosas que escapan a los medios de exacta verificación científica a pesar de su naturaleza obvia e indiscutible. Por ejemplo, piénsese en la sutileza de expresión de los ojos, de los gestos, de la voz. Prácticamente todo el mundo la percibe y ni siquiera al idiota se le escapa. Sin embargo, dar una explicación absolutamente científica es muy arduo.

Aceptemos pues el hecho de la existencia de estos signos sutiles en el hombre. A veces asoman en las líneas de su rostro, a veces en sus ademanes o en su

mirada y a veces en su alma que se trasluce a través del velo de su cuerpo. Por tales signos es posible a menudo determinar de qué país procede un hombre. Conozco muchos casos de chicos de padres totalmente europeos nacidos en países exóticos que delataban los signos de su lugar de nacimiento, ora en los imponderables de su apariencia, ora en su mentalidad o en ambas a la vez, a tal punto que no sólo yo sino gente que ignoraba completamente esa circunstancia podía hacer el diagnóstico. Recuerdo, sobre todo, haber visto en Nueva York una familia de inmigrantes alemanes. Tres de los hijos habían nacido en Alemania y cuatro en América. Los primeros eran manifiestamente alemanes, mientras que los otros eran inconfundiblemente americanos.

En cierto modo, un país extraño se mete bajo la piel de los que han nacido en su suelo. Algunos pueblos muy primitivos están convencidos de que no es factible usurpar un territorio extraño porque los hijos nacidos allí heredan los malos espíritus ancestrales que moran en los árboles, en las rocas y en el agua del país extraño. Esta intuición de los primitivos contiene una verdad sutil. Significa que el espíritu del indio conquista al americano por dentro y por fuera. En verdad, existe casi siempre una asombrosa semejanza entre las facciones del americano y las del indio rojo, más en las caras de los hombres que en las de las mujeres. Las mujeres son siempre un elemento más conservador a pesar de su conspicua afectación de modernidad. Esta es una paradoja, ciertamente, una de las muchas paradojas de la naturaleza humana.

Que el hombre se adapte exteriormente a las peculiaridades de un país es algo que casi debe descontarse. No hay nada extraordinario en ello, pues la influencia externa es débil comparada con la menos visible, pero más intensa de la mente. Quizá mu-

cho antes de reaccionar el cuerpo, la mente ha sufrido cambios considerables, cambios que no son obvios para el individuo mismo o para su círculo inmediato, aunque son evidentes para uno de afuera. Así no es de esperar que un americano común que no ha vivido un par de años en Europa comprenda cuán diferente es su actitud mental de la del europeo, ni es de esperar que el europeo común discierna su diferencia del americano. Esta es la causa de que parezcan raras o ridículas muchas cosas que son realmente típicas de un país extranjero. Las condiciones que las han originado son ignoradas o incomprendidas. No parecerían raras o ridículas si se percibiera la atmósfera local a que pertenecen y que las hace perfectamente comprensibles y lógicas.

Casi todo gran país tiene su actitud colectiva que se podría llamar su genio o su *spiritus loci*: En ocasiones se puede encerrar en una fórmula, en otras es más evasiva, aunque siempre está presente y en forma inefable, como una especie de aire que lo invade todo: el aspecto de la gente, su lenguaje, sus gestos, su indumentaria, sus intereses, sus ideales, su política, su filosofía, su arte y aun su religión. En una civilización bien definida con un fondo histórico firme, tal como la francesa, se puede descubrir fácilmente la clave del espíritu nacional. En Francia es *la glorie*, que es una marcada psicología del prestigio en su forma más noble como en las más ridículas. Se advierte en la conversación, en los gestos, en las convicciones, en el estilo general, en la política y aun en la ciencia.

En Alemania es la *Idea* y está encuadrada en todos. No hay seres humanos simplemente. Uno es *Herr Professor*, o *Herr Geheimrath*, o *Herr Oberrechnungsrat*, o algo más extenso todavía. A veces la idea germana es verdadera y a veces errónea, pero

nunca deja de ser una idea, ya pertenezca a la filosofía más elevada o ya sea un prejuicio estúpido.

La verdad más íntima de Inglaterra y al mismo tiempo de más valiosa contribución al acervo de la familia humana es el *gentleman*. Nacido de la nebulosa caballería del principio de la Edad Media, el código del *gentleman* rige hasta en el más pequeño rincón de la vida inglesa moderna. Es un principio definitivo que nunca falla en su peso convincente. Es a la vez la brillante armadura del perfecto caballero de cuerpo y alma y el miserable ataúd de nuestros pobres sentimientos naturales.

Pero ¿pueden resumirse igualmente otros países como por ejemplo: Italia, Austria, España, Holanda, Suiza? Son todos países muy característicos, pero su espíritu es difícil de aprehender. No se puede expresar con una palabra, requiere por lo menos varias. América es también uno de esos países cuyo corazón no puede ser atravesado de un solo tiro. El prejuicio europeo diría: Dinero; pero los únicos que pueden pensar de ese modo son aquellos que no tienen idea de lo que el dinero significa para los americanos. Si ellos fueran americanos *sería* el dinero. Pero América no es tan simple.

Naturalmente, que existe allí el vulgar materialismo tanto como en otras partes. Pero existe también un admirable idealismo que no tiene su igual en ninguna parte. Para el europeo el dinero arrastra consigo aun algo del antiguo tabu que data de los tiempos en que todo negocio era deshonesto sin excepción. Por eso es de buen tono entre nosotros ocultar los asuntos de dinero. El americano, libre de esos factores históricos puede tomar y gastar el dinero sin más. Por esa razón América está particularmente libre del hechizo del dinero aunque lo produzca en tan grande escala.

V

América tiene, pues, un principio, un ideal o una actitud que no es seguramente el dinero. A menudo, escrutando la conciencia y subconciencia de mis pacientes y discípulos americanos he descubierto algo que sólo puedo definir como una especie de ideal heroico. Su esfuerzo más idealista se concentra en extraer lo mejor de cada hombre. Cuando descubren un verdadero hombre lo soportan y alientan con naturalidad hasta que finalmente tiene que sufrir el colapso de tanto esfuerzo, éxito y triunfos. Se observa en toda familia donde madres ambiciosas educan a los hijos con la idea de que deben ser héroes de algún modo. Se le encuentra en la factoría donde todo el sistema tiende a poner el mejor hombre en el mejor puesto. Y también en la escuela donde cada niño es entrenado para ser valeroso, audaz, eficiente y buen deportista. En una palabra: un héroe.

En América la gente trata de superar cualquier record aunque sea a costa de la vida. El cine abunda en héroes de toda clase. El aplauso americano bate el record mundial. El hombre «grande y famoso» no importa en qué «grande» es exaltado por las multitudes entusiastas. En Alemania se es grande si se tiene títulos muy largos; en Inglaterra si se es gentleman; en Francia si el prestigio de uno coincide con el del país; en las naciones pequeñas no hay grandeza viviente porque las cosas necesitan ser pequeñas; de ahí que sea generalmente póstuma. América es quizá el único país donde «la grandeza» es ilimitada aunque tal concepto de grandeza delata las convicciones y esperanzas fundamentales del país.

Para el americano todo esto forma parte de la naturaleza de las cosas. No es lo mismo para el europeo. Muchos europeos se ven invadidos por un sentimiento

de inferioridad cuando se ponen en contacto con América y su ideal heroico. En general, no suelen admitirlo. Así descartan de Europa, ruidosa y ridículamente, todo aquello que en América está abierto a la crítica, como su rudeza, su brutalidad y primitivismo. A menudo, el europeo experimenta su primera y decisiva impresión en la Aduana, de modo que su apetito se arruina de entrada. Es inevitable que la actitud heroica vaya acompañada de una especie de primitivismo; ha sido siempre el ideal de sociedades deportistas primitivas en cierto modo. Y aquí es donde entra en juego el espíritu histórico del indio rojo.

Obsérvese los deportes americanos. Son los más rudos, temerarios y eficaces del mundo. La idea de juego ha desaparecido prácticamente. Esos deportes exigen un entrenamiento que es casi cruel y una dedicación que es casi inhumana. Tales deportistas son gladiadores de pies a cabeza y la excitación de los espectadores nace de antiguos instintos afines a la sed de sangre.

Los estudiantes pasan por iniciaciones y forman sociedades secretas que no tienen que envidiar a las de las tribus bárbaras. En efecto, dichas sociedades secretas abundan en el país, desde la del Ku Klu Klan hasta la de los Caballeros de Colón, y sus ritos son análogos a las de todas las religiones primitivas. América ha resucitado los espectros del espiritismo cuya cuna es y cura las enfermedades con la Ciencia Cristiana que tiene mucho más que ver con el tratamiento mental del *shaman* que con cualquier otra ciencia. No obstante, se muestra eficaz, como, en verdad, eran las curas del shaman. No se les ha ocurrido nunca comparar el horizonte de Nueva York o de cualquier otra ciudad americana con el de un pueblo como Taos. Sin embargo, las casas se apilan en torres hacia el centro como en Taos. América no imita

a conciencia, instintivamente se modela a sí misma de acuerdo con la norma espectral del piel roja.

Esto nada tiene de milagroso. Siempre ha sido así. El conquistador subyuga el cuerpo del primitivo habitante, pero sucumbe a su espíritu. Roma en el cenit de su poderío contenía dentro de sus muros todos los misteriosos cultos del Oriente y el espíritu del más humilde de ellos—una misteriosa sociedad judía—transformó la más grande de las ciudades fundamentales. El conquistador hereda los malos espíritus ancestrales que decían los primitivos. Me gusta esta expresión tan pintoresca. Es breve y rica en matices.

Los hombres raramente quieren saber lo que es una cosa en sí; quieren saber si es favorable o desfavorable, recomendable o no, como si hubiera cosas indiscutiblemente buenas o malas. Las cosas son como las tomamos. No obstante, todo lo que vive corre su riesgo. Y un país en formación es naturalmente un gran riesgo para sí como para las demás naciones. No es mi tarea, a buen seguro, desempeñar el papel de profeta o de ridículo consejero de naciones, pues no hay nada que aconsejar. Los hechos no son favorables o desfavorables. Son simplemente interesantes. Y lo más interesante de América es que este pueblo infantil, impetuoso e «ingenuo» tiene quizá la psicología más complicada de todas las naciones.

(Traducción de Oscar Cohan).

Guillermo Koeven Kampf

ROMANCE DE DIEGO LERMA

I

SE ensanchó de pronto la tortuosa garganta de la montaña y, desde una clara vuelta del camino, la mirada ávida de Diego Lerma cayó, como un neblí, sobre la verdegueante llanura. ¡La llanura! la feliz llanura de su infancia! En inusitados vuelos de emoción fueron sus ojos precipitándose de lugar en lugar, de paraje en paraje, hasta planear indecisos sobre el lejano cajón que alzaba allá, hacia el otro lado, el humo borroso de sus caseríos, en el tardecino cielo estival. De cada lugar, de cada mancha arbolada, velados por el misterioso azul de la lejanía, volaban, al revuelo de su ansia, los pájaros dormidos de sus recuerdos, y sentándose en una piedra, al margen del camino, echó también el alma a volar en el pasado, en el revuelto panorama de su pasado...

Inmóvil como aguilucho, sobre la ruda piedra, frente al paisaje ubérrimo, tendido abajo, su pensamiento iba, poco a poco, retrayendo los hechos sencillos, cotidianos, pero trascendentales, de su infancia. Allá, precisamente, en ese cajón azulado, por el que la tarde iba corriendo lentamente su gran pincelada de sombras, recostadas en sus laderas, estaban las laboriosas tierras de sus padres... Ahí, las nebulosas horas felices de su infancia... (Pero, ¿a qué recordarlas ahora, si en el

recuerdo se le hacían casi dolorosas?). Más acá, frente a esos cerros ariscos que se detenían bruscamente, como tropel de cabras, asustadas quizá de la descomunal serpiente del río, la aldea, en cuya escuela había sido, un tiempo, el terror de los chiquillos... Y acá, en fin, las casas de la Hacienda, las enormes casas de tejados españoles, y patios con azulejos, rodeadas de huertos y jardines, ante los que se erizaba, como un celoso mastín, la labrada verja. A un costado, penumbrosa y llena de aromas de jazmín, estaba la Capilla. Ahí, le solían traer de niño a las misiones y meses de María. ¡Las famosas casas! Mientras el padrecito echaba las últimas amonestaciones, él, con otros chicos, se aventuraban sigilosamente por los interminables corredores, a curiosear, y andaban despatarrados y boquiabiertos, temerosos de romper con sus gruesos zapatos los finos azulejos del pavimento... Y de repente, el eco de una pisada mal dada delante de alguna sorpresiva quimera pavorosa, o algún incontinido: «¡Oyoooh!»... de estupor, al toparse entre las matas exóticas con alguna Venus desnuda y mutilada, les hacía huir, como pajarillos asustados.

¿Esos, eran los más gratos recuerdos de su infancia? ¡Ah! no... Esos, eran recuerdos solamente, y por sobre ellos, oscureciéndolos, como un rubio sol, había uno, que era más que todos: una impresión, y una emoción, que aun persistían vivas en su memoria... Clavado, en el umbral de la Capilla, se había quedado una tarde, cuando, al ir a escurrirse con otro chico, que le tironeaba de la chaquetilla, una voz había venido de repente, desde arriba... Una voz, como jamás él la había oído—y como jamás la oyera después—, de una dulzura, de una inaudita suavidad angelical, que apagaba, no obstante, con su extraterrena melodía, las profundas notas del armonio. Abierta la boca, muy abiertos los ojos, había mirado hacia arriba, en una como ingenua expectación de advenimientos—¿qué

voz podía venir de arriba, si no la de Dios, o la de un ángel?—y ahí, en el pequeño coro, junto a una señora triste y ataviada de sedas negras... estaba, manifiesto, el pequeño ángel.

Y ya no fué más a mirar los pececillos dorados, a la fuente del jardín, ni a atisbar a la «señora sin ropas», ni a curiosear por los sonoros corredores suntuosos. Ahí se quedaba, embelesado, en la enflorada Capilla, donde sus once años habían florecido repentinamente en una grande y prematura flor de romanticismo.

Después, la vió muchas veces; algunas, por los jardines; otras, por los caminos y prados de la hacienda, acompañada de la imponente señora de ropas negras. Y él la miraba pasar a su lado, extático, abismado en las azules lejanías de su adoración... Y por todas partes dejó, ella, la perdurable estela de su blonda idealidad.

Así, durante cuatro o más años. Durante los años de rigurosa viudez de doña Lucía Inés de Herquíñigo. Después se fueron. ¿Adónde?...

Y él, también, se había ido un día, precipitado en la órbita de su propio destino, y llevando en su corazón la imagen y el altar, y el culto, de esa revelada y pura devoción de su infancia.

¿Cómo se había ido diluyendo, aparentemente, «todo eso», después? ¡Ah! la quimera pavorosa de la gran ciudad, pronto le abatió sumiso bajo sus garras, y aun la misma Venus, le asió con los truncos brazos de insaciados amores fugitivos... Y fué cuajando su amargura, y fué subiendo la marea de una honda desolación. Sus padres, murieron en el lejano terruño; se derrumbó el entrabado edificio de parentela y amigos, y el tiempo cernió los abandonados campos de su niñez con la reja de su arado invisible.

Y viajó, y volvió a la ciudad, que le atrapó ya para siempre. Y aun, prosperó en ella. Pero eso no era todo, y un vacío infinito le llenaba cada día el corazón...

¿Y ahora, adónde iba? No lo sabía... Es decir, no lo había pensado siquiera. Sus padres, muertos estaban, y todo había cambiado en la tierra hogareña... Había venido sin saber cómo, como un desmantelado pensamiento por un mar sin puntos cardinales.

Sin embargo, su frente era aún alta, como una proa, e iba hacia adelante movida por una fuerza sonámbula, por la hélice de lo subconsciente... Y al ver esas tierras, negras, perdurables más que los seres, sintió que la raíz honda de su existencia volvía a retoñar en ellas, a cobrar nuevamente, a su contacto, ocultas fuerzas de vida...

Y, simultáneamente, el jadear de un motor en la cuesta arriba, le sacó de su grande ensimismamiento. Se volvió a mirarlo, al pasar, algo ofuscado todavía. Y mientras el auto subía, dejando prendidas en la cóncava tranquilidad de la sierra, sonoridades de metrópoli, Diego Lerma, lentamente, bajó hacia la feliz llanura de su infancia.

II

—¿Sabes, Diego Lerma, quiénes acaban de llegar, después de tantos años...?

Se quedó, Diego, sin contestar, mirando como en ausencia, al amigo.

—Pues, la señora de las Casas Grandes... ¿Te acuerdas?...

Entonces Diego Lerma, que recordaba bien, con voz lejana, paseándose la mano por los recuerdos, preguntó:

—¿Doña Lucía de Herquíñigo? ¿Tú... las has visto, amigo?

—No. Dicen que vienen de Europa... de no sé dónde...

Se quedó nuevamente, Diego Lerma, en tumultuoso silencio. Al fin se atrevió a interrogar:

—¿Y ella... Beatriz... la señorita Beatriz...?

Nada sabía el amigo.

Disimulado ahora, en un ángulo de la Capilla, en el que se acurrucaba también, perseguido por el humo gris del incienso, el blanco olor de los jazmines, Diego Lerma repasaba exaltadamente el rosario gozoso de sus recuerdos. Ahí, en ese reclinatorio de afelpado carmesí, luminosa, angelical, cuasi ingrávida, la había visto, la primera vez. . . ¿Vendría, ahora, a la misa? Sí, ¡claro! su corazón la presentía. Sus sentidos, como raíces infatigables, la habían seguido, la habían palpado, siempre, a través del peso obscuro del tiempo y de las distancias. ¿Se habían de engañar ahora?

Sin querer, le distrajeron los aspavientos de un torpe monacillo y el ir y venir de unas viejas graves y bien indumentadas, con caras de familiares, que colgaban, por acá y por allá, crespones negros, y encendían amarillos cirios. . . .

Y se llenó de fieles la Capilla: campesinos encogidos, y viejos, y mujeres con sus chicos. Y apareció un imponente sacerdote, alto, con casulla morada, y se inició la misa. Involuntariamente sobrecogido, Diego Lerma, cerró su pensamiento y dejóse flotar en las ondas acogedoras de la fe. Con expectación estremecida, sintiendo, dentro, la jubilosa epifanía de su corazón, volvía, como en su niñez, a arrojarse anonadado en la gloria faustual de las liturgias; y esperaba oír de pronto una inusitada voz angelical, venida «desde arriba», que apagara con su extraterrena melodía, las graves notas del armonio. Inmóvil, en actitud de eternidad, no osando volver los mundanos ojos hacia el coro, recorría la mirada por los ornamentos y colgaduras del altar, ante el cual oficiaba el imponente sacerdote, ayudado de sus acólitos; por los devotos circunstantes. . . .

Abatiéronse, bajo un hálito místico, las contritas espigas, y quedó sola, alta y ostensible, la calva venerable de un campesino que, en beatífica actitud de piedra, echadas hacia adelante las escarchadas barbas,

simulaba acaso un bienaventurado San Isidro. Posáronse en el viejo, quietadas, las miradas de Diego Lerma, picoteando acá y allá en el manso rostro petrificado... y,—¡oh, el buen viejo de las nivosas barbas: ¿no eres tú aquel vaquero Florián, que antaño recogía por los cerros, las ingenuas, las punzadoras «siemprevivas» azules, que alguna vez llevabas a Beatriz?

Como atraídas por fuerza extraña, las miradas del viejo se volvieron, lentas, encadenadas, mansamente, y se quedaron contemplando, a través del humo del incienso, y a través del humo de los años, hacia el coro penumbroso, y poco a poco, una sonrisa crepuscular fué iluminando sus mejillas socavadas...

Siguió Diego Lerma el hilo tendido de esa mirada... y ahí, arrodillada junto a la triste doña Lucía Inés, arrodillada en el heráldico reclinatorio de Beatriz, una niña de vivo rostro, desconocido, oraba, con exótica devoción. Por sobre su cabecita intrusa, el incienso vagueaba, azulando los cabellos arriscados...

Se le agitó en un loco aletear el corazón, a Diego Lerma: ¿Quién era esa niña, de bellos rasgos inesperados, cuya extranjera presencia substituía ahí, en el consagrado sitial de sus recuerdos, la ideal imagen de Beatriz? ¿Y Beatriz?... ¿dónde estaba, Beatriz?

Sin poderse contener, se deslizó hacia el viejo, y le susurró, apagando apenas la atropellada voz: —«¡Florián... buen viejo Florián:... ¿vive usted aún en esta hacienda...? ¿aún le trae usted siemprevivas azules a la señorita Beatriz?... ¿Dónde está, Beatriz?... ¡dígame!

Lo miró el viejo atónito, y extrañado de su irreverencia; pero contestó, sin embargo, quedamente:

—Vivía, señor... Ahora vengo de muy lejos, a esta misa...

Bendecía, el ministro de Dios, en ese momento, a su grey, y el campesino se santiguó devotamente. Y mientras los fieles se revolvían en monótono rumor, el

viejo, volviéndose a Diego Lerma, que le acuciaba con la mirada, agregó, con apenada voz quejumbrosa:

—Todos los años vengo, señor caballero, a esta misa... a la misa de la finada patroncita... Se murió... se murió, por allá, la patroncita Beatriz, señor!... Ahí, está ahora, la «otra» patroncita...!

Diego Lerma se sintió hundir, hundirse definitivamente, en las aguas tormentosas de su pensamiento. ¿«Ella», se había muerto, se había muerto, por allá...? ¿Estaba muerta, Señor, estaba muerta? ¿Qué esperanza la había llevado entonces hasta allí?... ¿Qué poder «vivo» le había traído, le había atraído, hasta esa Capilla, olorosa a... esperanza, y a recuerdos?... ¡Muerta!... ¿Y esa niña... esa niña... Señor?

Desierta estaba, ahora la Capilla. Por los rincones, azuleaba aún el aroma triste del incienso, y unas florecillas de jazmín, como estrellitas perfumadas, cayeron por el rosetón entreabierto. Diego Lerma sacudió al fin los extraviados pensamientos, y sonámbulamente, se dispuso a abandonar la vacía tumba de sus recuerdos. Pero...

Inmóvil en el indeciso umbral, mientras su voluntad quisiera arrastrarle de allí para siempre, las miradas de Diego Lerma, como golondrinas rezagadas, revolotearon aún por el coro penumbroso... y ahí, desde el heráldico reclinatorio, carmesí unos vivos ojos—¡los mismos ojos de la celestial mirada!—le miraban exóticos, curiosamente...

Luis Durand

LA FRONTERA Y SU INTERPRETACION EN LA LITERATURA CHILENA ⁽¹⁾

DENTRO de la geografía literaria chilena, puede decirse que la parte más conocida de nuestro país, es aquella que hasta hace poco se denominó la frontera, por ser ella el último reducto que amparó las gallardías de esa raza fuerte y valerosa, cuyas hazañas cantara don Alonso de Ercilla, en las densas estrofas de *La Araucana*. Hasta las postrimerías del siglo pasado, oíase aún allí, el grito de guerra de los araucanos a quienes ni parlamentos aparatosos, ni ejércitos aguerridos, pudieron reducir. Al amparo de las selvas magníficas de esa región, los descendientes de Lautaro y Galvarino, de Caupolicán y Colo-Colo seguían defendiendo su tierra. Pero no eran ya las fieras huestes que marchaban al combate luciendo sus pechos bruñidos de sol, con los biceps estallantes de vigor sujetando la maza, o hendiendo el aire con su lanza. No son ya aquellas huestes que embestían como una catapulta de carne sobre el fuerte de Purén, donde muere el capitán de la conquista don Pedro de Valdivia, o como un rodado humano en la cuesta de Mariguenu donde sucumbe don Pedro de Villagrán, con

(1) Este trabajo fué leído por el autor, en una de las veladas de la Semana del Libro Nacional.

todos sus jinetes. No, no es ahora la brava gente que abría el pecho de los vencidos para arrancarles el corazón tibio y palpitante aún y devorarlo a mordiscos entre un chivateo ensordecedor. Por esos días a que me refiero no son sino un triste remedo de aquella raza indomable. Espectaculares y gritones, caen de vez en cuando, sobre un caserío o una caravana de viajeros para quitarles lo que llevan huyendo después como forajidos a refugiarse en la selva. Y cuando ya el sol de este siglo vertiginoso, se empina sobre el atalaya susurrante de los grandes bosques de Malleco y Cautín, entre cuyas espesuras la flor del copihue como una mancha de sangre, que brotara de todos los corazones de una raza vencida, se estremece colgando de los boquis que enlazan a la selva, ellos se recogen a sus rucas, silenciosos y huraños, entristecidos y recelosos, embrutecidos por el aguardiente y la jamaica, para tumbarse en el interior de sus viviendas, degenerados, por la mugre y el vicio, en la media luz de sus rucas misérrimas, o aparecer de vez en cuando en un camino solitario, como el espectro de su raza, y musitar si un caminante los encuentra un saludo, quejumbroso y melancólico.

La civilización con todas sus engañifas los arruinó empujándolos al último rincón. Lo que no consiguió el acero de las armas y el tronar de los cañones, lo hizo arteramente el alcohol. Y en el advenimiento de este siglo en lugar de ellos vino a reemplazarlos, como dueño de la tierra, el colono emprendedor e infatigable, que, de pequeño falte se trasforma en agenciero, de ahí en hacendado y después en banquero. Como la ley protege al indio, éste goza de completa libertad. Mientras la china ara los terrenos, lava el mote en el estero, o esquila las ovejas, el indio descansa de su tremenda fatiga de no hacer nada, de su enorme cansancio ancestral. Pañituquea al amparo de la ruca que ya se viene abajo, junto a su cántaro

de muday o de aguardiente para después «romancear» la borrachera, peleando con la china o el mocetón, con el cual termina por loncotearse. Entonces viene a reemplazarlo en el cultivo de ese suelo, el criollo pobre que hace ya tiempo dejó el fusil de la guerra, y se transforma en inquilino, en mediero, o consigue «vivir en lo propio» dentro de unas cuantas pulgadas de tierra, satisfecho y orgulloso de ver cumplida su mínima ambición. Los bosques comienzan a arder en colosales hogueras que incendian el cielo, para ser reemplazado por grandes sementeras que ondulan en el viento que ahora discurre dulcemente porque ya la espesa maraña de los coigües, de los robles y de los lingues, no provocan su cólera oponiéndole la densa muralla de sus troncos enormes. Hombres de rostro curtido que obedecen al gesto autoritario de los capataces, con la cintura enfajada, doblan su torso dándole al combo y la piqueta, para abrir largos caminos que como sierpes se hunden en las hondonadas, repechan los agrios lomos de los cerros o cruzan torrentes y pantanos acercando las distancias que median entre la aldea y la ciudad. Y tras ellos, vienen otros hombres provistos de raros aparatos, con los cuales miden distancias, y calculan honduras, para que después surjan allí puentes y vías férreas, hasta que un día todo el austro donde aun palpita un hálito virginal, un aroma a tierra nueva y donde hay todavía un rincón de la umbría en el cual se adormece la luz, allí donde sólo la pupila de los pumas y de las huiñas se fijara, se siente traspasado por un alarido extraño, por un estremecimiento de asombro. Un monstruo humeante y vertiginoso se desliza sobre dos cintas de acero refulgentes. El rojo chisperío que sale de sus calderas hace chirriar las hojas de los canelos y de los boldos, que aun quedan por milagro a la vera del camino. De la alta ramazón de un viejo roble, salen huyendo pájaros enloquecidos y en ella también se enreda la humareda

de la civilización, como un último gesto rebelde de la selva que se siente traspasada por en medio de su corazón.

Y después, es verdad que ya sin grandes esfuerzos ni sacrificios, llegan también los primeros escritores chilenos, que por cierto no tienen el corazón aventurero de Ercilla, para ver lo que hay allí tratando de recoger la visión del paisaje, que aun es grandioso y de buscar lo típico, el sabor de las costumbres, escudriñar un poco en el alma rústica y primitiva de sus pobladores, y de captar lo que hay de interesante en el lenguaje de esa gente. Puede decirse que los primeros que lo intentan, en esta etapa, son los poetas. Diego Dublé Urrutia, Augusto Winter, Samuel Lillo y algunos otros de menor cuantía. En seguida muchos escritores han dirigido sus pasos por este camino, y desgraciadamente, pocos son los que han perseverado. Sin embargo han quedado en la brecha, los que más cariño demuestran por interpretar el sur. Yo, en estos apuntes malamente pergeñados quiero referirme a tres de ellos, por considerar que su labor en este sentido ha sido más perseverante y más llena de fe. Y digo más llena de fe por cuanto esta clase de literatura, ha sido hasta cierto punto desdeñada por el reducido público lector de nuestro país, quién sabe si influenciado por la crítica que no ha sido nada amable para tratarla, pues con una tenacidad incomprensible y con una limitación de criterio realmente inexplicable, la ha combatido, tratando de arrastrar al escritor a una situación falsa y a correr el peligro de que nuestra literatura, fuera una imitación absurda y ridícula de la europea quitándole todo ese sello propio en el cual, a mi juicio, reside su mayor mérito, es decir el sentido aborígen, la sabrosidad costumbrista, el gracejo que hay en la expresión popular: todo lo que en suma constituye el conjunto armónico de lo nativo.

Y en esto no creo que haya mala fe, sino que incompreensión. El hombre que se duerme oyendo el zumbido de los alambres eléctricos y el sordo rumor de la ciudad, en cuyo tráfago se hunde día a día, está por consecuencia lógica más alejado del sentido poético de la vida. Siente con menos intensidad el llamado de la naturaleza; para él pasa inadvertido ese latir hondo y misterioso que surge de un bosque donde susurra el viento. No le interesa la visión panorámica ni la dulcedumbre que hay en un atardecer campesino, y posiblemente no se siente absorto ante el paisaje cuando el alba despunta melodiosa, toda envuelta en ese aliento fresco y perfumado de la tierra cruzada por aguas cristalinas, allí donde la selva irrumpe y el aire es trasparente y musical.

Y en parte la gente tiene, sino razón, excusa por lo menos de sentir esta aversión por el campo. Especialmente la gente de Santiago, cuyos campos fronteros están casi urbanizados y no ofrecen gran belleza ni atractivos. Por el contrario, el hombre fatigado que sale un día de paseo, a los alrededores, en vez de disfrutar del placer de la naturaleza, se ve expuesto a toda clase de molestias. Como los bosques han desaparecido y los pequeños esteros se han transformado en afluentes de grandes canales de regadío, se ven expuestos a toda suerte de incomodidades: al rayo inclemente del sol, a los zancudos y otros bichos que le hostigan sin piedad. Entonces llega renegando del campo y de todas las hermosuras de la naturaleza. Es razonable que se sienta atraído por el confort y demás comodidades que ofrece la ciudad.

Pero la región de la frontera que es de la que más han hablado nuestros escritores en sus narraciones, guarda aún, ese rudo encanto de la tierra aborígen. Los hombres que allí viven, conservan en gran parte también sus costumbres de antaño y la naturaleza se manifiesta en constante novedad. Esto lo han com-

prendido los escritores de quienes hablaré, los cuales obedeciendo a su instinto, que es siempre la voz interna y verdadera que guía al artista, han hecho su arte de acuerdo con un interés real, en el que resalta siempre lo más característico. Es indudable que de esta literatura saldrá otra de más vuelo, mediante la evolución natural y lenta que hay en todos los aspectos de la vida. Por el momento, creo que el criollismo es en nuestro país, como debe serlo en toda América, la expresión más sincera de la creación literaria.

En este pequeño trabajo, como ya he dicho, hablaré de tres escritores criollistas que, a mi juicio; representan la parte más valiosa de este género, por la fuerte personalidad que se percibe en ellos, por el vigor de su expresión y también por el exacto conocimiento de los temas que tratan. Ellos son: Mariano Latorre, Fernando Santiván, y Marta Brunet. A estos tres escritores el campo, les atrae, pero de distinta manera. En cada uno advierte el lector una expresión distinta, pero siempre una comprensión sincera del campo chileno y de su habitante.

En Mariano Latorre se une a la sobria elegancia de su estilo una riqueza de palabras que sabe distribuir con oportunidad y acierto para darle fuerza, color e intención a sus narraciones, ya sea en la descripción del paisaje en la que nadie le supera; como cuando pinta tipos y costumbres. Su obra llama la atención por el inusitado relieve con que se destaca el ambiente, y como muy bien dijo hace poco el poeta Torres Rioseco, sus personajes por mimetismo también se agrandan. En sus cuentos, la epopeya surge sin esfuerzo, así sea en la cordillera, en medio de la selva o frente al mar. En el prólogo del mismo Latorre, a su libro *Chilenos del Mar* que es un verdadero canto al océano podemos admirarlo. Es un trozo robusto, vibrante, lleno de ricos matices expresivos. Voy a leer

una parte de él, que ustedes seguramente sabrán apreciar.

«Al amparo de viejas velas, cangrejas húmedas de Chiloé o cuabras parchadas del Maule, he cruzado tu salvaje soledad, mar de los chilenos, y he bebido tu hálito salobre, hermano del puelche, de las nieves y del acre aliento de los pehuenes.»

«Mar de Chile, inmenso y virgen, que no hendieron griegos mascarones, ni supo de velas de púrpura ni de gavieros expertos, sino de balsas de cuero o trenzadas velas de totora; pero bebió el alma multisonora de los vientos primitivos.»

«Piraguas de centenarios troncos, rápidos bongos de las islas o canoas de cueros de los mares australes, fluctuantes como el pensamiento de los pilotos, rompieron tus olas huyendo del trueno, bajo la cabalgata de las nubes y vientos de aventura, desde el otro extremo del mundo, empujaron las velas rapaces de los piratas de Inglaterra y Holanda, trágicamente incorporadas a las leyendas del mar chileno.»

«Mar del norte, hijo del sol, cuya verde entraña se torna nieve espumosa al romperse en los grises acantilados, muro del desierto ubérrimo. Mar rayado por el vuelo de los yecos y el pestañeo de las garmas y roto por la daga de las albacoras.»

«Mar del centro de Chile, blanco de gaviotas, hirviente de congrios atigrados, de robalos de plata y cabinzas de ojos sajones, mar de los viejos pescadores coloniales, ingenuos y superticiosos.»

Hay como se ve, riqueza en la expresión, y una fuerza armoniosa y vibrante en este trozo que es una parte de este poema del mar de Chile. La obra de Latorre, tiene además el gran mérito de la fe que él ha puesto en construirla. A través de veinte años sigue laborando en ella,—la parte tal vez más importante está aun inédita,—con la tranquila seguridad de que es ese su verdadero camino. Muchos cantos de sirena

tratan de engañarlo induciendolo a alejarse de esa senda. Seguramente como todo hombre ha experimentado algunos desfallecimientos que le hacen intentar otras rutas. Tal vez en esos momentos inciertos ha creído que en realidad debía ampliar el ámbito de sus creaciones y de allí salieron la «Confesión de Tognina», «Collares» y «La Paquera» que está inédita.

Esto le ha servido para demostrar su viva capacidad. Pero no creo que el mismo Latorre considere ésta como la parte más valiosa de su obra. Su cariño está en lo autóctono, en lo que tiene verdadera y auténtica chilenidad. Es curioso el caso de este hombre que anda por la calle conversando de motivos y asuntos campesinos, que siente un amor sincero por la naturaleza, que se regocija como un chiquillo, cuando oye una expresión bien de la tierra que pinta a un tipo de cuerpo entero. A más de poseer una gran cultura que ha ido asimilando a conciencia, posee un alma de verdadero artista. Hay en él, un sentido profundo de lo que interesa, y su observación penetrante del medio en que sitúa sus relatos, sabe revestirla con el ropaje elegante de su estilo, que sin ser atildado, es claro y limpio, y revela el influjo que ha puesto en su espíritu su ascendencia racial; la expresiva fuerza que le viene de Iberia, y la mesura y a la vez ponderación característica de la raza gala. Si alguna influencia pudiera advertirse en él, sería la de Conrad en sus relatos marinos, y a veces un lejano parecido con Zola por la energía con que sabe poner de pie en medio del relato a un personaje. En este trozo de su cuento «Mariman y el cazador de hombres» se puede apreciar:

«Grité enérgicamente hacia la cuadra:

—¡Sargento Suárez!

Apareció el sargento abrochándose la guerrera. Se cuadró en el filo del corredor. A contra luz, con un

fondo vibrante de sol, casi no ví su cara, pero su figura alta huesuda, se recortó con nítido contorno. Precisé, luego, su nariz, torcida a la izquierda por no sé qué accidente de equitación. Prestaba a la cara larga, algo de hosco y divertido a la vez, de cómico y de temible. Un espeso bigote cortaba con una línea negra, mal trazada, aquel rostro aguzado como el filo de un cuchillo.

—¿Cuántos hombres hay disponibles en el cuartel? Necesito tres para salir a Boroa en comisión del servicio.

Resonó la voz ronca del sargento; su voz habitual.

—Sólo hay dos carabineros disponibles, mi Teniente.

—«Con los dos entonces—repuse.

«Sentí en el patio voces de soldados y patadas impacientes de caballos. Fuí a la pieza del armamento a repartir municiones. Al retornar a la oficina, las mantas de castilla estaban ya enrolladas en los borrones de la sillas. Los soldados listos.»

Hay una gran vitalidad, como se ve, en este breve cuadro. En pocas líneas ha surgido todo ante nuestra vista. El pequeño cuartel de carabineros, los soldados, el sargento con su manera de ser, los caballos en el patio, todo envuelto en una fuerte luz que hace destacarse nítidamente el contorno de cada cosa. Creo que es esta la obra que debe hacer el escritor de América: obra representativa que muestre el color y el relieve de nuestros paisajes, ahincar en el detalle costumbrista, acertar en poner la palabra justa que es lo que más idea da de un hombre. Es este por el momento nuestro deber. La psicología enfermiza y absurda, las complicaciones sexuales, las aberraciones del espíritu para enfocar un problema humano, todo eso creo que es ya como el polvo de una vieja civilización después de haber pasado por muchos tamices. A mi juicio, creo que entre nosotros este aspecto no debe preocupar al escritor actual. Ya vendrá a su

debido tiempo. Así creo, que también debe comprenderlo Latorre, que con el entusiasmo de los primeros días coge la pluma y en «Un filón de rojo raulí» nos da esta sensación de paisaje, estremecida, sensual y fresca a la vez:

«A las dos de la tarde salió al campo. La nítida frescura extrañamente inmovilizada, cubría como una urna de cristal, el paisaje de la selva. Tras el blanquecino ejército de los coigües quemados, diseñábanse las aglomeraciones de árboles, de un verde recién lavado. La transparencia del aire acercaba fantásticamente el cono del Coyanco, con sus capas de nieves y su penacho blanquecino. En la hondonada humeaban los techos de las barracas y los planos de las improvisadas ranchas del aserradero. Junto a los montones de aserrín ennegrecido por los chubascos, el letargo pesado de los troncos de raulí y los rojos castillos de tablas, geoméricamente alineados en la explanada, como las casas de una aldea enana.»

La visión panorámica es total, luminosa y llena de relieve. Ya el lector tiene metida bien adentro la sensación del campo, por donde el personaje del relato, sabrá del dolor o la alegría de la vida en sus múltiples manifestaciones. Tengo fe en que con estos ciñimientos la literatura de América será grande, y tendrá, un sello legítimo y característico, que no necesitará de la europea otra cosa que la técnica de sus grandes maestros.

* * *

Fernando Santiván, demuestra también su grande amor al campo, que lo atrae e interesa de tal manera, que después de hacer una larga y brillante carrera literaria en Santiago, donde triunfa ampliamente como escritor, siente que no puede desoír el llamado de esas tierras del sur, en las cuales sus ojos ven la primera

luz de la vida. Su porvenir puede decirse que ya estaba formado aquí en Santiago, donde era conocido, donde estaban sus amigos y se le apreciaba, además, por sus grandes condiciones de hombre de bien. Sin embargo, el sur con sus montañas, sus ríos y quebradas profundas lo atrae, y un buen día lo deja todo para ir y vivir en plena naturaleza, en Villa Rica, cerca del lago de este nombre, en cuyo espejo se refleja a diario el cielo profundo del austro, y a donde reside desde hace ya un buen número de años. Antes ha escrito muchas novelas de la urbe santiaguina que le dan prestigio y lo consagran plenamente. Forma parte de la valiosa generación que empezó a producir alrededor del año novecientos. En sus comienzos lo atrae más la novela que el cuento. Así surgen de su pluma, novelas como «Ansia», que se publica el año 1910 y obtiene el primer premio en el concurso del Centenario, y que además es un éxito de librería, pues se agota rápidamente. En 1913 publica «El Crisol» que según el mismo lo declara, es una obra hecha con gran interés y cuidado, pero que no alcanza la resonancia de «La Hechizada», magnífico relato campesino que afianza su nombradía, y según todas las opiniones autorizadas, es una verdadera joya de nuestra literatura. Esta obra fué traducida al alemán en 1917, lo que prueba el interés que despertó.

Ese mismo año publica sus novelas cortas, tituladas «En la montaña» y después, «Robles, Blume y Cía». Creo que la mayor parte de la obra de Santiván en su aspecto campesino está inédita. Pronto debe aparecer una novela que sitúa en este ambiente y que se llamará «La montaña hostil». De sus cuentos criollos conocemos algunos publicados en la revista *Atenea*, y otros en los diarios de Santiago, entre los que recordamos con especial agrado «Pellines en el río», hermosísimo cuadro lleno de relieve y color del ambiente del sur. Es la descripción, robusta, de la epopeya de

los balseros que acarrean madera a lo largo del torrentoso Toltén. Son hombres rudos, cuya vida transcurre en medio de constante peligro. Cuando ellos van, sobre la corriente desmelenada y rugiente de las aguas, suele desencadenarse la tormenta que rasga el cielo con mil saetas zigzagueantes. Pronto resuena lejamente como un estampido amenazador el trueno, la terrible tralca indígena que empavorece al indio. La montaña sale de su murmurante ensoñación, y el follaje se encrespa, se retuerce, aúlla el viento en las hondonadas y los esteros escondidos y dulces, son entonces bestias bramadoras que rugen en la entraña de la selva, desbordándose jadeantes y enloquecidos, cuando se le opone el obstáculo de troncos y animales muertos. El cielo se ennegrece de pájaros que buscan angustiados la llanura, luchando con el viento, que a veces troncha sus remos para lanzarlos a la tierra como una pelota tibia y palpitante. Braman los vacunos alargando su espanto, en un alarido que se va a confundir con la salvaje sinfonía de las fuerzas ciegas de la naturaleza que danzan frenéticas su zaramba estruendosa. Y sobre el río están los balseros, que no se oyen unos a otros con el ruido de la tormenta, pero que maniobran por instinto; la cabeza desnuda y chorreante de agua cuando el cielo revienta en cien mil cataratas. Y a veces, también hay dentro de ellos, la tormenta oscura de sus almas, y entonces sobre la balsa que queda sin gobierno, los hombres se enlazan en una lucha a muerte. Tal vez no alcanzan a darse cuenta de cual ha sido el vencedor, cuando la balsa se hunde y un tronco vertiginoso que va corriente abajo, les destroza la cabeza. Esta es la epopeya que sabe describir Fernando Santiván maestramente. Es lástima, que yo no tenga a mano al escribir estas líneas, ese cuento para haber leído uno de esos trozos. En «El tacho de don Bandera» describe Santiván la tragedia del viejo que después de una

vida entera de trabajo, consigue adquirir una trilladora vieja, con la que sale a ganar maquilas a las eras, donde se alzan las parvas rubias y grávidas de mieses. Pero la maldita trilladora, apenas siente caer las gavillas dentro de su gastado vientre metálico, se detiene, bota las correas, y sus poleas herrumbrosas se niegan a girar. Y a través del relato va el drama humano, donde hay un dolor verdadero.

La obra de Fernando Santiván, está saturada de gran riqueza emocional. Hay un romántico de buena cepa en este hombre grande y bizarro, que sabe expresar en su prosa las más dulces ternuras. Se advierte en su obra al hombre que sueña; pero que no se resigna a que sus sueños sean una quimera inalcanzable, porque el rescoldo ardiente, que duerme en él en esos momentos, se enciende rápidamente inflamado de pasión, de pasión definitiva que debe antojársele ha de ser la última cuando su vitalidad se siente sacudida por un fuerte anhelo. Pero como es un rico temperamento, la emoción refresca su exaltación, poniendo en su espíritu la suavidad de un viento crepuscular. En todos sus relatos asoma de pronto el sentimental, ya sea en una frase, para decirnos como son los ojos de una mujer, o describir un paisaje. Uds. dirán si tengo razón:

—«Señora... me envía don Guillermo...—expliqué apresuradamente.

—¡Ah, ya...!

Avanzó extendiendo su mano pálida y fina, que estreché poseído de un ligero estremecimiento. Era grave y lánguida su actitud. En su rostro se notaban bien marcadas las huellas de su enfermedad, y cómo sus facciones habían adquirido transparencia de hostia. Sólo sus ojos parecían tener vida. Los párpados se alzaban con lentitud, como pesadas cortinas entreabiertas sobre un misterio.—

Y en el paisaje hay siempre una nota delicada y poética:

«Llegábamos a una nueva quebrada. Abajo, muy abajo se divisaba el río, que aparecía de vez en cuando por algún claro de la arboleda, angosto y correntoso, alargándose como una masa elástica y transparente, para recogerse un poco más allá en quietud de remanso, con su oscura superficie de cara al cielo, como una órbita purísima que reflejara al firmamento, los árboles, la sombra y el misterio de la naturaleza salvaje y potente.

* * *

Voy ahora a hablar de Marta Brunet, joven escritora chilena, que sin ningún tanteo anterior, irrumpe en el campo literario el año 1923, con un hermoso libro saturado de auténtica chilenidad y ambientado en plena montaña. Incorpora a nuestra literatura la región de Cura Cautín, donde aun existen grandes bosques, caminos a medio debastar, quebradas profundas y donde la naturaleza tiene un aspecto bravío y salvaje. De allí son sus relatos vigorosos como un agua fuerte, escritos en un lenguaje castizo, desprovisto en absoluto de todo barniz almibarado y feble. Por el contrario, hay algo de recio y varonil en su prosa.

A Marta Brunet, nacida en Chillán, no le interesa el paisaje un tanto monótono, donde predominan los viñedos, que rodea a su ciudad natal. Va a buscar los motivos de sus narraciones entre el ambiente áspero de Cura Cautín, y de Rari Ruca. Allí el espíritu animador de sus obras estará más de acuerdo, con el impulso que ella les dará. En esa región se desenvuelven sus novelas «Montaña Adentro», «María Rosa flor del Quillén», «Bestia Dañina», «Bienvenido», y algunos cuentos como Don Florisondo y Doña Santi-

tos, cada uno de los cuales viene a confirmar los méritos y calidad de su obra.

En Marta Brunet casi no se advierte la nota sentimental. Desde que inicia el relato se preocupa de ir dando el relieve necesario a sus personajes, e instintivamente les va creando cierta vida interior ruda y silenciosa. Es el dolor que no sale hacia afuera como el desahogo de una aflicción largamente contenida. Sus hombres se recogen hacia adentro en taciturna fiereza, mientras más agudo va siendo el torcedor que los va penetrando. Y de pronto la tragedia estalla, no en un gemido, sino con un grito de rebeldía; como si el dormido ancestro que gravitara en lo íntimo de su ser, se despertara furioso e intacto, arrejado por el esfuerzo que lo mantuvo doblegado a una voluntad poderosa.

Y ese tipo de hombre creado por Marta Brunet, en sus relatos no es por cierto una ficción antojadiza y literaria. Existe aún entre nuestros campesinos. Es como la herencia lejana, de la unión entre el conquistador fuerte y la india melancólica, que después de sus rudas caricias va a tener su hijo en el lecho fresco y húmedo de los quilantares, para después irlo a lavar en la corriente limpia del estero, que se lleva parte de su dolor y de su sangre. Es verdad que este tipo de hombre es el menos común, porque ahora el campesino es más bien rezongón y quejumbroso. Sólo por excepción, se yergue altivo y corajudo para desafiar al patrón, y en un supremo gesto ofrecer que abandonará la puebla. La puebla es un jirón de tierra mínimo, en la extensa propiedad del terrateniente; pero es tierra fértil en recuerdos para el inquilino que la ama como a su propio corazón. Allí nació el abuelo, allí nació el taita, y allí nacerán sino corren vientos adversos, sus hijos. Y junto a la puerta de su rancho dirá en un día triste:

—Así jué pues, patrón, me le murió la mujer.— Y

tras un silencio mientras una lágrima surca sus ásperas mejillas agregará: —Y hay que ver que hace falta la compañía. Una casa sin mujer es como un'olla sin agarraero.—

Marta Brunet sabe interpretar muy bien a través de su fuerte temperamento de artista, esta hosca tragedia de nuestro campesino. Por la intención de su obra le vemos un lejano parecido con Victor Catalá, seudónimo de Catalina Albert y Paradiz, autora de «Soledad» y otras novelas, interesantísimas, en las cuales nos da una visión de tipos y costumbres del campo de Cataluña. Marta Brunet es de pura ascendencia española, catalana por su padre y asturiana por su madre. Seguramente de allí le viene esa inclinación a lo trágico, que se advierte en sus novelas, y se ahinca en ella como una garra fuerte, buscando en lo humano aquello que le dicta su temperamento, pues el paisaje sólo le sirve para fijar el cuadro con un breve brochazo.

De sus novelas, las que han sido más elogiadas son «Montaña Adentro» y «Bestia Dañina». Respecto a «Bienvenido», ella misma, está de acuerdo en creer que no es el libro que representa su manera de ser. Yo creo que la novela en que ha acertado plenamente es en «María Rosa flor del Quillén». Es un relato gracioso, a la vez sobrio y armónico. Nadie puede vislumbrar en qué va a terminar aquello, pues el inesperado final constituye una sorpresa que deja una agradable impresión en el lector, y lo convence de que el artista logró plenamente el propósito de ánimo su creación. Trataré de explicar en breves palabras el argumento de esta novela. María Rosa, es la mujer de don Saladino, el capataz de la hacienda. Más joven que su marido y muy hermosa, es una mujer honesta a quien nadie ha podido hacer blanco de chismes ni sacarle, como dicen en el campo «ni como lo negro de la uña». Pero hay un don Juan rural, Pancho

Ocares, una especie de demonio tentador para las mozas del lugar. Pero ante María Rosa, se estrella toda su vanidad de cínico conquistador. Sin embargo, él asegura que no hay mujer que no caiga, cuando se le sabe buscar. Y lo intenta, haciendo una especie de romántico campesino, que pasa frente a su vivienda lanzando miradas tristes, y poniendo la voz temblona cuando tiene ocasión de hablar con ella, simulando respeto y temor de provocar sus agravios. Y la treta le van dando los mejores resultados. La íntima coquetería de la mujer, se siente halagada ante el rendimiento, y cae. Pero mientras la cosa se produce, Ocares ha hecho su apuesta, consistente nada menos que en mostrar a sus amigos, como la Flor del Quillén se ha rendido ante su condición de hombre irresistible. Y acto seguido tiene el cinismo de decirle a María Rosa, que no fué el afecto quien lo empujó hacia ella, sino el interés de satisfacer su vanidad y el de ganar una apuesta a sus amigos, que luego vendrán a verificar esto último. La mujer le oye sin poder creer tanta villanía, hasta que de pronto reaccionando violentamente, toma el rebenque de don Saladino y lo azota con rabia frenética... Al mismo tiempo llama a los perros, que se lanzan sobre el hombre, quien sólo entonces se desprende de su estupor, y huye, a tiempo que llegaban sus amigos a comprobar la apuesta. Es interesante oír como la autora describe esta última escena:

«Se puso en pie amenazador. María Rosa lo oía con los ojos cerrados, temblando a cada palabra, recibiendo-las como puñaladas en medio de su amor, de su dignidad, de todos sus sentimientos.

«¿Qué? decía el hombre en una especie de furia vengativa. ¿No contestas? ¿Sabís porque no me voy tuavía? Porque Melchor Candia y Chano Almendras, me van a venir a buscar aquí a tu casa tuya, pa con-

vencerse de que sos mi guaina y pagarme altiro la apuesta. ¿Qué?

«La mujer había abierto los párpados y ahora lo miraba fijamente, con tal concentración en el poder visual, que las pupilas se le oscurecían hasta ser casi negras.

«—¡Canalla!—dijo y con un movimiento que Pancho no alcanzó a prever, cogió el rebenque de un clavo y azotó la cara del mozo.

«—¿Qué? ¡Ah! Bestia... Ah...!

Le pegaba en las manos que querían defenderse, en la cara, en las manos, en la cara. Era un movimiento rápido y mecánico como si el brazo hubiera cobrado un resorte que lo echara de uno a otro lado, dando seguramente en el blanco.

«El hombre retrocedió y abrió enteramente la puerta, tomado íntegro por la cobardía latente en él. Los golpes lo aturdían. Libre por la distancia se volvió vomitando injurias. La mujer gritaba:

«¡Mininco, Lolenco! y silbó a los perros que acudieron prestamente. Agarra Mininco! Agarra Lolenco! Agarra, agarra, agarra...»

Y entonces el fugitivo encuentra a sus amigos que entre indignados y risueños, miran despreciativamente a aquel hombre «que se había destruído en el sentimiento de la mujer» como dice la autora. Y así la reputación de la Flor del Quillén, queda intacta..

* * *

Creo necesario decir antes de terminar este modesto trabajo, que no son sólo éstos, los escritores que han interpretado el sur, sino muchos otros, entre los cuales conviene nombrar a don Carlos Walker Martínez, por sus romances históricos; y a Aurelio Díaz Meza, por su drama indígena «Rucacahuín», y otro de la época de la conquista, titulado «Bajo la selva», como así

mismo un libro de narraciones, en el cual describe con mucha fuerza de expresión un incendio en la montaña.

Como no es posible en un trabajo de esta naturaleza, extenderse demasiado, sólo he tratado ligeramente la obra de estos tres escritores; con el deseo de demostrar siquiera en síntesis el mérito de ella.

He de agregar también, con pena, que la crítica de este país ha tratado, o de destruir esta labor, o de hacer que el escritor la enfoque de distinta manera. Creo que la influencia racial tiene una grande importancia en el obrero intelectual. Así como el mulato trata de empolvase para disimular su origen, y así como el indio, cuando se pone ropa de hombre civilizado, niega su propia raza, y como el negro que vive soñando en un elixir que lo blanquee, creo que es también una manifestación de raza espiritualmente inferior el tratar de europeizar nuestra literatura, la que debe tener una fisonomía propia y característica. Debe tener el sello magnífico de nuestra América, de la que hay tanta cosa interesante que escribir, y en esto, pláceme hacer una excepción con dos hombres que han hecho crítica en este país: Latcham y Melfi, quienes comprenden bien nuestro problema espiritual, especialmente Domingo Melfi, hombre de pura raza europea; pero cuyo corazón tiene su raíz más honda en esta tierra, en la que se ha criado y donde ha formado su hogar y están todos sus afectos. El ha comprendido mejor que muchos chilenos esta clase de literatura, su fino espíritu de artista, se ha penetrado de la labor que hacen los escritores, como los que acabo de mencionar. Vive interesado por conocer lo que se produce en América, y con su claro talento ha sabido hacer resaltar el mérito que hay en la literatura criolla. Con un espíritu limpio de prejuicios ha dicho verdades que guían y enaltecen al hombre que escribe con la sangre del espíritu ante la cruel

indiferencia del medio. A él, por su espíritu amplio y sereno, me es grato rendirle el homenaje de mis simpatías. Por su parte Ricardo Latcham, hijo de un esclarecido hombre de ciencias, inglés que ha hecho muy valiosas investigaciones sobre el origen de la raza autóctona, sobre sus costumbres, sus mitos y supersticiones, ha aprendido en el hogar paterno a amar lo nuestro, y sabe valorarlo y sobre todo comprenderlo.

Luis Alberto Sánchez

“TROZOS DE VIDA”

EL 22 de Julio de 1918, se levantó don Manuel González Prada un tanto melancólico. Hacía algunas semanas que le visitaban ahogos e inquietudes. Para que doña Adriana, su esposa, la Animadora de la obra escultórica y vivaz del precursor peruano, no sospechara nada, don Manuel se refugiaba en los versos. Así entretenía sus días, después de haber cumplido los setenta años... Esa mañana del 22 de Julio retocó una estrofa que terminaba:

Al *puede ser* de la tumba
Voy sin pena ni temores,
Con el asco por la vida,
Con el desprecio a los hombres.

Después se puso a jugar con *Mignon*, la gata favorita. Después, levemente fatigado, a almorzar. Después, un vahido. Después, inmovilidad absoluta. Después, la convicción de que habíase quedado el Perú sin su luminar más alto y puro. Eran las doce y tres cuartos del día.

* * *

Con el manuscrito de versos que dejó inédito don Manuel González Prada, hace quince años, su hijo

Alfredo, en tardío, pero eficaz homenaje filial, ha formado el volumen titulado «Trozos de Vida», al que, acaso, hubiera correspondido el título de «Ultima Verba», como parece fluir una de las secciones del manuscrito. Editado en París, y con una formidable cabeza dibujada por Málaga Grenet, el volumen inicia, según entiendo, la publicación de las Obras Completas de González Prada. Era tiempo ya. Y hago público el privado reproche que más de una vez le hice a Alfredo González Prada, excelente escritor también, asordinado por la diplomacia, de la que salió, voluntariamente, por no soportar las majaderías de Rada y Gamio, un simio al servicio de Leguía, ni las salvajadas de los Miró Quesada, *maeses Pedros* del bienlogrado Sánchez Cerro.

Los inéditos de González Prada, o, mejor dicho, las compilaciones ordenadas y servidoras, debieron comenzar con el libro «Anarquía», que Leguía impidió se publicara en Lima, el año de 1928 ó 29. Pero, ahora cumplía editar «Bajo el aprobio», libro inédito, escrito en 1914 por don Manuel y enderezado íntegramente contra las tiranías militares. En esa época, ya vecino a los setenta, don Manuel mantenía en alto su rebeldía y enrostraba al civilismo, parapetado tras de otro militar, al que, luego, echó por la borda ignominiosamente, enrostraba al civilismo su reiterada felonía de toda la historia peruana, su voracidad y su ignorancia. Latifundistas mecidos por títulos coloniales; latifundistas amparados en el ausentismo y usufructuando las Américas desde Biarritz, París o Nápoles—siempre moneda barata, para medrar mejor—, ellos constituyen la escoria de la historia peruana y contra ellos arremetió González Prada, en cuya pureza acrisolada encallaron siempre las calumnias, arma femenina, grata al civilismo de todos los tiempos.

Mi comentario comienza con un reproche. Los inéditos de González Prada debieran iniciarse con «Bajo

el Oprobio». Sentimentalmente se excusa que comiencen con «Trozos de vida». Pero, ¿cabe debilidad sentimental al enfocar esa figura egregia y fuerte, para quien la vida fué una línea recta, por lo cual sus caídas políticas no fueron sino inadaptabilidad del apóstol que ignoró la indispensable táctica? Debieran seguir con «Grafitos», en donde recoge tantas apuntaciones hondas, con «Ortometría», en el que revela su preocupación estética, con sus artículos varios y sus versos satíricos, dispersos con seudónimos y anónimos, en los cuales hay tanta intención. Esto ya no sería lo inédito, pero, sí, lo cuasi inédito, pues pasó inadvertido porque no lo amparó el nombre prócer. Fraternalmente, espero de Alfredo González Prada una edición ordenada de todo esto, pronto, y una reedición, que ya hace falta, de «Páginas Libres», «Horas de Lucha», «Exóticas», totalmente agotadas.

* * *

«Trozos de Vida» es un libro amargo. Por eso, por que Prada no fué amargo, por eso necesita el contrapeso de una explicación acuciosa. Jorge Basadre insinúa en «Perú: Posibilidad y Problema» que González Prada encarna al «resentido» dentro de la clasificación de Nietzsche, popularizada y completada por Max Scheler. Tal vez... pero yerra Basadre, con inexplicable vehemencia, cuando trata de ubicar el pensamiento de Prada. Y sus yerros no están tanto en la misma ubicación, sino en el olvido del medio. José Carlos Mariátegui, más hondo y directo, y Víctor Raúl Haya de la Torre, con un concepto general y sincretista más certero, y Antenor Orrego, con una visión categórica, por lo estético, filian mejor el pensamiento y la posición de González Prada. Si la obra de Mariátegui es importantísima, en el ambiente de un Perú en el que el desenvolvimiento capitalista y las revelacio-

nes de la trasguerra habían desquiciado la vieja organización; en un Perú en el cual estudiantes y proletarios habían cobrado cierta conciencia clasista, merced a la previa campaña de divulgación y ascendramiento de Haya de la Torre, cuyo nombre soslayan algunos, por aquello de Pedro y el cántico del gallo; es absurdo olvidar que la obra de Prada se desarrolla en un Perú totalmente feudal, de predominio entero de una oligarquía todopoderosa; sin conciencia popular, siquiera, sin atisbos de populismo y ni sospechar de socialismo: y que, sin embargo, a través de un doloroso proceso personal, que traduce un proceso social—y lo conduce—Prada encarna, primero, al poeta que quiere libertarse del romanticismo ambiente en un medio romantizado; que se hace patriota 100 por 100 cuando el derrotismo invade a las clases dirigentes; que, en vista del fracaso de sus anhelos de renovación, no se desalienta, sino que se siente tentado por el anarquismo, para terminar contagiado de un socialismo aun utópico, que no científico, desde 1905, y con un asentido de compenetración y comprensión con los hombres—aun adolescentes—que conducirían al Perú por nuevos senderos. La sensibilidad política de Prada se revela en su constante auspicios a Mariátegui y Haya de la Torre, cuando éstos eran no quien; y su sensibilidad estética, en su descubrimiento de José María Eguren y su estímulo constante a Valdelomar, Alberto Hidalgo, César Vallejo, Percy Gibson.

La explicación en «Trozos de vida» es indispensable. Prada tomó el verso como un refugio de la tarea acezante. A menudo, cuando más dura era la lucha, escribía los versos más emocionantes y exquisitos. Podría decirse que el subconsciente está en sus versos. En tal sentido «Trozos de vida» nos revelan la amargura íntima y el materialismo sincero de un hombre en cuya vida exterior, todo fué combate sincero, generosidad directa, comprensión humana. A primera vista,

esto no resalta en «Trozos de vida». Y hay que hacerlo resaltar.

* * *

Indudablemente, la huella de Heine perduró siempre en Prada. Su resistencia al lamento, le hace aparentar mordacidad. Cada verso de don Manuel intenta birlarnos su exacta reacción emotiva. A pesar de que ahí se refugia Prada, pues ni en ese refugio Prada quiere concederle tregua a la emoción. Se tiene miedo a sí mismo, y sólo permitió que su sentimentalidad, mejor dicho, su ternura, se reflejara en sus actos para con los animales y las plantas. De la escala zoológica, sólo tuvo recato para con el hombre; de la vegetal, no dudó de ninguna. El leit motiv de la vida de Prada—si hubiera que buscarlo, siguiendo los preceptos de Maurois—está en la afición a flores y perros. No creyó como Vasconcelos, en su «Ética», que el amor al perro denigra, porque él encarna la fidelidad al amo como quiera que éste proceda. Prada comparaba la otra muestra, la de la superioridad: el perro leal, que no es lo mismo que ser fiel. La fidelidad es la forma contrahecha e inferior de la lealtad. Mas... volvamos a «Trozos de vida».

Hay una recóndita zozobra presidiendo esta colección de versos. Más que pesimismo, hay zozobra. Debiera titularse así, «Zozobra», como un libro de Ramón López Velarde. Prada muestra ahí su corazón dolorido y su infinita congoja, pero se rebela al punto para no traicionarse:

¿Quién oyó jamás un grito
doloroso de mis labios?
¿Quién vió jamás en mi rostro,
Húmeda sombra de llanto?

Sin estrechos confidentes,
Yo he sido el cofre cerrado:
Más allá de la epidermis
No he sufrido los contactos.

Este gran, no solitario, este gran aislado, tuvo siempre orgullo como escudo, ternura como clave, angustia como cifra, necesidad de afirmación como táctica. Afirmó y negó: términos concretos que se resumen en uno: afirmó. Sus dudas quedan en el verso. Sus congojas también. La prosa utilizóla, varonilmente, para la afinación, para la rotundidad, para el gozo de «hacer la guerra alegremente», como decía Sarmiento. Se adelantó a su tiempo, y ahí está su tragedia: «Vive en lucha sin descanso—, que esta raza no es mi raza, que este siglo no es mi siglo:—Yo debí nacer mañana». Y es verdad. Los que no entienden a Prada en su ubicación exacta es porque han olvidado su anacronismo avancista, su tormento de sentir en 1920 cuando el Perú se arrastraba en 1750. Mucho de esta agonía está plasmado en el invaluable, elocuente y claro testimonio de «Trozos de Vida».

Exilio. Quito, 1933.

TEMAS BARBAROS

I

CCORTAS y rígidas, musculosas y toscas, talladas en bloque de barbarie, estas vendedoras araucanas, que de mañana invaden los pueblos de la Frontera, ponen en los ojos del viajero un gesto de insu- misión pintoresca, la inquietud excitante de la tierra legendaria, extraña y robusta.

Vienen de los campos cercanos, a veces de los confines de la región, caminando a pie descalzo o sobre caballos serranos, con sus redondos chaihues de fino trenzado, sus ristras de ajo o de ají, sus botijas de roja arcilla. Metidas en el burdo chamal negro orlado de rojo, la cabeza realzada por el plateado trarilonco y por los aretes macizos, los ojos oscuros y vivos bajo el ala terca de la ceja, estas mujeres morenas, núbiles, maduras o viejas, de bocas tajadas y romas narices, se adueñan, poco a poco, de las calles con su menudo andar silencioso y sus voces guturales.

La rigidez de sus cuerpos enfundados en el chamal y la simetría de sus movimientos simples y breves, recuerdan, bajo los cielos airosos de la tierra su- reña, los viejos motivos murales de la decoración egip- cia. Son cuerpos sometidos a la primaria simetría del monolito, del cacharro y de la momia.

Sin embargo, la burda apariencia de estas mujeres no ha extinguido en ellas la gracia eterna. Bajo el entrecejo oscuro, alumbra la humildad tentadora de la hembra, y la boca gruesa y sensual sabe plegarse en temible sonrisa de encantamiento. Tienen en su apariencia inmóvil una vivencia inquietante de ídolos, vivencia encendida en la dulzura esclava y sufrida y en la terrible fuerza de los ritos inviolables.

Ellas no bajarían al pueblo, que las desprecia, si no hiciera falta en la ruca aquello a que la ciudad las acostumbró. Los quehaceres las llaman de la mañana a la noche, en el rancho de quincha y en la vega, donde hay que ayudar al marido y a veces reemplazarlo. En la ruca, el telar aguarda las manos hábiles que comenzaron el chamanto vistoso.

Es preciso tener tiempo para todo. Así, desde el amanecer, estas mujercitas de austero perfil están trahinando por los caminos con el chaihue lleno de frescos dihueños. Han debido salir la tarde anterior a cogerlos a la montaña, en los altos troncos de los robles.

Llevan al pueblo, a más de uno o dos pesados chaihues, las ristras de ají rojo oscuro, y si es preciso, el crío sobre la espalda fornida y hombruna. No siempre hay una carpeta para el viaje, ni un mal caballo. El camino es largo y el invierno lo estropeó. La china lo conoce, su cuerpo se endureció en andarlo desde niña, pegada al chamal de la madre o a la manaza del padre que se iba a los bodegones del pueblo. Su pie se aplanó de batirlo. Es preciso vencerlo con la nueva carga. Apenas el sol raya, la cabeza encintada y el chamal negro se recortan en la acuarela roja, verde y pajiza de los campos, sobre el sendero montaraz que lleva hacia la esperanza.

A veces el pueblo tiene una cara de presagio y las mujeres de ambulan sin provecho. No han vendido gran cosa. Vinieron muchas de todas partes y lo que

traen es siempre lo mismo: el dihueño, la avellana, el ají...

Otros días la villa las atrae con su cielo ardiente y su caserío apretado y bullidor. La indiada viene dispuesta al festejo y al goce. La alegría sube de la tierra en suave y capitoso vapor. Las vendedoras, modosas, cantan su mercancía de puerta en puerta. Conducidas por robustos mocetones de cara cobriza y gruesos pómulos, recorren el pueblo las graciosas carretas montañesas. Bajo el toldo de lona gruñe una pareja de cerdos o se agita un loto de pavos y gallinas. En un rincón se recuesta una india joven. El pueblo parece una feria.

Al anochecer, en lugar de la mercancía matinal, los chaihues van bien provistos de preciosos productos: el azúcar blanca, la harina inmaculada, la yerba mate, el lienzo y el percal. Las chinas vuelven en grupos a los ranchos. En las carretas no falta, a la vuelta, la damajuaná de vino turbio o el botellón de aguardiente... El hombre dormita tendido bajo el toldo, la china se mantiene rígida, sentada a su lado, animando de tarde en tarde a los bueyes, que caminan confiados en medio de la noche.

II

RAZA ESPECTRAL.

De niño, cuando mis ojos se dilataron, ansiando remontar los cuatro horizontes de la vida, y el mañana era recamada y cálida leyenda, los ví, vaciados en arcilla oscura, con sus aderezos de plata labrada, el gesto rudo e inmóvil, sobre los dispersos telones de la tierra nativa. Mi talla de juguete les dió altura de gigantes, plantados delante del cielo, sobre sus pies planos y fuertes de bárbaros, dueños de una pujante historia. Caupolicán, Colo Colo, Talcahuano, ciñeron

con sus brazos el cielo divino de mi infancia y la raza desnuda me trazó un camino de altivez y de lucha.

Ya mozo, proyectando al mundo mi rebeldía adolescente, el indio mordió las luminosas imágenes, fundidas en sol y en sangre, que crecían en la cumbre de mi alma, y un ser desconocido, como el espectro conjunto de la rebeldía, la justicia y la gloria, se introdujo, mudo e idílico, en mis torreones de leyenda. Días hubo en que lo grandioso e insólito intentó fulgurar en la plata del trarilonco o en las grecas y cruces del trariwe, mientras mis ojos precoces, dueños de la verdad y la amargura, vislumbraron el triste destino indígena, la realidad del fantasma.

Ahora, el hombre, que cabalgó con ávido deslumbre la trayectoria de la raza, añora la total emoción de las imágenes pretéritas, estriadas de combates y de justas, de malones y de asedios, de gritos oscuros y trágicos; en ellas el indio de Ercilla cruza los anchos espacios con su voz más mortífera que su lanza y su pecho más erguido que su puño. ¡Quién puede cambiar lo legendario por lo cotidiano, ni la leyenda renueva el grato sabor de lo que nunca ha sido, de lo inasible y etéreo, de lo que es imagen en raudo vuelo de eternidad!

Porque mi paso vagabundo los ha encontrado a lo largo de la tierra nativa, en constante realización del espectro que albergó mi adolescencia huraña y vidente. La última ráfaga romántica huyó ayer, delante del indio mendigo que me tendió la mano por una moneda, trocable en vino y pesadilla.

Los he visto, sin esperanza, en las altas lomas de Nahuelbuta, tallados en el viejo pellín de la selva circundante, con inmortal paciencia de ídolos, mientras el arado rompe la tierra pedregosa, sembrada de fatiga y de recuerdos. Los escuché en las negras horas invernales de la ruca, cuando el aguacero traspasaba la quincha, y el fuego ardía bajo la oleta de la pitán-

za. Los he sentido, como se siente la pesada masa del cadáver aun tibio, a la vera del rancho, cerca del cántaro de muday o de vino, ración bebida en la total embriaguez. Los he visto descargar el puño bestial sobre la hembra quejosa que tarda en acercarles el oscuro vino, mientras la tierra espera el noble tesón de su brazo, en las lomas doradas por la mies, en las vegas acabadas de madurar.

Los caminos del sur me los mostraron en su pintoresco desamparo, envueltos en el chamanto roído, el pie desnudo, el ceño terco e insensible, la voluntad trocada en larvaria porfía de vivir. Todos los caminos soportan su peregrinaje, cuya meta es el vino, el sueño y la muerte, sin orgullo y sin pujanza.

Las carretas que regresan a la loma, desde el pueblo, los llevan convertidos en fardos malolientes, dormidos y babeantes. Los bueyes, habituados a las caminatas de muchos días, rumían el cielo y las distancias. Lejos, las mujeres, en la dura ausencia del hombre, abrieron la tierra, sembraron el grano y la trágica esperanza. En la estación propicia, habrán cosechado el grano y la esperanza, rumiando con la mansedumbre del buey, el pienso, hecho montaña, de la pobreza, de la ausencia, y del miedo amante.

Los he visto en la urdimbre vocinglera de los millatunes, con sus arreos vistosos, con mover la fiera claridad del cielo, el alma vuelta al pasado inasible, ardiendo en las fuerzas ancestrales ante el mal de la tierra agotada por la sequía.

Los he visto danzar al compas del cultrún, junto al pariente enfermo, para ahuyentar el mal incurable que postrara su cuerpo robusto.

Talla baja y maciza, hecha de robles trozados, cabeza de epopeya, ojos humedecidos por el vaho y el fragor de los combates, pueblo guerrero, eres ahora raza espectral, encendida en alcohol y miseria. Nadie

te enseñó la nueva vida del mundo y ya no sabes ser más que pueblo agonizante.

Raza vencida, no sabes siquiera llevar sobre tus anchos hombros, la leyenda magna de tu historia. Y no tienes la culpa.

Carlos Vattier Bañados

DON JUAN

¡Vosotros! educadores de la juventud de las naciones, pedagogos de Holanda, de Francia, de Inglaterra, o de España, azotad a vuestros discípulos en cualquiera oportunidad, os lo ruego; esto regenerará su carácter. En cuanto al dolor físico, no os inquietéis por ello. De nada sirvió a Don Juan tener la mejor de las madres y la mejor de las educaciones; a pesar de todo, perdió su inocencia, y, todavía, del modo más extravagante...

Lord Byron.

(Don Juan. Canto Segundo.)

PRESENTIMIENTO

SI la luz de la luna pudiese penetrar la carne, nunca logrará acariciarla con tanta suavidad, como Don Juan, infante, acariciaba las entrañas de su madre. No se desmayaba la dama grávida con el aroma de una rosa; acaecíale de verse en la red de un gustoso, amoroso temblor, como una doncella que desencanta con los perfumes el recuerdo de su galán.

Iba por la casa tan volandera y liviana, que la hubiese sostenido el pedúnculo de una flor. Y no tenía más antojos que vestir velos vaporosos y mirarse en un espejo veneciano hasta que caía el sol.

Si su cauto esposo hubiera sido digno padre de tal hijo, con arma o denuesto debió pagar un tributo a los

celos. Mas, como alcanzado por el arrobamiento que esa pasión misteriosa producía a su mujer, aguardaba en silencio, nimbado de beatitud.

Con mayor anhelo, recato y parsimonia no se espera en Francia el alumbramiento de un Delfín.

NACENCIA

Para este niño no hay ternura maternal. El jubiloso desgarramiento de su venida trae eternizado lo fugaz.

Por la ventana del aposento de la señora se columbra una torrecilla de tejas brillantes y metálicos capiteles, cuyo reflejo ondea en el río que se va discurriendo y llevándose al campo la ciudad. Los erectos y oscuros cipreses piensan cosas graves junto al claro verdor de las frondas que tiemblan graciosas, como si una mano invisible y leve agitara cada hoja. Las palomas saltan de las copas doradas al alféizar de la ventana. Una nube nacarina deriva por el cielo crepuscular. Y la naturaleza toda siente un desasosiego. Ardorosos, vagos deseos no la dejan conciliar el sueño.

¿Quién toca el clavecín en el aire? ¿Alienta acaso un alma fuera de este instante?

La dama está recostada entre frescas holandas. Nadie osaría conturbarla. Es tan divino y tan humano el trance en que se halla. No parece que fuera suya la sangre que corre con su sangre; y es distinta, sí, como el alma del que se mueve ya dentro de su ser. Llora dulcemente, y no de dolor. Es que alguien susurra en sus venas esas palabras que apuran el amor. Palabras de mujer en labios de hombre.

¿De noche ya? ¿Cómo, entonces el tiempo no se detiene junto al éxtasis ni en la cumbre del goce?

Nada se detiene en esta tierra de Dios. El cielo, maduro de estrellas, late como un corazón. El cantar de

las fuentes se eleva tan alto, que apaga el cantar de las campanas. Ha nacido Don Juan.

DON JUAN

Una guedeja interrogaba la verdad de los cuerpos ocultos entre las cejas como filos de alas tendidas de Don Juan. Sus largas manos impacientes, que llenas de primor se crispaban en los herrajes de una ventana o volaban como pájaros de rama en rama, vivían por sí solas sobre el negro fondo de su capa. Una malla fina y malva ceñíale las piernas altas, musculosas de saltar tapiales, pero tersas de domeñar otras más sedosas que la cara del agua. Derretíanse sus pupilas en el propio ardor, y algo alocado había en su grácil pres-tancia.

De tanta andanza egoísta y lance amatorio, comportábase como un mentecato en los gajes vulgares de la vida. Mas no era menester exigirle discernimiento, no; el bolso repleto de oro tornábalo habilidoso y no había señora de coturno ni santa abadesa ni tosca fregona que le pusieran resistencia. El sabio tacto de la mano de Don Juan hacía aflorar los deseos de aquellas melí-fluas celestinas que sobornan a la más pura doncella, por complacer al recuerdo de un calor que se les fué del cuerpo y las espera en el infierno. Más viril apostura y entereza de hidalgo tuvo Don Juan de adolescente. Predestinado estaba a trastocar la lógica del mundo, a generar una lógica cordial. De niño fué rudo como un escudero; de grande, aljofarado como un paje. Desmin-tiendo a la naturaleza, portóse primero valiente y tan solo atrevido después. No le valió para allanar la vida el trajinar por los caminos; con ingenua brujería alimentaba los nudos del destino. Sus temerarios arres-tos de cruzado no eran más que el canto de los niños en la oscuridad. Tenía miedo de sí mismo.

Su inagotable decir de madrigales, el excesivo comercio con el eterno femenino y ese frenético besar de senos entre randas fragantes, mudáronle de tal suerte que, en adentrándose por su trato, hallábanse las mujeres con una amiga. De ahí su éxito e índole pendericiera. Y no fué más femenino, puesto que debía manchar con sangre de duelos las manchas del honor. Pero más puede la edad que el hombre. Las huellas del tiempo melificaron su cinismo agreste. Porque la niñez del deseo se quema a ciegas, y no significa acabamiento la cautela: es la juventud del deseo. En sus brazos se desmaya la primavera. Por eso no persiguió ya a la moza perfecta, iba tras la fea que era toda belleza. ¿Fué la mejor aquella que, a fuer de virtud, ganó el respeto de tan ardiente doncel?

La noche era el dominio de Don Juan. Huía del trémulo aletear de las luminarias y hubiera querido cegar al firmamento. Con la sombra asida a las entrañas, Don Juan se arrebuja en la sombra. Como una flor nocturna, su corazón abría en la oscuridad. El alba le arrebatava el embozo, ansiosa de mirarle la faz.

Los huertos borbolleaban de frutas y verduras. Las savias que laboran invierno adentro brotaban en verano por las grietas de los yermos. Al unísono cantaban fuentes y campanas. Don Juan hacía su jornada.

¿DON JUAN O EL AMOR?

¿Fué Satán el divino o un fauno lampiño? ¿Prometeo burlón que vuela cargado de cadenas, con las frágiles alas de un dios niño?

Carne de abismo o despojo celeste, va sin sospechar a donde, llega tarde o temprano como la muerte.

No se sabe ladrón y sólo está alegre cuando declina el sol. Rota la virginidad, nace su honor. Lo virgen deja trunca la obra de Dios.

Reflejo de la verdad o cuerpo de una mentira, pena al ver que su dicha fugitiva sólo afirma lo inasible de las cosas divinas. Pena y reposa en cada tentativa.

¡Si Don Juan se llama el mortal que no pudo esperar la paz junto a la misericordia de un amor, Don Juan no hallará descanso ni en el dulce sueño en que muere la pasión!

Porque el hombre está vacío y sin forma como el mandato del primer día, y sólo el amor, que inspiró a Dios, puede completar su creación.

SOLEDAD

Todos los seres cabían en su pasión, ninguno en su amor. Cuando besaba, inconscientemente, miraba al cielo. No sabía Don Juan que su fe en él era fe en Dios. Ignoraba que para ser Don Juan hay que desoír la voz humana que fingen los entes de la Nada.

Nunca sintió el retumbar de sus pasos; suenan ahora hasta el Más Allá. Jamás se fundió el eco de su clamor; el viento lo demuda hoy. La tierra es una urna de cristal.

Quiere que el rosal dé frutos, que dé flores la miel, pues de tan gustado, se le pierde el mundo. Harto de oro, no halla en qué dilapidar. Como nadie engarza requiebros sutiles y argucias galanas, pero nada le dan cuando se lo dan todo. Y no es más que huesa la dulce familia, tenue el fulgor de su lámpara desde arriba.

Remotas eran las comarcas que cobijaron el romántico exilio de Don Juan, mas proyectaban su sombra entre el cielo y el mar. Fluente como las ondas, su nombre deslía nombres de víctimas y favorecidas, nombres para vocearles en el fragor de un asalto o en el ámbito esquivo de una estancia real.

Apenas si roza el suelo la juventud; pero va por el mundo como pisándose las alas. De mozo, sabía Don

Juan que para escudar una aventura nocturna, su capa y su casa eran nidos de águilas.

Cae la tarde otoñal. Para que la luna alumbre hay un espacio entre nube y nube. Oscuro ya y no estando, la luna ha de estar. La vejez sale de adentro y no siempre se deja ver. La tierra llama a la fronda, atrae al cuerpo como un imán.

Cual la sombra de las hojas al volar pasan los deseos entre las sienes de Don Juan. Y, prisioneros en el fondo de su inconsciencia, titilan unos ojos que no miraron jamás.

La imagen de cada pasión es más real que la realidad. Tiene algo inmortal. Pero como una falena ronda la realidad. ¡Dormido, arrancáronle las alas a Don Juan!

Con rumor de caracola enciende la sangre un espejismo de mar. Gruta de agua en el agua deviene la vida fluvial. El hombre se sueña en la oquedad. Lo alucina la sed del desierto que fué mar.

Tanto poder tiene la sombra de Don Juan, humano de puro vencido, que lo lleva más lejos que su sino. Y se lo arrebató al miedo de contemplar el poblado abandono del hombre en su soledad.

Por no pedir, ciegas de musgo, fenecen las manos del jardín. Los badajos se sumergen en las fuentes. Sopla el viento y salpican los tañidos. Don Juan va pulsando el vacío.

MUERTE DE DON JUAN

Es la quinta estación del año, clima de labios en flor, que, en su huída, ata el horizonte al corazón. Deja a la tierra sin fuerza, rodando en la diestra de Dios. Pulpa de luna, sabor de pálpito, luz de estupor, sus frutos remontan el espacio, atraídos por el sol. Temblorosa, desnuda, el alma solitaria busca la piel de la primera estrella que se durmió en las tinieblas. Abandonada en lo

alto, quisiera fundirse en una hoguera de astros con la nieve eterna. Pero aun vigila desde lejos el último descenso del cuerpo.

La noche sube del valle como una negra humareda. A tientas, sin hallar resistencia, Don Juan se desespera. Huye de sus pies la firmeza, como si se unieran la haz de las aguas y la haz de la tierra. Y luego de flotar con un lento ritmo de sueño, sus piernas enraízan en el fuego.

¡Cuánto tarda el milagro del día! ¡En qué esfera desconocida se pierde la piedad divina!

Débil esclava de su libertad, como una estrella caída en la más alta cima, el alma aspira a la fuerte esclavitud de las colinas. Y le duele mirar el huracán de unas manos sin tacto en la oscuridad. Pero no es eterno el dolor si la noche acaba.

Al hielo del alba cede la fiebre y los fantasmas ahogan a Don Juan. En lo alto de la colina, mientras llenan el aire las campanas de agonía, se apaga una lucecita. Y cuando el conjuro del día la aniquila, las fuentes quiebran en ceniza su cantar y una ráfaga humana cruza la eternidad. Don Juan ha muerto. ¡Viva Don Juan!

Magdalena Petit

TORMENTA

I

LA bahía que forma el puerto, de lejos, desde la altura de los cerros, parece un juguete para personas grandes, hecho de vidrio verdoso y reluciente al sol, donde se hubieran embutido botecitos de cartón pintado.

Encajonada dentro de los ascensores, baja la gente en dirección al muelle adornado de grullas que parecen «gringos» largos, huesudos (los «agencia Cook» de los bultos), embarcando y desembarcando a sus viajeros sin alma.

Ahora, el mar cercano es una cosa viva con su azul movido de oleaje, su olor a marisco, su aire salado; sus vapores enormes se tambalean y meten bulla al rechinar de las poleas, cuando suben maletas y mercaderías, y correo, y alimento, y todo lo que está destinado a bajar con el mismo ruido en otras tierras más y más distantes, donde hombres de otros colores, de otra habla, recibirán a su vez en sus muelles estos bultos y se internarán con ellos hacia sus hogares mirando con el desdén de la lejanía el juguete de su mar.

II

Avanza la multitud en el muelle, masa uniforme de los que se van y de los que vienen a despedirlos. Todos se abrazan de igual manera, se dicen las mismas frases, se creen obligados a emocionarse o se emocionan de veras.

El barco se va llenando de esta gente que se va, que llaman «los viajeros»...

La campana de a bordo ha tocado dos veces imperativamente: tan-tan-tan-tan-tan, y de pronto, el tercer e irrevocable llamado echa a tierra a los que se quedan.

Dos filas de seres iguales agitan sus pañuelos desde el vapor y desde el muelle. El barco, libre de sus amarras empieza a alejarse.

La palabra, con sus últimos: «Adiós, adiós», gritados, une aun a los de tierra y a los del mar; después, el gesto de los brazos en alto, solamente, dibuja las llamaradas blancas del Adiós, y luego los sentidos ya no bastan a colmar la distancia que comienza y va haciendo la ausencia.

III

Es de noche y mar adentro. Cielo, agua, obscuridad, silencio, se amalgaman envolviendo al barco indefenso que partió. Las olas lo mecen como a un niño abandonado; pero nadie sabe, con las olas traidoras, cuando mecen, si lo hacen para el sueño o para la muerte.

Debajo de la quilla, el agua negra y profunda que encubre la vida misteriosa de una fauna extraña. Encima, un tablero de una cuadra de largo, quizás, pero confortable como una ciudad, que es el pequeño territorio flotante donde habitarán unos días unos cuantos hombres, «los viajeros».

IV

Un ruido especial, el barrido del puente con pistonzos, despierta un momento a los de sueño más liviano; miran amodorrados hacia la ventanilla que filtra tamizada luz de alba y recuerdan «estar a bordo». La ventanilla en un instante hace de pantalla y pasa rápidos films: la despedida, Valparaíso, el tren, Santiago, el último abrazo a la madre; una cara de amigo se esboza, y otra, y sigue ahora el film en el sueño que venció.

V

Nebulosa extraña; luego un «aura» de navío. «El buque fantasma». El mar se va estrechando hasta convertirse en río que amarillea más y más y suena, suena, con el flujo y reflujo del agua que acarrea oro... es el oro del Rhin!... ¡Qué música celestial! Un solo acorde repetido infinitamente en arpeggios como el mar se quiebra en olas!...

Ya el sueño se espantó; sin embargo la música sigue: mi, sol, si, mi, mi, si, sol, mi...

¡Si son las nueve de la mañana! La vida despierta empieza con este anuncio del «breakfast» que el heraldo del comedor pregona al son de acordes wagnerianos.

VI

El primer día de navegación, día de mareo, trae poca gente al comedor. Dos «gringos», envueltos en una nube de humo azucarado, toman su «lunch», imperturbables cual si hicieran «sport». Esta es su segunda partida, pues en la mañana un «breakfast» completo ha sido ya despachado por ellos. Ciegos y sordos a la presencia ajena, mascan y tragan con fuer-

za palabras y «potatoes». Las demás mesas no se imponen; son de viajeros que aún no se adueñan del buque: no llevan traje de «a bordo», ni hacen funcionar los baños a las seis de la mañana, ni pasean por el puente midiendo millas: son chilenos.

VII

«Los pasajeros», «los oficiales», «los mozos», van perdiendo poco a poco su carácter colectivo sin individualizarse aun completamente.

Hay, «la señora anciana que viene con una chiquilla buenamoza» (nieta suya, quizás?); «las tres gracias», como las llama uno de los contadores, tres casadas, al parecer, que viajan solas; una docena de tipos de color obscuro con facha de tercera clase, que llegan todos juntos a las horas de comidas y se sientan en fila como en un colegio (estudiantes?... el mozo cree son mineros que van al Norte); un señor con lentes que lee todo el día en cubierta, cuando no escribe en el salón (escritor? profesor?...); *el médico, el contador rubio, el contador flaco, el otro oficial chico el «maitre»* (hecho de sonrisitas y saluditos; junto con los «gringos», se impuso desde el primer día a los viajeros). Los otros pasajeros siguen siendo «las demás mesas».

VIII

El mozo del camarote ya se está llamando «Pedro», el del comedor, todavía es «el mozo». Una mujer de «las demás mesas» entra ahora al comedor enfocada en tamaño grande: es «La señora que tiene tan linda voz», la que cantó en la tarde en el salón. Esa preciosa voz ha producido una aureola de luz que ilumina el rincón obscuro. Otras dos de «las demás mesas» han pasado también a primer plano: la de «El caballero que está tan aflijido porque tiene a su mujer

enferma», y la de «esa diabla que dió escándalo anoche», como dicen dos solteronas beatas que han llegado también a destacarse por sus comentarios.

IX

Entre cielo y mar, y sin embargo, con el pasar de los días el misterio se gasta, cede, y aparecen los hombres en su plena humanidad. Se saben el nombre y la historia, y se comentan unos a otros. ¡El mar y el cielo han perdido su encanto!... No, no lo han perdido aún: ¡«Se saben la historia»!... ¿La que no importa saber, tal vez; pero la otra, la verdadera, la que llevan adentro?... El barco está lleno, nuevamente, de gente misteriosa e interesante.

X

El mar parece un zafiro líquido en un engaste de cobre en forma de ondas: el anfiteatro del puerto de Antofagasta se extiende a pérdida de vista dibujando la pampa salitrera enorme, plomiza, silenciosa y ondulante, como un mar que en un día de tormenta se hubiera petrificado para la eternidad.

La campana de a bordo suena la alta marea de la partida, la que se lleva a los puertos, y Antofagasta va siendo arrojado más allá, y más y más lejos hacia las playas de la ausencia. La pampa gris es ahora, mirada desde el barco, una gran concha arrastrada por las olas.

XI

Iquique, Arica, Callao, Mollendo. Van sucediéndose los puertos orillándolos el mar con tonalidades cada vez menos luminosas hasta tomar un color verdoso pardo sucio.

Varios días de un mar abandonado a sí mismo, sin costas, al alcance acogedoras. El Pacífico recupera sus colores francos, se torna de un azul fuerte, y a veces, violeta.

Agua, agua por todos lados hasta donde topa el cielo en el horizonte lejanizo. Parece en el día, el mar, una de esas gelatinas marinas, monstruosamente gigante, que se estremece voluptuosa bajo el sol que irradia y la entibia haciéndola brillar. De noche, el océano negrea de serpientes oscuras, silbadoras, y entra como un pavor de niño aterrado por un cuento de cavernas y dragones. ¿Y no es, el barco, la caverna misteriosa? ¿No es una mujer, el dragón que hay que vencer? ¿No es, el niño aterrado, algún espectador de su propio cuento?

XII

Acentos paradisiacos detienen al niño-espectador: el dragón se ha transformado en sirena y la voz celestial que lo llama lo embruja como un brebaje de filtro.

La brújula dice que el vapor-caverna se dirige siempre hacia el gran puerto del oro; el calendario apunta cinco días para el término del viaje; mas, la sirena canta, canta, y el niño-hombre del nuevo cuento maravilloso, embelezado, ha perdido la noción del rumbo y del tiempo y hasta de la existencia ajena.

XIII

Las serpientes silbadoras, en flujo creciente suben al navío y asaltan el corazón del hombre enamorado: la tormenta de esta noche no será en el mar.

¿Por qué hay otros hombres a bordo? Por qué canta, la sirena, para más de uno?

Silban, sílban, sílban, las serpientes que se yerguen, heladas y verdosas, en llamas de olas.

Silban, sílban, sílban, la eternidad... de unas pocas horas.

XIV

La tormenta disipó el espejismo. Se fué el cuento, se llevó la caverna, se llevó la sirena. Hay, sí, a bordo, una mujer coqueta. Hay pasajeros, otra vez; pasajeros con su vida individual y colectiva (no, ya, esa especie de coro de serafines). Hay un hombre que, sin bajarse del vapor, exploró en un minuto-siglo tierras maravillosas, pero de clima mortal.

Este hombre fija, ahora, como los demás viajeros, la meta anhelada, New York.

El puerto, herradura de oro imantada, atrae con más fuerza, a medida que se acerca el barco que sugestionó desde la punta sudamericana. La metrópoli babélica viene ahora al encuentro del buque: detrás de la estatua «La libertad», la ronda de sus dioses (los gigantes cubistas) plasma en carne de cemento el reclamo del esfuerzo.

XV'

Suena, al fin, la hora de bajar a tierra. Los pasajeros, bien delineados con sus nombres y apellidos, sus gestos conocidos, su voz, no son los mismos que se embarcaron borrosos, inconocibles entre la masa. Se les oye interpelarse familiarmente:—¿Qué hubo, señor Garrido, su esposa está bien, podrá desembarcar?—Villegas, se va usted sin despedirse... —Señora, a eso venía, le deseo mil felicidades.

Un banal apretón de manos, mientras el pensamiento se retira de los ojos adentrándose en lo más íntimo...

La mujer coqueta se va a California; el hombre que exploró tierras maravillosas se queda en New York.

Tan-tan-tan-tan-tan-tan...

Llegó el momento de la separación material causada por el término del viaje. La otra, la irremediable, la que sucede en el mundo invisible sin que una explicación venga a hacerle el exorcismo, aconteció hace dos o tres días.

XVI

Cambiante como el mar, el alma se apasiona en olas de entusiasmo. Caen sus rayos fulminadores como si fueran a destruirlo todo; pero luego viene la calma gris, monótona, asilenciada, como si nunca se hubiera desencadenado una tormenta.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL ENIGMA DEL MATRIARCADO EN LA ISLA «RAPA NUI»

DURANTE nuestra permanencia en *Rapa Nui* (1932) nos fué posible evidenciar una serie de detalles que nos permiten suponer que el régimen matriarcal existió hasta no hace muchos años en las costumbres de los isleños.

En la isla de *Rapa Nui*—al igual que otras de los Mares del Sur—antes de la llegada de los occidentales a ella vivían los grupos sociales organizados en un sistema, si pudiésemos llamar, transitoria entre el matriarcado y el patriarcado, según podrá desprenderse de la que pasamos a exponer.

En las investigaciones que iniciara BASCHOFEN a fines del siglo pasado,—continuadas por MAC-LENNAN, LEWIS MORGAN, GIRAUD TEULEN, LIPPERT, CUNEW, MULLER-IYER, FROBENIUS, KLAASTCH, F. v. REITSENSTEIN, WESTERMARCK y KRISHE, entre otros—, se trata de comprobar la existencia de un período en la evolución social de los pueblos primitivos, en especial la etapa de los agricultores inferiores,— donde las mujeres tuvieron predominio o supremacía en los grupos humanos, entonces organizados. Basan sus conclusiones en la certidumbre del desconocimiento de algunos fenómenos fisiológicos de estos hombres primitivos, como ser la dualidad que suponen entre la concepción del ser humano y la cohabitación del hombre, que no tendría ninguna influencia en ella; y otros, en resultados del proceso económico-familiar, la agricultura. No nos cabe pronunciarnos sobre si tienen o no razón al suponer esa existencia, sino que daremos a conocer detalles similares a los—por ellos—encontrados, en otros sitios de la Tierra, que pueden dar margen y constatar que algo parecido ocurrió en *Rapa Nui*.

Desde luego, el hecho del nombre mismo de la isla en el idioma aborigen, o de los antiguos habitantes—ya que hoy se habla más el tahitiano que ese—es «*Te pitto henua*», que significa el *ombbligo del Universo*. Este concepto es característico del Estado Matriarcal y así lo encontramos en la Roma primitiva en la piedra central del Foro, designada por UMBILICUS (*Ombbligo*) y que se la suponía también el centro de ROMA y del Mundo; lo mismo en la mitología de la época *sumeria prehistórica* (*Babilonia*) distinguían dos mundos surgidos del caos: el mundo superior (universo celeste) y el mundo inferior (universo terrestre); que están—como advierte Jerusalén—unidos entre sí por el ligamento materno, por *el cordón umbilical* (*dur-an-ki*), siendo considerada la cúspide del universo como *ombbligo del mundo* (1). Igual idea sustentaban los antiguos habitantes de Rapa Nui, quienes suponían a la isla como el centro del Universo, que a juzgar por las leyendas era el gran Imperio insular de Oceanía.

Respecto a la raza primitiva que pobló la isla existe el más indescifrable de los misterios. Desde las utópicas teorías de los teósofos, que la hacen formar parte del gran *continente de Mu*, en la época de los Lemures, hasta las más recientes investigaciones del profesor Dr. KEITH—que los reconoce como una mezcla *polinésico-melanésica*,—no se ha avanzado gran cosa en este sentido.

Es indudable que los actuales habitantes no son descendientes de los constructores de los maravillosos monumentos de la isla, según los prueban sus propias tradiciones y el ningún parecido con el tipo estilizado en las figuras (2). Por otra parte, la similitud de sus costumbres con las *tribus Maorís de Nueva Zelanda*, el tener el mismo nombre sus individuos sacerdotales, el poseer casi iguales *Tabú*, y la mayoría de los Tótemes conocidos en Rapa Nui son los que tienen esos indígenas de ese lejano territorio, hacen posible la teoría que hubiesen venido de un punto común.

La organización totémica de la isla clasificaba a los grupos de la siguiente manera: *el Mirú* (significaba el Arbol), *el Rá* (el Sol), *el Marama* (La Luz del Sol), *el Haumoana* (la Brisa del Mar), *el Hitiuirá* (el Sol naciente o Sol Pequeño), *el Urehoi* (el Sol Decreciente o Moribundo), *el Koorongo* (el Arco Iris), *el Kotúu* (la Montaña) y *el Hotuiti* (el Cerro Pequeño).

El grupo *Mirú* estaba compuesto por los descendientes directos del primer grupo de hombres que llegó a la isla encabezado por *Hotu Matúa*. Estos individuos considerados con poderes

(1) «El enigma del matriarcado», Pablo Krishe, 1930. Pág. 172.

(2) Monumentos de piedra del volcán Rano Racaku.

sobrenaturales, eran los únicos que conocían la escritura misteriosa de las «*Tablillas Parlantes*» llamadas RONGO RONGO. Sus nombres de ARIKI PAKA los diferenciaban como una casta privilegiada del resto de los isleños y su jefe, el gran sacerdote ARIKI MAU, era verdaderamente el rey de la isla, pues sus secretos para provocar la lluvia, y la constante relación de él con los espíritus, le daban fuerzas para predecir todos los acontecimientos.

Es curioso hacer notar que los *Maorís de Nueva Zelanda* llamaban también ARIKI a sus príncipes-sacerdotes, igual que los pascuenses, y los consideraban como semidioses y en una clase de sangre real similar a los *Mirú*, estaban los TANA (lo que es un nuevo punto de contacto, porque en pascuense hombre es TANHATA).

Al igual que en la sucesión matriarcal maorí, de los ARIKI, en el clán *Mirú*, no le sucedía al ARIKI MAU los propios hijos, sino los hijos de la hermana. Es curioso que esta agrupación (2) sea la que en ambos casos, tenga mayores demostraciones de matriarcado, tanto en *Nueva Zelanda* como en *Rapa Nui*.

En el resto de los grupos existía el sistema del *Avunculado* típico de los regímenes matriarcales, es decir, que el hijo al nacer no era educado por la familia del padre, ni por éste, sino por la materna, y en especial del hermano de la madre, de quién se decía «su hijo». Otro punto de interés, era que los parentescos entre los hijos no valían con respecto a los parientes del padre, sino exclusivamente con los de la madre.

Los hermanos de la madre se llamaban «TAO KETE», probablemente una deformación lingüística de «TÚA-KETE», de donde TÚA, significa lo «materno», es decir, TAO KETE sería el pariente materno, o cuñado; los abuelos reciben el nombre de TUPUNO actualmente, derivados por la misma razón de TÚA PUNO, o sean los «antepesados de la madre». Y aun es también curioso que la palabra MATÚA que designa a la madre, designe el marido de ella o su amante. Agrégase todavía, el que los primos se nombren por la palabra «TUAINA» es decir, «*parientes de línea materna*».

Según refieren los nativos y por lo que aun conservan en sus costumbres actuales, tuvieron antiguamente en algunos grupos el *matrimonio de servidumbre*, en otros existió la *poligamia*, y aun la *poliandria*. Aquí cabe un nuevo dato de analogía lingüística dentro de los Maorís y los pascuenses, y que son los sistemas de estructuración de las tribus llamadas en Nueva Zelanda *Iwi* = (*hueso*) y en Pascua *Ivi* = (*hueso*), y de *Hapu* = (*matriz*), en Pas-

(1) La casta sacerdotal.

cua *Hopo* = (mago del culto del ave *Manu Tara*) (1). Podríamos decir en el caso del *Hopu de Pascua* que sea este un nombre traído por los emigrantes y cuyo significado desaparecido sea el mismo, es esta una hipótesis que tiene su base en el hecho de ser el culto del ave *Manu Tara*, un culto fálico, y que el *Hopu* era el encargado de la circunscripción de las muchachas en su edad núbil, según se detallará al referirnos a la religión de *Rapa Nui*. Ellos, los isleños, llamaban —en general— «*parientes*» (2) a todos los que vivían en una misma «vivienda» o constituían un grupo social, que recibía el nombre genérico de «*Háre* (*casa, vivienda, habitación, familia, etc.*)». Esto nos hace recordar a la GENS occidental, pero bien sabemos representaba un sistema netamente patriarcal en el caso de *Háre Rapa Nui*; basta con tener presente todos los antecedentes expuestos y las características religiosas de las mujeres, para opinar el predominio de ellas.

El Dios Supremo de las creencias pascuenses es la divinidad polinésica *omnimaterna Atúa o Matúa*, comparable al mito de Isis del Egipto, o de DEMETER entre los griegos, etc. *Atúa*, divinidad femenina, como se deduce por los diversos significados analizados, fué posteriormente designada por los misioneros católicos, e incorporada a la religión actual de los nativos, como la *Virgen María*, bajo el nombre de *Túa Hine*, dejando al Dios católico el *de Matúa*, manteniendo en esta forma un concepto matriarcal legendario en un culto occidental del patriarcado. EL SOL es «*Marama*» y la LUNA «*Mahina*» ambos genéricamente femeninos—la última significa traducida literalmente el ASTRO MUJER. En el dialecto pascuense primitivo, el género femenino era HINE, y el masculino, TANE; actualmente se usa la forma tahitiana: VIE para el femenino, más a menudo.

Junto al ARIKI MAU, el jefe de la casta sacerdotal de los *Mirú* existía una mujer que le secundaba en sus predicciones, colocándose en estado cataléptico para predecir los graves acontecimientos, como ser las guerras, terremotos, etc. Una mujer también, fué la que les dió sus normas a los nativos y estableció todos los TABU; y según cuentan en sus narraciones, y por último, fué una mujer, que salió del *Volcán Rano Raraku* y les mandó a los monumentos de piedra de la isla, los MOAI (3), que en vista de la pro-

(1) En el capítulo sobre «La religión y la Magia de Rapa Nui» se explica detalladamente.

(2) «*Tanhata Háre*» (Hombre de la casa).

(3) Vulgarmente se llama a los grandes monumentos de Pascua *Toromiro*s pero esto es una equivocación, por cuanto los «*toromiro*s» son los «*fetiches*» de madera que traen de sus viajes los marineros, etc. Las grandes estatuas de piedra que hay diseminadas en toda la isla, pero especialmente agrupadas en el Volcán extinguido *Rano Raraku* se llaman *Moai*.

fanación que se les había hecho, se cayeran quedando desde entonces todas las grandes estatuas—casi en su mayoría—botadas en el suelo con la cara hacia abajo, en una actitud de humillación.

Si agregamos a lo anterior, el hecho de que todos los seres de sus leyendas, que gozan de poderes sobrenaturales, son femeninos y que las brujas las llaman TAÚ TAHU, tendremos una nueva evidencia del matriarcado. TEU HATU podría ser una deformación lingüística donde TAÚ es TÚA (mujer).

En una leyenda se refiere el caso de un mancebo raptado por dos brujas, lo cual es otro detalle digno de considerarse en este estudio, y como a éste lo salva, no su padre, ni sus hermanos o amigos, sino otra bruja, quien con su poder se transforma en PIKEA UREA (jaiva negra). Otra nos demuestra el derecho que tenía la madre sobre su hijo, mientras que el padre no era considerado pariente de él, en el caso de un espíritu femenino que vivió largos años con un LABEOHIPA (agricultor) y tuvo de él un niño. Sorprendida, en una ocasión por éste—en circunstancias que se bañaba—convertida en un pez, llamó al niño y huyó para siempre de la isla. Los casos a citarse serían infinitos en este sentido, porque la imaginación de los isleños hace prodigios en las historias hermosas de los antepasados.

Al analizar la religión de los isleños nos extenderemos más sobre otros detalles que aumentan las pruebas de la influencia femenina en *Rapa Nui*.

De las investigaciones realizadas por los trabajos que citáramos al principio se ha demostrado que donde existió un *culto fálico*, había un predominio femenino, ya que los hombres oponían a éste el *culto de Venus*. En *Rapa Nui* quedan rastros evidentes—en las inscripciones de la misteriosa ciudad de *Orongo*, en la cumbre del volcán *Rano Kao*—que ese culto fálico tuvo gran auge, dado el arte que ahí existe. En ese mismo sitio fué durante muchos años—teatro de las ceremonias del Culto al ave sagrada *Manu Tara*, donde una de ellas consistía en la circuncisión por el *Hopu*, o mago de este culto, de todas las muchachas núbiles. Este acto se realizaba a los pies de la gran estatua de piedra de *Hoa Haka Nana ía*, divinidad femenina (actualmente en el Museo Británico de Londres).

En las excavaciones de los monumentos, o *Moai del Rano Raraku*, se encontraron varios de ellos con sexos femeninos, por lo que si estas figuras representaron a reyes o divinidades, también en ese período la mujer tenía influencias. Según una teoría estas estatuas eran construídas en *Rapa Nui* para ser llevadas a otros lugares del continente—actualmente sumergido—, y servían

para adornar las grandes construcciones mortuorias, de acuerdo con la ubicación que parecen tener en la isla.

Una remotísima creencia daba a los cráneos femeninos el poder, o la virtud mágica, de aumentar—en quien los poseyese—el número de gallinas. Estos cráneos, especialmente grabados con geroglíficos totémicos, recibían el nombre de «PUOKO MOA» (cráneo de gallinas o para las gallinas).

Hasta la llegada de los misioneros y algunos años más tarde, se continuó celebrando en forma casi nacional, el hecho del embarazo. Esta fiesta llamada KAUNGA (fiesta de la madre) tenía lugar el quinto mes de estar preñada, y se la daba el padre de la muchacha (característica matriarcal) y no su marido o su amante. Era tal la influencia que producía en el ánimo de los nativos el nacimiento de nuevos hijos, que sus sentimientos poéticos les llevaban a cantarles en preciosas melodías este acontecimiento. Así una de las más populares canciones de Rapa Nui dice:

*«Rehalo kopea a matúa...
mo hei tiare
mo te ana poki*

*«Katani tehío a matúa...
mo hei tiare
mo te ana poki
Ka naapa te huirá o te vau hau
mo hei tiare
mo te ana poki*

«Tara rá ta tá... tara rá... ta tá... tara rá... ta... tá...»

y cuya traducción más o menos literalmente es ésta:

*«Regalo al vientre de la madre
mi corona de flores
por mi hijo nacido
Se parece a su madre como un espejo
mi corona de flores
por mi hijo nacido.
La esconderás entre sus piernas
delgadas como el hilo del «mahute»
mi corona de flores
por mi hijo nacido».*

Vemos que a través de sus palabras él no se une en sentimiento de causa a efecto, con su hijo, sino que celebra a la madre por darle esa satisfacción que la equipara a una divinidad.

Si analizamos las danzas, tendremos otra evidencia matriarcal en el rol que desempeña en ellas la mujer. El baile «*tahitiano*» conocido en la Oceanía, desde Australia a las islas Hawai nos presenta la curiosidad de ver cómo el hombre realiza—en los movimientos de la danza—casi un papel meramente pasivo, mientras que es su compañera, quien le va insinuando, y cambiándole las diversas fases. Este baile —una representación artística del acto sexual,—asocia indirectamente el predominio que la mujer tiene también en el desarrollo de la pasión amorosa. Al estudiar el aspecto físico del amor nos extenderemos más en detalle sobre esta materia.

Resumiendo los antecedentes expuestos podemos formarnos un cuadro de la organización primitiva de los nativos de *Rapa Nui*. Como casta superior, de los individuos semidioses, estarían los *Mirú*, quienes dirigidos por el ARIKI MAU, eran en realidad orientados por la «*sibila*». Los «*Háre*» de los otros grupos mostraban tres clases de organización: en unos existía la poligamia, en otros la poliandria, o bien —mezclados ambos aspectos—uniones libres de un hombre con varias mujeres, y éstas—a su vez—con varios amantes. Dentro del «*Háre*» estaban en primera situación los parientes maternos, que eran en realidad los poseedores de los bienes familiares: los «*tupuno*» (abuelos), los «*matúa*» (padres) los «*taokete*» (hermanos de la madre) y los «*tuaina*» (los primos maternos); el «*marido*» de la mujer entraba al «*Háre*» como «*Tanhata háre*» (pariente u hombre de la misma vivienda). Además de éstos—ayudaban a las labores domésticas, sembraban, etc.—los hombres de otros «*Háre*» enemigos sometidos en calidad de esclavos, llamados «*Pukuranga*»; estos seres no tenían ningún derecho, y en los sacrificios humanos o banquetes caníbales, se les sacrificaba. En este esquema, sin necesidad de insistir, notamos la supremacía que tienen—en la familia de la isla de Pascua—los parientes de la mujer.

En cuanto a la importancia de las labores masculinas o femeninas, las mujeres además de ser las únicas tejedoras de los vestidos, ayudaban a los hombres en las empresas guerreras, o salían con ellos a pescar, o a recolectar frutos. Eran las mujeres las que cocinaban y guardaban los alimentos, teniendo de este modo absoluto control sobre los productos del trabajo.

En el régimen del patriarcado, las mujeres se adornan para agradar a los hombres, siendo que en el matriarcal sucede el caso contrario, es decir, que los hombres tratan de embellecerse con vestimentas y tatuajes, a fin de atraer a sus amadas. En la isla Rapa Nui llama la atención de los visitantes—el hecho que sobresalgan los últimos en este sentido, es un nuevo detalle que

agregar a los anteriores. En los tiempos primitivos de la isla, el hombre se tatuaba íntegras las partes descubiertas de su cuerpo, en cambio, la mujer, apenas se hacía los dibujos totémicos en sus espaldas y el *brazo izquierdo*. Este detalle del lado izquierdo es otro de los conceptos matriarcales universales, según lo analiza KRISHE en su obra sobre esta materia.

Al estudiar, especialmente las creencias religiosas y las prohibiciones, se completará más lo que hemos tratado de esbozar en estas breves palabras. Ahí nos encontraremos con TABÚES que colocan a la mujer—algunas veces—en situaciones privilegiadas con respecto al hombre, como asimismo otras, que la reducen a una semi-esclavitud masculina; pero todas en general, convergen a ilustrarnos sobre el alto valor que tiene el sexo femenino dentro de las actividades, de la economía y de la religión de esta raza milenaria *polinesio-melanésica*.—CARLOS CHARLIN OJEDA.

FASCISMO ⁽¹⁾

DOCTRINA.—IDEAS FUNDAMENTALES: Como toda sólida concepción política el fascismo es práctica y es pensamiento, acción a la que es inmanente una doctrina; y doctrina que, surgiendo de un determinado sistema de fuerza histórica queda allí inserta y obra desde adentro.

Tiene, en consecuencia, una forma correlativa a las contingencias de lugar y de tiempo, pero tiene conjuntamente un contenido ideal que la eleva a fórmulas de verdad en la historia superior del pensamiento. No se actúa espiritualmente en el mundo, como voluntad humana dominadora de voluntades, sin un concepto de la realidad pasajera y particular sobre la cual es preciso obrar; y de la realidad permanente y universal en la que la primera tiene su ser y su vida. Para conocer a los hombres se necesita conocer al hombre y para conocer al hombre se necesita conocer la realidad y sus leyes. No hay concepto del estado que no sea fundamentalmente concepto de la vida, filosofía o intuición, sistema de ideas que se desarrollan en una construcción lógica o se plasma en una visión o en una fe, pero es siempre, por lo menos virtualmente una concepción orgánica del mundo.

Así el fascismo no se entendería en muchas de sus actitudes

(1) Enciclopedia Italiana; volumen XIV, página 847, Traducción de L. D. Cruz O. y C. Pandolfi.

prácticas, como organización de partido, como sistema de educación, como disciplina, si no se le mirase a la luz de su modo general de concebir la vida: modo espiritualista. El mundo para el fascismo no es este mundo material que aparece en la superficie y en el cual el hombre es un individuo separado de todos los demás, permanente por sí y gobernado por una ley natural que lo lleva instintivamente a vivir una vida de placer egoísta y momentáneo. El hombre del fascismo es individuo que es nación y patria, ley moral que une conjuntamente individuos y generaciones en una tradición y en una misión que suprime el instinto de la vida encerrado en el breve campo del placer para instaurar en el deber una vida superior libre de los límites del tiempo y del espacio. Una vida en la que el individuo mediante la abnegación de sí mismo, el sacrificio de sus intereses particulares, y aun con la muerte misma, realiza esa existencia totalmente espiritual en la que está su verdadero valor de hombre.

Por consiguiente, concepción espiritualista nacida ella también de la reacción general del siglo contra el frágil positivismo materialista del ochocientos. Antipositivista, pero positiva; no escéptica, ni agnóstica, ni pesimista, ni pasivamente optimista como son, en general las doctrinas (todas negativas) que ponen el centro de la vida fuera del hombre quién con su libre voluntad puede y debe crearse su mundo. El fascismo quiere al hombre activo y empeñado en la acción con todas sus energías; lo quiere virilmente consciente de las dificultades que se presentan y pronto, a afrontarlas. Concibe la vida como lucha, pensando que corresponde al hombre conquistarse aquella que sea verdaderamente digna de él, creando, ante todo, en sí mismo el instrumento (físico, moral, intelectual), para edificarlo. Así para el individuo en particular, así para la nación, así para la humanidad. De aquí el alto valor de la cultura en todas sus formas (arte, religión, ciencia), y la importancia grandísima de la educación. De aquí también el valor esencial del trabajo con el cual el hombre vence a la naturaleza y crea el mundo humano (económico, político, moral, intelectual).

Esta concepción positiva de la vida es, evidentemente, una concepción ética. Y abarca toda la realidad y aun la actividad humana que la domina. Ninguna acción sustraída al juicio moral, nada, al mundo que se pueda despojar del valor que a todo corresponde en orden a los fines morales; por esto la vida tal como la concibe el fascista es seria, austera, religiosa: toda libre en un mundo sostenido por las fuerzas morales y responsables del espíritu. El fascista desdeña la vida «cómoda».

El fascismo es una concepción religiosa en la que el hombre

es visto en sus relaciones inmanentes con una ley superior, con una voluntad objetiva que trasciende el individuo particular y lo eleva a miembro consciente de una sociedad espiritual. Quien en la política religiosa del régimen fascista se ha limitado a consideraciones de mera oportunidad no ha entendido que el fascismo, a más de ser sistema de gobierno, es también, y, ante todo, un sistema de pensamiento.

El fascismo es una concepción histórica en la cual el hombre no es lo que es sino en función del proceso espiritual a que coopera en el grupo familiar y social, en la nación y en la historia a la que todas las naciones colaboran. De aquí el gran valor de la tradición en los recuerdos, en la lengua, en las costumbres y en las normas de la vida social. Fuera de la historia el hombre no es nada. Por eso el fascismo está contra toda abstracción individualista, de base materialista, tipo siglo XVIII; y está contra todas las utopías e innovaciones jacobinas. El no cree posible la felicidad en la tierra como fué el anhelo de la literatura económica del mil setecientos, y por este motivo rechaza todas las concepciones teológicas para los cuales, en un cierto período de la historia, se llegaría a una sistematización definitiva del género humano. Esto significa colocarse fuera de la historia y de la vida que es un continuo fluir y devenir. El fascismo, políticamente quiere ser una doctrina realista; prácticamente aspira a resolver sólo los problemas que se plantean históricamente por sí y que de sí mismos encuentran propias soluciones. Para actuar entre los hombres, como en la naturaleza, se necesita entrar en el proceso de la realidad y posesionarse de las fuerzas en acción.

Como anti individualista, la concepción fascista es en favor del estado; y es favorable al individuo en cuanto éste coincide con el estado, la conciencia y la voluntad universal del hombre en su existencia histórica. Está contra el liberalismo clásico que surgió de la necesidad de reaccionar contra el absolutismo y que ha agotado su función histórica desde que el estado se ha transformado en la conciencia misma y en la voluntad popular. El liberalismo negaba al estado en interés del individuo particular. El fascismo reafirma el estado como realidad verdadera del individuo. Y si la libertad debe ser el atributo del hombre real, y no de aquel abstracto muñeco en que pensaba el liberalismo individualista, el fascismo está por la libertad. Y por la sola libertad que puede ser una cosa seria, la libertad del estado y del individuo en el estado, puesto que para el fascista todo está en el estado y nada de humano o espiritual existe, y mucho menos tiene valor, fuera del estado. En tal sentido el fascismo es

totalitario y el estado fascista, síntesis y unidad de todo valor, interpreta, desarrolla y vigoriza toda la vida del pueblo.

Ni individuos, ni grupos, partidos políticos, asociaciones y sindicatos fuera del estado. Por esto el fascismo está contra el socialismo que paraliza el movimiento histórico con la lucha de clases e ignora la unidad estatal que funde las clases en una sola realidad económica y moral; y por la misma razón está contra el sindicalismo clasista. Pero dentro de la órbita del estado disciplinador, el fascismo quiere reconocer y hacer valer las reales exigencias que dieron origen al movimiento socialista y sindicalista, en el sistema corporativo de los intereses conciliados en la unidad del estado.

Los individuos forman clases según la categoría de los intereses; y están sindicados según las diferentes actividades económicas cointeresadas, pero son antes que todo y por sobre todo: Estado, el cual no es número como suma de individuos que forman la mayoría de un pueblo. Por esto el fascismo está contra la democracia que establece igualdad entre el pueblo y el mayor número, rebajando a éste al nivel de la mayoría; pero es la forma más pura de la democracia si el pueblo es concebido, como debe serlo cualitativamente y no cuantitativamente; tal idea es más potente, por ser más moral, más coherente y más verdadera; ya que en el pueblo se obra como conciencia y voluntad de unos pocos, y aun de Uno, cuyo ideal tiende a establecerse en la conciencia y la voluntad de todos. Con todo aquello de que según la naturaleza y la historia, étnicamente considerada, procede la razón de ser de la nación se pone en marcha, sobre la misma línea de desarrollo y formación espiritual, una conciencia y voluntad única. Ni raza ni región geográficamente individualizada, sino sólo una multitud claramente demarcada en la historia que se prolonga unificada, por una idea que es voluntad y de existencia y de poderío: conciencia de sí misma, personalidad. Esta personalidad superior es ciertamente nación en cuanto es Estado. No es la nación la que genera el estado según el viejo concepto naturalista que sirvió de base a los tratadistas del estado nacional en el siglo XIX. Por lo contrario, la nación es creada por el estado que da al pueblo, consciente de su propia dignidad moral, una voluntad y por tanto, una efectiva existencia. El derecho de una nación a la independencia deriva no de una literaria e ideal conciencia del propio ser, y mucho menos de una situación de hecho, más o menos inconsciente e inerte sino de una conciencia activa, de una voluntad política en acción, dispuesta a poner de manifiesto su propio derecho: es decir de

una especie de estado ya en proyecto. En efecto el estado como voluntad ética universal es creador del derecho.

La nación como estado es una realidad ética que existe y vive en cuanto se desarrolla; su detención es su muerte. Por esto el estado no sólo es autoridad que gobierna y da forma de ley y valor de vida espiritual a las voluntades individuales, sino que es también potencia que hace valer su voluntad en lo exterior, haciéndola reconocer y respetar, o sea, demostrando con hechos la universalidad en todas las determinaciones necesarias a su desarrollo. En consecuencia es organización y expansión por lo menos virtual. De este modo puede acomodarse a la naturaleza de la voluntad humana que, en su desarrollo, no conoce barreras y que se realiza probando su propia infinitud.

El estado fascista, que es forma la más alta y potente de la personalidad, es fuerza, pero fuerza espiritual, la cual resume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. Por esto no puede limitarse a simples funciones de orden y tutela como quería el liberalismo. No es un simple mecanismo que limite la esfera de las presuntas libertades individuales. Es forma y norma interior y disciplina de toda la persona; y penetra la voluntad como la inteligencia. Su principio, inspiración céntrica de la personalidad humana, viviente en la comunidad civil, nace de lo más profundo y anida en el corazón del hombre de acción como en el del pensador; en el del artista, como en el del hombre de ciencia: es el alma del alma.

En suma, el fascismo no es solamente hacedor de leyes y fundador de instituciones, sino educador y promotor de vida espiritual. Quiere rehacer, no las formas de la vida humana sino el contenido, el hombre, el carácter, la fe. Y para estos fines quiere disciplina y autoridad que penetren los espíritus y domine allí sin contrapesos. Su enseña, en consecuencia, es el haz del licor, símbolo de la unidad, de la fuerza y de la justicia.

DOCTRINA POLÍTICA Y SOCIAL.—Cuando en el ya lejano Marzo de 1919 por medio de las columnas del «Popolo d'Italia» convoqué en Milán a los sobrevivientes, interventistas—intervenidos que me habían seguido desde la constitución de los «Fascios de acción revolucionaria»—acaecida en Enero de 1915—no había en mi espíritu ningún plan doctrinario determinado. Tengo la experiencia de una sola doctrina vivida; la del socialismo desde 1903-1904 hasta el invierno de 1914, o sea, cerca de diez años. Experiencia de soldado y de jefe, pero no experiencia de doctrina. Mi doctrina aun en aquel período era la doctrina de la acción. Una doctrina única, universalmente aceptada, del socialismo, no existió más después de 1905, cuando comenzó en Ale-

mania el movimiento revisionista que tenía por Jefe a Bernstein. Y por lo contrario, se formó en la oscilación de las tendencias un movimiento de izquierda revolucionario, que en Italia no salió nunca de las frases, pero que en el socialismo ruso fué el comienzo del bolcheviquismo. Reformismo, revolucionarismo, centrismo, de toda esta terminología se han extinguido hasta los ecos, mientras que en la gran corriente del fascismo encontraréis las vetas que partieron desde Sorel, Peguy, Lagardelle, del «Movimiento Socialista» y de la legión de los sindicalistas italianos que entre 1904 y entre 1914 pusieron una nota de novedad en el ambiente socialista italiano—debilitado y cloroformizado por la cohabitación giolittiana—con las «Pagine Libere» de Olivetti, «La Lupa» de Orano y el «Divenire Sociale» de Enrique Leone.

En 1919 terminada la guerra, el socialismo estaba muerto como sistema, existía solo como un rencor, tenía todavía una sola posibilidad especialmente en Italia: la represalia contra aquellos que habían querido la guerra y que debían «expiarla». «Il Popolo d'Italia» ostentaba como subtítulo «Diario de los combatientes y de los productores». La palabra «productores» era ya la expresión de una dirección mental. El fascismo no fué amamantado con una doctrina elaborada con anterioridad en un bufete, nacida de la necesidad de acción, fué acción; no fué partido, sino que en los primeros dos años fué ante partido y movimiento. El nombre que dió la organización fijaba sus caracteres. Sin embargo, quién relea en las páginas, ahora desvalorizadas de aquella época, el relato de la reunión constitutiva de los fascios italianos de combate no encontrará una doctrina, sino una serie de esbozos, anticipaciones, bosquejos, que liberados de los inevitables desperdicios de las contingencias, debían después de algunos años, desarrollarse en una serie de posesiones doctrinarias que hacen del fascismo una doctrina especialmente política en comparación con todas las demás pasadas o contemporáneas. «Si la burguesía—decía—cree encontrar en nosotros párrafos, se engaña. Nosotros debemos ir hacia el Trabajo, queremos habituar a la clase obrera a la capacidad directiva a fin de hacerle comprender que no es fácil hacer progresar una industria o comercio. Combatiremos el reaccionarismo técnico y espiritual. Abierta la sucesión del régimen, no debemos ser de los tímidos. Debemos apresurarnos si el régimen será superado, seremos nosotros los que deberemos ocupar su puesto. El derecho a la sucesión nos corresponde porque empujamos al país a la guerra y lo conducimos a la victoria. La actual representación política no puede bastarnos; queremos una representación

directa de los intereses particulares. Se podría decir contra este programa que se vuelve a las corporaciones. No importa. Quisiera, no obstante, que la asamblea aceptase las reivindicaciones del sindicalismo nacional desde el punto de vista económico.»

¿No es extraordinario que desde la primera jornada de la plaza Santo Sepulcro resuene la palabra «corporación» que debía en el curso de la revolución significar una de las creaciones legislativas y sociales que sirven de base al régimen?

Los años que precedieron a la marcha sobre Roma fueron años durante los cuales la necesidad de acción no permitió investigaciones o completas elaboraciones doctrinarias. Se peleaba en las ciudades y en las aldeas, se discutía y—lo que es más sagrado e importante—se moría. Se sabía morir. La doctrina—ya formada, con división de capítulos y párrafos y aspecto de elucubración—podría faltar; pero había para reemplazarla algo más decisivo: la fe. No obstante quién recuerde la serie de libros, de artículos, de votos de congreso, de discursos mayores y menores; quién sepa indagar y escoger encontrará que los fundamentos de la doctrina fueron echados mientras rugía la batalla. Es precisamente en aquellos años en que el pensamiento fascista se arma, se perfecciona y procede a su propia organización. Los problemas del individuo y del estado; los problemas de la autoridad y de la libertad; los problemas políticos y sociales y aquellos más específicamente nacionales, se consideran en este momento. La lucha contra las doctrinas liberales, democráticas, socialistas, masónicas, populares, fué conducida conjuntamente con las «expediciones punitivas». Mas porque faltó el «sistema» los adversarios de mala fe negaron al fascismo toda capacidad de doctrina mientras la doctrina estaba surgiendo aunque al principio tumultuosamente bajo el aspecto de una negación violenta y dogmática, como ocurre con todas las ideas que comienzan; y después bajo el aspecto positivo de una construcción que encontró sucesivamente en los años 1926-27-28 su realización en las leyes y en las instituciones del régimen.

El fascismo está hoy claramente individualizado no sólo como régimen sino como doctrina. Esta palabra debe interpretarse en el sentido que hoy el fascismo, ejercitando su crítica sobre sí mismo y sobre los otros, tiene su punto de vista propio e inconfundible con relación—y en consecuencia de dirección—a todos los problemas que agobian a los pueblos del mundo en lo material y en lo intelectual.

Ante todo el fascismo, en cuanto mira en general al porvenir y desarrollo de la humanidad, y aparte de toda consideración

de política actual, no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza, por lo tanto, el pacifismo que encubre una renuncia a la lucha y una bajeza frente al sacrificio. Sólo la guerra lleva al máximo de tensión todas las energías e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarlos. Todas las demás pruebas son sustitutos que no ponen al hombre frente a sí mismo en la alternativa de la vida y la muerte, una doctrina, por tanto, que parta del postulado nocivo de la paz es extraña al fascismo. Así como son también extrañas al espíritu del fascismo—aunque aceptadas por la utilidad que puedan tener en determinadas situaciones políticas—todas las construcciones internacionalistas y societarias las cuales, como la historia lo comprueba, se pueden dispersar al viento cuando elementos sentimentales, idealistas o prácticos levantan su tempestad en el corazón de los pueblos. El fascismo transporta este espíritu anti-pacifista aun a la vida del individuo. El orgulloso lema de los escuadrones «me ne frego» (no me importa nada) escrito sobre la venda de una herida es un acto de filosofía no solo estoica; es el trasunto de una doctrina no sólo política. Es la educación para el combate y la aceptación de los riesgos que éste lleva consigo; es un nuevo modo de vida italiana. Así el fascista acepta, ama la vida, desconoce y estima vil el suicidio, comprende la vida como deber, elevación y conquista; la vida que debe ser elevada y plena, vivida para sí, pero sobre todo para los demás, vecinos o lejanos, presentes o futuros.

La política, «demográfica» del régimen es la consecuencia de estas premisas. También el fascismo ama, en efecto, a su prójimo, pero este «prójimo» no es para él un concepto vago e intangible; el amor por el prójimo no excluye la necesaria y educadora severidad y mucho menos las diferenciaciones y las distancias. El fascismo rechaza los abrazos universales viviendo en comunidad con los pueblos les mira vigilante y receloso en los ojos, les sigue en sus estados de ánimo y en las transformaciones de sus intereses y no se deja engañar por las apariencias mudables y falaces.

Una semejante concepción de la vida lleva al fascismo a ser la negación absoluta de aquellas doctrinas que constituyeron la base del socialismo llamado científico o marxista: las doctrinas del materialismo histórico según las cuales la historia de las civilizaciones humanas se explicaría solamente con la lucha de intereses entre los diversos grupos sociales y con el cambio de los medios e instrumentos de producción. Nadie niega que las vicisitudes de la economía—descubrimiento de materias primas, nuevos métodos de trabajo, invenciones científicas—tengan una

importancia propia, pero es absurdo que ellas sean suficientes para explicar la historia humana, excluyendo todos los otros factores. El fascismo cree, ahora y siempre, en la santidad y en el heroísmo; esto es en actos en que no obra, de cerca o de lejos, ningún motivo económico. Negado el materialismo histórico, para el cual los hombres no serían sino comparsas de la historia que aparecen y desaparecen en las superficies de las ondas mientras en lo profundo se agitan, y trabajan las verdaderas fuerzas directices, se niega también que la lucha de clases sea inevitable o irreparable como es la natural consecuencia de esta concepción de la historia; y sobre todo se niega, que la lucha de clases sea el agente preponderante de las transformaciones sociales. Herido el socialismo en estos dos importantes basamentos de su doctrina no queda de él, sino la aspiración sentimental—antigua como la humanidad—a una convivencia social en la que se alivien los dolores y sufrimientos de las gentes más humildes. Pero aquí el fascismo rechaza el concepto de «felicidad» económica que se realizaría socialmente, y casi automáticamente, en un momento dado de la evolución económica con solo asegurar a todos el máximo de bienestar; el fascismo niega el concepto materialista de «felicidad» como algo posible y lo deja a los economistas de la primera mitad del siglo XVIII; o sea, niega la ecuación «bienestar = felicidad» que convertiría a los hombres en animales, preocupados sólo de una cosa: de ser nutridos y engordados, reducidos, por tanto, a la pura y simple vida vegetativa.

Después del socialismo, el fascismo bate en brecha todo el complejo de la ideología democrática y las rechaza ya en sus premisas teóricas, ya en sus aplicaciones o estructuras prácticas.

El fascismo niega que el número, por el simple hecho de ser número, pueda dirigir las sociedades humanas. Niega que este número pueda gobernar a través de una consulta periódica. Afirma la desigualdad irremediable, fecunda y benéfica de los hombres que no puede nivelarse a través de un hecho mecánico y extrínseco como es el sufragio universal. Los regímenes democráticos pueden ser definidos como aquellos en que de tanto en tanto se da al pueblo la ilusión de ser soberano, mientras la verdadera y efectiva soberanía está en otras fuerzas a veces irresponsables y secretas. La democracia es un régimen sin rey, pero con muchísimos reyes a veces más exclusivistas, tiránicos y ruinosos que un solo rey tirano. Esto explica por qué el fascismo aun habiendo asumido antes de 1922—por razones de contingencias—una actitud de tendencia republicana, renunció a ella antes de la marcha sobre Roma convencido de que la cuestión

de las formas políticas de un estado no es hoy prominente; y que estudiando el panorama de las monarquías pasadas y presentes y de las repúblicas pasadas y presentes resulta que monarquías y repúblicas no son para que se les considere bajo la especie de eternidad, sino que representan formas en las cuales se manifiesta la evolución política, la historia, la tradición, la psicología de un determinado país. Ahora el fascismo supera la antítesis monarquía-república en la cual se detuvo el democraticismo atribuyendo a la primera toda la insuficiencia y elogiando la última como régimen de perfección. Ahora bien, está visto que existen repúblicas íntimamente reaccionarias o absolutistas y monarquías que acogen las más audaces experiencias políticas y sociales.

«La razón, la ciencia—decía Renan, que tuvo iluminación pre-facista, en una de sus «Meditaciones Filosóficas»—son productos de la humanidad, pero querer la razón directamente por el pueblo y a través del pueblo es una quimera. No es necesario para la existencia de la razón que todo el mundo la conozca. Si tal iniciación debiera hacerse en cada caso, no se haría a través de la baja democracia que parece conducir a la extinción de toda cultura difícil y de toda más elevada disciplina. El principio que la sociedad existe sólo para el bienestar y la libertad de los individuos que la componen no parece estar conforme a los planes de la naturaleza, planes en los que solo la especie es tomada en consideración y el individuo aparece sacrificado. Es de temer mucho que la última palabra de la democracia así entendida (me apresuro a decir que se puede entender también de otra manera) no sea un estado social en el cual una masa degenerada no tenga otras preocupaciones que gozar los placeres innobles del hombre vulgar».

Aquí termina Renan. El fascismo rechaza en la democracia la absurda mentira convencional del igualitarismo político y el hábito de la irresponsabilidad colectiva y el mito de la felicidad y del progreso indefinido. Pero si la democracia puede entenderse de otra manera, esto es, si democracia significa no rechazar al pueblo al margen del estado, el fascismo pudo, por el que esto escribe, ser definido, como una «democracia organizada, centralizada y autoritaria».

Frente a las doctrinas liberales el fascismo está en actitud de absoluta oposición en el campo de la política y de la economía. No es necesario exagerar—con propósitos simplemente de polémica actual—la importancia del liberalismo en el siglo pasado y hacer de aquella que fué una de las numerosas doctrinas florecidas en el siglo, una religión de la humanidad para

todos los tiempos presentes y futuros. El liberalismo no floreció sino por una quincena de años. Nacido en 1830 como reacción contra la Santa Alianza que quería retrotraer la Europa a la época anterior a 1789, tuvo su año de esplendor en 1848 cuando hasta Pío IX fué liberal. Inmediatamente después comenzó la decadencia. Si el año 1848 fué un año de luz y poesía, el 49 fué de tinieblas y tragedias. La República de Roma fué muerta por otra República, la francesa. En el mismo año Marx lanzaba el evangelio de la religión del socialismo en el famoso «Manifiesto de los comunistas». En 1851 Napoleón III da su antiliberal golpe de estado y reina sobre Francia hasta fin de 1870 cuando fué derribado por un motín del pueblo, como consecuencia de una derrota militar, una de las más grandes que cuenta la historia. El victorioso es Bismarck quién no supo nunca donde habitaba la religión de la libertad y de qué profetas se servía. Es sintomático que un pueblo de alta civilización, como el pueblo alemán, haya ignorado completamente por todo el siglo XIX la religión de la libertad. No hay sino un paréntesis representado por lo que ha sido llamado «el ridículo parlamento de Francfort» que duró una estación. Alemania ha alcanzado su unidad nacional fuera del liberalismo, contra el liberalismo, doctrina que parece extraña al alma germánica, alma esencialmente monárquica, mientras que el liberalismo es la antecámara histórica y lógica de la anarquía. Las capas de la unidad alemana son las tres guerras de 1864-66 y 70 guiada por «liberales» como Moltke y Bismarck.

En cuanto a la unidad italiana el liberalismo ha tenido una parte absolutamente inferior a la parte de Mazzini y Garibaldi que no fueron liberales. Sin la intervención del antiliberal Napoleón no habríamos tenido la Lombardía y sin la ayuda del antiliberal Bismarck en Sadowa y en Sedán muy probablemente no habríamos tenido Venecia en 1866 y en 1870 no habríamos entrado a Roma. Desde 1870 a 1915 corre el período en el que los mismos sacerdotes del nuevo credo revelan el crepúsculo de su religión batida ampliamente por el decadentismo en literatura y por el activismo en la práctica. Activismo, esto es: nacionalismo, futurismo, fascismo. El siglo «liberal» después de haber acumulado una infinidad de nudos gordianos busca desatarlos con la hecatombe de la guerra mundial. Nunca religión alguna impuso tamaño sacrificio. ¿Los Dioses del liberalismo tenían sed de sangre? El liberalismo está ahora por cerrar las puertas de sus templos desiertos porque los pueblos sienten que su agnosticismo en la economía, su indiferentismo en la política y en la moral conduciría como ha conducido, a la segura

ruina de los estados. Se explica con esto que todas las experiencias políticas del mundo contemporáneo son antiliberales; y es soberanamente ridículo, por tanto, querer clasificarlas fuera de la historia, como si la historia fuese un coto de caza reservado al liberalismo y a sus profesores, como si el liberalismo fuese la palabra definitiva e insuperable de la civilización.

Las negaciones fascistas del socialismo, de la democracia, del liberalismo no deben sin embargo hacer creer que el fascismo quiera retrotraer al mundo a lo que era antes de aquel 1789 que se ha señalado como el año de apertura del siglo demo-liberal. No se vuelve hacia atrás. La doctrina fascista no ha elegido a su profeta De Maistre. El absolutismo monárquico fué también así, pues así es toda eclesiología. De la misma manera fueron los privilegios feudales y la división en castas impenetrables e in-comunicables entre ellas. El concepto de autoridad fascista no tiene nada que ver con el estado de policía. Un partido que gobierna totalitariamente una nación es un hecho nuevo en la historia y respecto de él no son posibles las referencias ni las confrontaciones. De los escombros de las doctrinas liberales, socialistas y democráticas, el fascismo trae aquellos elementos que todavía tienen valor de vida. Mantiene aquellos que se podrían llamar los hechos adquiridos de la historia y rechaza todo el resto; es decir, el concepto de una doctrina buena para todos los tiempos y para todos los pueblos.

Admitido que el siglo XIX haya sido el siglo del socialismo, del liberalismo, de la democracia, no por eso está aceptado también que el siglo XX deba ser el siglo del socialismo, del liberalismo y de la democracia. Las doctrinas políticas pasan y los pueblos quedan. Se puede pensar que éste sea el siglo de la autoridad, un siglo de «derecha», un siglo fascista; si el siglo XIX fué el siglo del individuo (liberalismo significa individualismo) se puede pensar que este sea el siglo «colectivo» y por lo tanto el siglo del estado. Es perfectamente lógico que una nueva doctrina pueda utilizar los elementos todavía vitales de otras doctrinas. Ninguna doctrina nació toda nueva, luciente, y desconocida. Ninguna doctrina puede vanagloriarse de una originalidad absoluta, pues está ligada, aunque no sea sino históricamente, a las otras doctrinas que fueron y a las otras doctrinas que serán. Así el socialismo científico de Marx está ligado al socialismo utópico de los Fourier, de los Owen, de los Saint Simon; así el liberalismo de 1800 se reúne al movimiento iluminístico de 1700; así las doctrinas democráticas están ligadas a la enciclopedia. Toda doctrina tiende a encauzar la actividad de los hombres hacia un objetivo determinado; pero

la actividad de los hombres reacciona a su vez sobre la doctrina y la transforma, la adapta a las nuevas necesidades o las supera. La doctrina, por tanto, debe ser ella misma no un simple ejercicio de palabras sino un acto de vida. De aquí las ramificaciones pragmáticas del fascismo, su voluntad de poderío; su querer ser, su posición frente al hecho «Violencia» y a su valor.

Eje de la doctrina fascista es el concepto del estado, de su esencia, de sus atribuciones, de sus finalidades. Para el fascismo, el estado es un absoluto, ante el cual individuos y grupos son lo relativo. Individuos y grupos son «imaginables» en cuanto están dentro del estado. El estado liberal no dirige el juego y el desarrollo material y espiritual de las colectividades sino que se limita a constatar sus resultados. El estado fascista tiene una concepción propia y una voluntad propia; por esto se llama un estado ético. En 1929 en la primera asamblea quinquenal del régimen yo decía: «para el fascismo, el estado no es el guardia nocturno que se ocupa solamente de la seguridad personal de los ciudadanos; no es tampoco una organización de fines puramente materiales como los de garantizar un cierto bienestar y una relativamente pacífica convivencia social para realizar lo cual bastaría un Consejo de Administración; no es tampoco una creación de política pura sin adherencias a la realidad material y compleja de la vida de los particulares y la de los pueblos. El Estado tal como lo concibe y hace actuar el fascismo es un hecho espiritual y moral ya que concreta la organización política, jurídica y económica de la nación; y tal organización es, en su aparición y en su desarrollo, una manifestación del espíritu. El estado es garantía de seguridad interna y externa, pero es también el guardián y el transmisor del espíritu del pueblo tal como fué en los siglos elaborado en el idioma, en las costumbres, en la fe. El estado no es sólo presente, sino también pasado y sobre todo futuro. El estado trascendiendo el límite breve de las vidas individuales representa la conciencia inmanente de la nación. Las formas en las que los estados se manifiestan cambian, pero las necesidades permanecen. El estado que educa a los ciudadanos en las virtudes cívicas les hace conscientes de su misión y les atrae hacia la unidad y armoniza sus intereses en la justicia; transmite las conquistas del pensamiento en las ciencias, en las artes, en el derecho, en la solidaridad humana; lleva a los hombres de la vida elemental de la tribu a la más alta expresión humana del poderío que es el imperio, confía a los siglos los nombres de aquellos que murieron por su integridad o por obedecer a sus leyes; señala como ejemplo y recomienda a las generaciones venideras a los capitanes que acrecentaron su

territorio y a los genios que lo iluminaron de gloria. Cuando declina el sentido del estado y prevalecen las tendencias disociadoras y centrífugas de los individuos y de los grupos, las sociedades nacionales van hacia el ocaso».

Desde 1929 hasta hoy la evolución económica política universal ha reforzado más estas posiciones doctrinarias, quién sobresale y se agiganta, es el estado; quién puede resolver las dramáticas contradicciones del capitalismo, es el estado. Aquello que se llama crisis no lo puede resolver sino el estado dentro del estado. ¿Dónde están las sombras de los Jules Simon que en los albores del liberalismo proclamaban que «el estado debe trabajar en hacerse inútil y en preparar su dimisión?» ¿Dónde los Mac-Culloch que en la segunda mitad del siglo pasado afirmaban que el estado debe abstenerse de gobernar demasiado? ¿Y qué cosa diría, ahora, frente a las continuas, apremiantes e inevitables intervenciones del estado en las vicisitudes económicas, el inglés Bentham, según el cual la industria habría debido pedir solamente al estado que la dejara en paz, o el alemán Humboldt, según el cual el estado «ocioso» debería ser considerado el mejor?

Verdad es que la segunda generación de los economistas liberales fué menos extremista que la primera y que ya el mismo Smith abrió—aunque fuera cautamente—la puerta a las intervenciones del estado en la economía. Si quién dice liberalismo dice individuo; quien dice fascismo, dice estado. Pero el estado fascista es único y es una creación original. No es reaccionario sino revolucionario en cuanto anticipa las soluciones de determinados problemas universales como son los planteados en el campo político por el fraccionamiento de los partidos, por la preponderancia del parlamentarismo, por la irresponsabilidad de las asambleas; en el campo económico, por las funciones sindicales siempre más numerosas y potentes ya en el sector obrero como en el industrial, por sus conflictos y sus desacuerdos; en el campo de la moral por la necesidad del orden, de la disciplina, de la obediencia, a lo que son los dictámenes morales de la patria. El fascismo quiere el estado fuerte, orgánico y al mismo tiempo apoyado en amplia base popular. El estado fascista ha reivindicado también para sí el campo de la economía y a través de las instituciones corporativas, sociales, educacionales, creadas por él, lega al sentido del estado hasta las más insignificantes ramificaciones; y en el estado circulan, encuadradas en las respectivas organizaciones, todas las fuerzas políticas, económicas y espirituales de la nación. Un estado que se apoya sobre millones de individuos que lo reconocen, lo sienten y están prontos

a servirles no es el estado tiránico del señor medioeval; no tiene nada de común con los estados absolutistas anteriores o posteriores a 1789. El individuo no es anulado en el estado fascista más bien es multiplicado como en un regimiento un soldado no es disminuído sino multiplicado por el número de sus camaradas. El estado fascista organiza la nación, pero deja después de los individuos márgenes suficientes; ha limitado las libertades inútiles o nocivas y ha conservado las esenciales. Quién juzga en este terreno no puede ser el individuo, sino solamente el estado.

El estado fascista no permanece indiferente frente al hecho religioso en general ni a aquella particular religión positiva que es el catolicismo italiano. El estado no tiene una etiología, pero tiene una moral. En el estado fascista la religión es considerada como una de las manifestaciones más profundas del espíritu; no es, en consecuencia solamente respetada sino defendida y protegida. El estado fascista no crea un Dios suyo, así como quiso hacerlo Robespierre en un cierto momento, en el delirio máximo de la Convención; ni trata vanamente de suprimirlo en las almas, como hace el bolcheviquismo; el fascismo respeta al Dios de los ascetas, de los Santos, de los héroes, y también el Dios tal como es visto y adorado por el corazón ingenuo y primitivo del pueblo.

El estado fascista es una voluntad de poderío o imperio. La tradición romana es en él una idea de fuerza. En la doctrina fascista el imperio no es solamente una expresión territorial, militar o mercantil, sino espiritual y moral. Se puede pensar en un imperio, esto es, en una nación que directa o indirectamente guía a otras naciones sin necesidad de conquistar ni un solo kilómetro cuadrado de territorio. Para el fascismo, la tendencia al imperio, es decir, a la expansión de las naciones es una manifestación de vitalidad; su contrario, la reclusión «il piede di casa» es un signo de decadencia. Los pueblos que surgen o resurgen son imperia- listas. Los pueblos que mueren son los que renuncian a todo. El fascismo es la doctrina más adecuada para representar las tendencias, los estados de ánimo de un pueblo como el italiano, que resurge después de muchos siglos de abandono y de servidumbre extranjera. Pero el imperio exige disciplina, coordinación de los esfuerzos, deber y sacrificio; esto explica muchos aspectos de la acción práctica del régimen, la dirección de muchas fuerzas del estado y la severidad necesaria contra aquellos que quisieran oponerse a este movimiento espontáneo y fatal de la Italia del siglo XX, y oponerse agitando las ideologías ya superadas del siglo XIX y repudiadas donde quiera que se hagan grandes experiencias de transformaciones políticas y sociales.

Nunca jamás como en este momento los pueblos han tenido sed de autoridad, de dirección, de orden. Si cada siglo ha tenido su doctrina, por mil indicios aparece que el fascismo es la del siglo actual. Que el fascismo es una doctrina de vida lo demuestra el hecho que ha despertado una fe; que la fe ha conquistado las almas lo comprueba el hecho de que el fascismo ha tenido sus caídos y sus mártires.

El fascismo tiene ya en el mundo la universalidad de toda doctrina que realizándose representa un momento en la historia del espíritu humano.— B E N I T O M U S S O L I N I.

SALUTACION A ALFONSO REYES ⁽¹⁾

DENTRO de lo que pudiéramos llamar la naciente cultura latinoamericana, Alfonso Reyes es nuestro Baltazar de Castiglione, es decir el hombre que nos ha enseñado el arte de la meditación y de la más serena y discreta cortesía. Viene de un país bravo donde la tierra con la zahareña verticalidad de sus cactus se yergue para el combate, pero Reyes pertenece a esa escasa minoría de espíritus que sobre la turbia y revuelta edad del instinto quieren crear ya en la América nuestra, una edad de inteligencia. Se revolvió el suelo mexicano, marcharon las masas rurales hacia las ciudades, Villa se alzó en Sonora, Emiliano Zapata en Yucatán; pasaban los charros en desenfrenada cabalgata disparando sus balas y desenvainando sus machetes en tributo a esos dioses terribles que presidían las cosmogonías aztecas, y durante diez años desde las secas praderas del Norte hasta el cenagoso Yucatán, todo México fué altar de sacrificios. Nuestra gente latinoamericana, esta raza que quiere ser, que según el lema magnífico de José Vasconcelos quiere hablar la palabra del espíritu, libraba al sur del río Bravo una verdadera pelea de independencia. El orden porfirista, el orden de la Dictadura en que México vivió durante treinta años se derrumbaba de pronto como un edificio fantasmal. Era un orden de privilegiados y grandes duques, un orden que nos llegaba hasta el alma confusa, entristecida, de un pueblo sediento de símbolos. Y ahora un espectáculo maravilloso en medio del dolor, del desaliento, de la traición inevitables en todo gran drama histórico; el pueblo que despertaba, que quería incorporarse a la nacionalidad, que ape-

(1) Palabras leídas en la Biblioteca Nacional.

tecía la vida con aquella decisión ciega, irresistible y divina como el fatum de la tragedia antigua, que lanzó a los caminos y a la guerra a Demetrio Macías, el oscuro ranchero de «Los de Abajo».

Mientras la multitud peleaba y eran los volcanes de Anáhuac las piras llameantes del holocausto, algunos hombres jóvenes repartidos en el ostracismo estaban meditando. Como en un relato de Alfonso Reyes habían abandonado la Etica de Spinoza por la verdad más urgente y desgarrada que de pronto les ofrecía su pueblo. «Nos pegan jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni donde enterrar a nuestros muertos» es la adolorida queja del indio Juan Peña, en aquella narración de Alfonso Reyes. Y agrega el escritor: «Con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del Sol».

Por fin hubo paz en la tierra de Anáhuac y los terribles sacerdotes de la guerra no subieron de nuevo con su cuchillo de obsidiana a la escalonada pirámide de los sacrificios. «Tierra y Libertad» había sido el grito del indio Emiliano Zapata. La Revolución que triunfaba imponía a México un singular destino de atalaya de nuestra raza. Las maestras rurales llegaban ahora a los ranchos a compartir la humilde tortilla del indio. En el plan educacional de Vasconcelos desembocaban en la corriente caudalosa de una gran historia común todos nuestros héroes nacionales: Bolívar y San Martín, O'Higgins y el Cura Hidalgo, Sarmiento y Martí eran los artífices de la gran patria latinoamericana que debíamos formar. Y precisaba extraer de la conciencia dormida de veinte naciones, esta nueva voluntad histórica, la de la América que habla Español y quiere decir al Mundo su mensaje de creación generosa. Esa raza cósmica que en el sueño vehementemente de Vasconcelos es como la polifonía de mil voces: el ancho porvenir de una raza que se levanta para crear su Historia.

Distinto de Vasconcelos en cuanto el clásico es diferente del romántico, el hombre sereno del hombre patético, este grande hombre pequeñito que tenemos hoy de visita entre nosotros, es también uno de los adelantados de la América nueva. En la bella música de su prosa se convierten en cultura, en formas de arte, en temas de meditación las cosas de América. Visitamos con él en uno de los más admirables relatos que se hayan escrito en castellano del siglo XX, en su «Visión de Anáhuac» la gran Tenochitlán legendaria donde llegó Cortés, o bien escribe una

interpretación histórica, un primoroso hallazgo de filólogo, un ensayo político o humanista en una notícula fresca llena de comprensión y hasta de ironía, la investigación despiadada de los eruditos.

Un poeta y un humanista. Por nuestra América volcánica e informe aun, donde el odio y la incompreensión proliferan como las lianas de un paisaje virgen, el pasea su mensaje de buen sembrador: lleva consigo esa Atenea política de los ojos claros que evocara recientemente en una admirable lección a los estudiantes de Río Janeiro. En esta América instintiva que según la palabra de Keyserling vive la agitación oscura del tercer día bíblico, su lección y sus viajes nos recuerdan esos viajes y esas lecciones de Erasmo a través de la convulsionada Europa del siglo XVI. Ojalá que como la Europa de entonces nuestra América esté en la aurora de un renacimiento; y lo que ahora se agita hecho tumulto y pasión, en el subconsciente colectivo ascienda por la palabra y la enseñanza de estos hombres, al plano de la cultura y de la conciencia histórica.

Erasmo, Baltazar de Castiglione, son viejos nombres que se asocian a este humanista de hoy que escribe y piensa en la más limpia prosa española. Del uno tiene el culto de la inteligencia, el análisis, la tolerancia, la comprensión y el diálogo sutil; del gracioso italiano aquel esmero de la forma, aquel don de cortesía sin los cuales serían intolerables e inhumanas las más altas inteligencias. Es esta sal de la cortesía, este «Espíritu de fineza» según la palabra pascaliana lo que hace llegar a la sociedad de los hombres y convierte en política, en acción, en el acorde misterioso de la cultura, los pensamientos del solitario.

Inteligencia, cortesía: en estas tierras nuestras dichos dones parecen por lo escaso, las más altas virtudes cardinales. Ahora aprenderemos el secreto para ascender hasta ellas en las palabras de Alfonso Reyes.—M A R I A N O P I C Ó N S A L A S.

LA ACTUAL LITERATURA RUSA.—DEL FUTURISMO AL NEO-REALISMO

II

SI examinamos de nuevo las colecciones de obras de los escritores rusos de los primeros años de revolución, junto con las de los escritores que siguen a la *NEP* (Nueva política económi-

ca)—y aunque incompletas estas colecciones dan, sin embargo, líneas e ideas generales suficientes—se nos ocurrirá pensar que el adjetivo «milagrosas» aplicado por Leznev a las transformaciones sufridas por la literatura en estos últimos años, no es actualmente exagerado en boca de un crítico soviético, celoso por la suerte de la misma literatura en sus relaciones con la revolución. La diferencia es en verdad enorme: son dos períodos netamente distintos: el primero, de carácter negativo, corresponde a la era revolucionaria propiamente dicha, a la época de destrucción despiadada del pasado; el otro positivo, en el cual, con esfuerzos inauditos de independencia, bien que inevitablemente sobre los restos de aquel pasado, se reconstruye o se trata de reconstruir. Al estallar la revolución el futurismo obtuvo la victoria como literatura revolucionaria. Mas, en realidad, no pocas y pequeñas debieron ser sus adaptaciones para asumir el carácter oficial de arte revolucionario obrero, puesto que en el fondo era en su origen un arte de pequeña aristocracia. Gran superioridad tuvo el futurismo en los primeros tiempos porque habituado a las discusiones en público, a la propaganda directa y violenta, no hubo de sufrir las privaciones a que se halló sujeta la literatura, diremos así, clásica o burguesa, que había perdido poco a poco todos sus órganos (las revistas y las casas editoras). Además, también el futurismo ruso estaba representado preferentemente por poetas y esto constituía, por otra parte, una ventaja. El nombre del director de este movimiento, Mayakovski, cuya mejor actividad corresponde a los primeros años de la guerra, era ahora conocidísimo también en el exterior, pero como jefe de un movimiento deslindante porque, al faltarle el primitivo apoyo del gobierno revolucionario, el futurismo fué superado y volvió a ser una corriente entre las otras.

Una órbita meteórica análoga a la del futurismo recorrió el *imaginismo*, de cuyas filas ha salido un verdadero gran poeta, Esenin, de fama europea indiscutiblemente más merecida que la de Mayakovski, y de quien se hubiera podido esperar muchísimo si él mismo, en un momento de desesperación no hubiera troncado su vida, muy joven aun.

Hijo, en parte, del futurismo, se puede considerar, de igual modo, al más reciente *constructivismo*, también de segura procedencia occidental, y cuyos representantes, Selvinsky, Vera Inber y Bagricki, no reniegan como aquél del pasado sino tratan de aprovechar sus enseñanzas.

Pero la verdadera literatura revolucionaria de los primeros años fué la que se denominó literatura proletaria, cuyo corifeo, Demian Biedny, tuvo grandísimo éxito con su servil poesía po-

lítica de propaganda. Mas, entre los jóvenes, acaso también inconscientemente, en su exaltación de las entidades abstractas como la Humanidad, el Trabajo, el Sol, etc., esta literatura se enlazaba con las últimas tentativas de la poesía simbolista que había reinado señorialmente en el primer quindenio del siglo y una vez, durante la revolución, había dado una muestra de verdadero y superior arte con la última creación de Blok. La literatura, o mejor la poesía proletaria, ha tenido algunos años de vida intensa e independiente, pero terminó por ser un organismo de la *Proletkult*, especie de universidad de la cultura obrera nacida precisamente, puede decirse, para recoger y definir a aquélla como base de una «cultura proletaria».

Juntamente, mas diferenciándose de esta literatura, merecen recordarse los escritores de origen proletario, pero independientes en su desarrollo y actividad, como Gladkov, Liasko, Libedinsky y otros.

La razón de que, con la instauración de la *NEP*, se tornase posible una nueva vida literaria es una razón puramente económica. Con la nueva política económica también los literatos, en el sentido burgués de la palabra, volvieron a ser literatos, a escribir libros, a convertir la literatura en objeto de su actividad. De 1921 a 1923 ya observamos una reanudación de la actividad literaria que no se impone por los resultados, todavía imposibles, pero sí ciertamente por la importancia del esfuerzo y también por alguna manifestación precursora de ulterior desenvolvimiento. Aparecen grandes revistas, entre las principales: *Imprenta y revolución* (Pecat i revoliutzi); *La tierra roja virgen* (Krasnaia Nov); a las que poco más tarde (en 1924) se agrega *El contemporáneo ruso* (Ruski Sovremennik) de vida breve, con todo, a causa de su excesiva independencia política. El movimiento fundamental que se inicia en estos años es el de los denominados *Poputchiki* (o compañeros de camino), según el nombre que les dió Trotzki, es decir, grupo de los que, aun sin pertenecer al comunismo, sin embargo, no manifestaban hostilidad al nuevo régimen, del que aceptaban, por otra parte, los proyectos de actividad educativa y cultural. Este movimiento ha tenido considerable importancia, en primer término porque, formado en parte de antiguos intelectuales que permanecieron en Rusia, venía a crear un lazo de unión entre todo el mundo literario negado o destruído, del cual eran ellos indiscutiblemente un producto, y luego porque en contraste con el aluvión poético de los primeros años de revuelta devolvía su honor a la prosa, a la grande y magnífica prosa rusa. A enriquecer el grupo de los *poputchiki* vinieron los elementos del llamado grupo de «*Los hermanos de Serapión*», formado en 1921

en torno a un joven prematuramente desaparecido Luntz, bien apreciado en Italia, grupo compuesto de fuerzas diversísimas que tenían de común sólo el sentirse aislados, como el eremita *Serapión* de Hoffman, elegido patrono por ellos.

Muerto Luntz, Fedin, Zoschenko, Tikhonov, Nikitin, Vsevolod Ivanov, etc., se dispersaron y fueron a engrosar las filas de los *poputchiki* a las que se habían acercado, además, escritores procedentes del verdadero y propio comunismo, como Seifulina, pero cuyo núcleo estaba constituido por elementos educados en la gran escuela de la tradición: Pilniak, Looney, etc. La revista que congregó a los *poputchiki* fué *Tierra virgen roja*, a cuyo lado conquistaba siempre más favor *El mundo nuevo* (Novi Mir), con la cual la primera tiene hoy de común parte de los colaboradores.

Pero es inadmisibile que esta conquista de los «intelectuales» sobre la base de la renuncia a toda hostilidad política se haya logrado sin lucha. Con la *NEP* que trajo, como es notorio, un general relajamiento de los frenos, los grupos literarios brotaron como hongos, cada uno con sus teorías literarias propias, más o menos ligadas a las de la política; y comenzaron una lucha ardiente entre sí, lucha que caracterizó los primeros dos o tres años de la *NEP* y de la cual surgieron, si se considera a los *poputchiki* como núcleo, un centro derecha y un centro izquierda. El centro derecha estaba formado por escritores de la vieja generación que, a pesar de eso, habían roto con el pasado después de varias indecisiones, como Veresaiev, Erenburg y Alejo Tolstoi, ya estrechamente ligado al grupo de los escritores antirrevolucionarios de París, reunidos en torno a «*Los anales contemporáneos*» (*Sovremenika Zapiski*); al centro izquierda pertenecían los antiguos futuristas encabezados por Mayakovski, Asejev, Pasternak y otros, con su órgano propio, *Lef* (Izquierda). Pero los realmente «izquierdistas» fueron y son los del grupo de la *Kuznica* (La fragua) y los del grupo *Na postu* (En guardia), verdaderos y genuinos escritores provenientes de las filas proletarias, todos ellos designados por el nombre de su respectiva revista. Del primero de estos grupos partió el impulso del movimiento literario obrero que mantiene viva, con una serie de polémicas ardientes, la lucha contra los compromisos y las acomodaciones. El segundo ha tenido, sin embargo, mayor fortuna en sus enunciaciones teóricas: su principal mérito parece consistir en haber dado nueva vida al problema del desarrollo de la literatura que se consideraba resuelto con la creación de la *Proletkult*. Todas las discusiones suscitadas a propósito «de la influencia de la doctrina marxista en la literatura y en el desarrollo de ésta durante el período de transición entre el capitalismo y el

comunismo», terminaron por llamar la atención del comité central del partido comunista. La lucha empeñada entre los *poputchiki* y los *napostavtzi*, es decir, los del grupo En Guardia, motivó, en 1924, una conferencia en la oficina de publicaciones del Comité Central, y de ella salieron victoriosos, después de discusiones que en ciertos momentos llegaron a ser grotescas por la mezcolanza de conceptos artísticos y políticos, los partidarios de la coexistencia de la literatura proletaria (que debía apoyarse de cualquier modo y con todos los medios) hasta con la literatura no proletaria. Una proposición en el sentido de convertir el *Vapp* (Asociación de los escritores proletarios de la Unión) en el representante directo del gobierno, fué desechada por la comisión.

El triunfo de la prosa sobre la poesía fué desde entonces definitivo, puesto que, herederos más o menos directos de la gran tradición, los escritores «intelectuales» (a diferencia de los «proletarios») la consideraron instrumento mucho más idóneo para su actividad que la poesía, la cual, arrancada de la tradición, agotándose en sí misma, penosamente intentaba hallar formas reales de arte capaces de recibir el contenido de la nueva existencia, sin caer en la grosería o, en el mejor de los casos, en el «dilettantismo». Y, además, la literatura quería lectores, quería un público, quería vivir y no vegetar, y si bien la prosa de Pilniak (uno de los más característicos representantes de la nueva literatura), no era límpida y corriente como la de un Turguenef, con todo, era prosa y accesible a la mayoría; y aunque el contenido fuese más bien confuso, desordenado, era no obstante pintura de la realidad, y la descripción de esta realidad atrajo a los lectores, en los primeros años de este resurgimiento literario. Tanto más que cada uno habíala observado desde su ángulo, desde su rincón, y ella abarcaba toda la enorme Rusia, proletaria e intelectual, aldeana y noble, y en lugares muy diversos entre sí. Naturalmente ofrecía mayor interés al público de las ciudades la vida campesina, y esto explica el éxito de escritores y obras que pintaban con preferencia esta realidad: Pilniak, con su novela *El año desnudo*; Leonov, con *Impuestos*; la Seifulina, con *Humus*, *Virineja*; Vsovolod Ivanov y Nikitin con sus narraciones, etc. En Rusia, por otra parte, no todos participaron en las vicisitudes de la guerra civil y en la defensa contra los enemigos de la revolución, aun cuando habían sufrido sus consecuencias con padecimientos de toda suerte, lo cual explica el ansia con que fueron ávidamente solicitadas y leídas las obras de los escritores que se inspiraron, precisamente, en los acontecimiento de la guerra civil: Vsevolod Ivanov en *Partidarios*; Babel en su *Ejér-*

cito de caballería; Fedin en *Las ciudades y los años*; Fedaiev en *La derrota*; Pliniak en *Máquinas y lobos*, y, finalmente, Furmanov, muerto muy joven, que llegó a ser, en cierto modo, el cronista de la guerra civil en: *Chapaev* y *La Revuelta*, obras no desprovistas de intuición y de fuerza a pesar de la farragosa documentación anti-artística. Alcanzada una relativa estabilidad, la vida diaria, con todos sus problemas, volvió a ser asunto de literatura: el problema de los intelectuales que Leonov reflejara, en su momento más crítico, en las trágicas y asombrosas páginas de *El fin de un miserable*, halló expresión en una novela muy característica de un escritor de la guardia vieja, Veresaiev: *En un callejón sin salida*, donde, si los héroes «intelectuales» no están obligados a capitular frente a la realidad soviética, todavía se encuentran, como expresa el mismo título, en un camino cerrado. Evidentemente este problema de la situación de la clase intelectual pretérita podía cautivar a un escritor del pasado, pero a los jóvenes o nuevos escritores más interesaban ahora los problemas de la nueva existencia, ya sea en sus relaciones individuales, ya como problema de la colectividad: de este interés nacieron *El cemento* de Gladkov y *El ladrón* de Leonov, dos de las obras narrativas más notables, si bien por motivos diversos, de la literatura rusa contemporánea. Mientras por una parte el juvenil Leonov está estrechamente vinculado a la tradición, porque en las fuentes de ésta se han educado su espíritu y su arte, por otra, Gladkov, que no es ya un joven, no quiere saber de tradición y los dos temas que lo agitan y atormentan, el de la reorganización por el trabajo del obrero comunista y el de la nueva mujer sobre las ruinas de la antigua familia, los desarrolla con una rusticidad de estilo que tiene algo de elemental. Sin embargo, entre uno y otro no hay tanta distancia como podría creerse: el estudio de los problemas proletarios requiere ahora una mente de intelectual; y he aquí que surge el tipo, calificado por algunos de paradójico, del «intelectual proletario». Libedinsky, por ejemplo, autor de *Los comisarios*, su primera novela breve, que por intentar una sátira de los famosos abusos de los innumerables comisarios soviéticos produjo decepción y, más recientemente, autor de una considerable e interesante novela psicológica *La semana*, en la cual la guerra todavía está sujeta a un proceso de idealización romántica que no puede menos que chocar a quien la haya leído sin espíritu banderizo. La narración psicológica ha tenido y tiene aún otros representantes: Sobol, prematuramente desaparecido; Tarasov-Rodionov; Malaskin, imitador de Dostoiewsky; Ognief, que en *El diario de Kostia Riabcev* se propone mostrar cómo se desarrolla en las nuevas condiciones soviéticas la cri-

sálida del hombre moderno, cómo florece la nueva juventud destinada a formar los cuadros de «los constructores de la nueva ruta» y, finalmente, Jakovlev, Kataev y Lidin. Nos alejamos así cada vez más de la representación realista de la revolución; no porque se haya debilitado el deseo de escrutar a fondo las causas de la gran revuelta o de evocar sus terribles manifestaciones; sino porque lo que ha nacido de esos horrores, y las consecuencias ciertas de aquella causa son más intensas, es la vida de hoy: la revolución entra ya en la historia. Este pasaje está comprendido en la literatura: con la revolución también otros movimientos de la historia rusa, más o menos ligados a ella, seducen a los escritores y aparece así la novela *Stienka Razin*, de Chapiguin, por una parte y la tentativa de hacer entrar nuevamente la revolución en el ciclo épico de la historia rusa moderna, como en *Rus* (Rusia), la epopeya de Panteleimon Romanov. También el realismo de la crónica novelesca tiene un especial colorido idealista, pero el idealismo precipita a menudo en lo tendencioso y provoca reservas y protestas.

A una especie de rebelión hay que atribuir la corriente de los más jóvenes, agrupada alrededor del Almanaque «Pereval». La palabra «Pereval» no tiene equivalente exacto en nuestro idioma: indica la acción de pasar de una a otra parte, de una a otra vertiente... Los escritores que componen este grupo llamado «perevaltzi» han publicado y publican sus escritos en periódicos comunistas como «Okiabr», «Molodaia Gvardiza», «Krasnaia Niva» y hasta en el órgano de los *poputchiki*: «Krasnaia Nev»; pero tienen, como ya se ha dicho, su órgano propio, el Almanaque «Pereval». La característica relevante de este nuevo movimiento no es, como en todos o casi todos los de carácter literario, la afirmación de un cierto número de principios que se deben seguir y desarrollar, sino el ansia de buscarse a sí mismo y de hallar los principios a que adherir, desterrando todo lo que ha sido y que por eso no tiene ya razón de ser. En una atmósfera como la de la actual literatura rusa en la que, según la expresión de un crítico ruso, Voronsky, «el problema de cómo y qué escribir no solamente carece de solución, sino que ni siquiera ha sido planteado como se debe», el fervor de estos jóvenes puede ser útil, pero también resulta peligroso manteniendo aquel estado de permanente controversia que perturba la obra creadora.

La extraordinaria efervescencia de las distintas corrientes, de las tentativas, de las rebuscas permanece activa a pesar de las oposiciones y limitaciones políticas, y la nueva literatura se

desenvuelve en parte vinculada a la tradición y al pasado, en parte mirando ardientemente hacia lo porvenir.—HÉCTOR LO GATTO.

(Del interesante libro «*Literatura Soviética*», del eminente profesor italiano Ettore Lo Gatto).

Traducción de Atilio E. Torrassa, Enrique del Castillo y Rodolfo A. Bardelli.

PIO BAROJA Y EL CICLO «LA SELVA OSCURA»

ES Baroja el primer novelista contemporáneo que ha hecho entrar en la ficción novelesca los sucesos que motivaron la caída del régimen monárquico y el advenimiento de la República española.

Ensayos y discursos, estudios sociológicos o políticos han dilucidado numerosos aspectos de la abdicación del Alfonso XIII y el nacimiento de un sistema de gobierno, para el cual no se creía a España preparada. La historia, por lo menos, no ha dado argumentos para suponer que, de improviso, la tradicional Castilla abandona la reyecía y éntrase con éxito en una era nueva, diametralmente opuesta, por la organización y la ideología, al concepto que los españoles tenían de un sistema de gobierno.

Sin embargo, para un agudo viajero ruso, Elías Ereburg, la república española, salvo el presidente y las cámaras, elegidas por un tiempo determinado, a la manera de las repúblicas burguesas, en nada se diferencia de la monarquía. España no ha hecho otra cosa que cambiar los entorchados palaciegos por la americana de calle, más cómoda y más barata.

«Esta tierra, dice, se aferra a su verdad sobre el valor del hombre y de la única libertad que conservó a lo largo de los siglos: la libertad de poder respirar».

«¿Cuándo España, continúa, así como se deshizo del ornato de la monarquía, podrá deshacerse del ornato dudoso de los abogados de Madrid y de los agentes de la Bolsa de Barcelona?»

Unos de los méritos de Baroja consiste en esta vibración de actualidad que ha puesto en la mayoría de sus novelas. En las «Memorias de un hombre de acción», Aviraneta no es sólo un guerrillero más o menos pintoresco, sino un hombre superior a su medio, inquieto y europeizado, no a la manera de Larra

y de Clarín, cuyo ideal era la República Francesa, sino a la manera de los europeos del Norte: los Germanos y los Anglo-sajones. El guerrillero vasco había tenido contacto en Bilbao con los alemanes e ingleses, cuyos barcos llegaban a fondear a la rada de Portugaleta. Y el concepto de Aviraneta es el concepto de su biógrafo, el vasco Baroja.

En el prólogo de «La familia de Errotacho», prólogo igualmente de la trilogía entera, Baroja hace su profesión de fe. No es un devoto de esta tan ponderada claridad francesa, hecha según su frase, a fuerza de poda y de supresión. Prefiere la fuerza vital que germina en la abundancia de las ideas, aunque sus contornos sean confusos.

«Dejemos los contornos claros a los escritores latinos y mediterráneos. Para ellos la nitidez, la sequedad, el cielo azul. A nosotros nos gusta más la niebla».

Esta insinuación del prólogo, se amplía en el texto de la obra. Mediterráneo, para Baroja, equivale a vejez, a cosa manida. Atlántico a complicación, a interés siempre latente. Mediterráneo es retórica, floralismo, es decir, aplicación sin humanidad de lo ya empleado por los sofistas de Bizancio; Atlántico es renovación, creación constante, desprecio de la retórica.

He aquí la atmósfera de esta trilogía que Baroja ha bautizado con el título colectivo de «La selva oscura».

«La selva oscura» será selva por lo intrincada; y oscura, por no pretender el autor (es su concepto de la vida) reducirla al convencionalismo del relato al uso.

Las tres novelas del ciclo barojiano (La familia de Errotacho, El Cabo de las tormentas, Los visionarios) tienen el sabor y el colorido palpitante de su época. El tiempo las impregna, en lo posible, de su esencia actual.

Sus personajes no son personalidades destacadas, grandes, comenta en el prólogo citado, por la casualidad y el azar la mayoría de las veces, sino individuos subalternos, del montón, moldeados por el ambiente y muchas veces sacrificados por las circunstancias.

Es la historia de una familia humilde del país vasco: la familia de Errotacho. El hogar vasco, un molino, situado en la frontera de Francia. La familia es pobre. Tiene apenas con qué vivir. Rudamente trabaja la madre, la Juana Mari, para subvenir a los gastos de su numerosa prole. Algunos de sus hijos son contrabandistas y por la persecución de los carabineros, los miqueletes, se ven obligados a salir de su terruño para ganarse la vida. Así viven en los ambientes más heterogéneos. Uno de ellos se convertirá en administrador de un cortijo an-

daluz. Otro irá a Francia, a San Juan de Luz, después del complot de Vera. Una hija, Margot, será enfermera en Madrid en casa de un marqués.

Con esta técnica y ciñéndose a un plan, nos hace penetrar Baroja en diversos medios sociales para auscultar lo que el pueblo propiamente tal piensa de los acontecimientos que determinaron la caída del Rey y el alborear de la República.

La obra comienza en plena guerra europea y el escenario es el límite entre Francia y España. La familia de Errotacho (este es su título) es una hermana de Zalacaín y de las novelas marítimas de Baroja. En una palabra, una novela vasca. Le da un tinte de novedad a esta novela la descripción de la vida accidentada de los contrabadistas, no tratados, que yo recuerde, por Baroja en ninguno de sus relatos éuscaros. A las escenas de contrabando únense episodios de espionaje y persecución que dan un vivísimo relieve a ese punto de la frontera franco-española con sus carabineros y sus contrabadistas, espías y desertores de la guerra europea.

El hecho de ir a buscar los orígenes del movimiento revolucionario de España en la guerra europea, indica claramente que para Baroja el advenimiento de la República es la solución nacional que la península ha encontrado a su propio problema, como la mayoría de los pueblos del mundo, después de la guerra mundial.

En esta primera novela de la serie, narra Baroja el famoso complot de Vera. En la segunda, la revuelta de los capitanes Galán y Hernández en Jaca y la vida trágica de los anarquistas de Barcelona y de uno de sus jefes, el Negro. Describe el regocijo caluroso del pueblo de Madrid al proclamarse la República y la cólera ciega de la muchedumbre en el incendio de iglesias y conventos.

Por último, trasladando sus personajes a Andalucía, intenta dar una idea del alma rural de aquellas regiones, de su pasado de bandolerismo y de la confusa ideología que reina entre los habitantes y trabajadores de cortijos y dehesas de los campos Cordobeses y Sevillanos.

No es agradable la vida del cortijero en estos vastos latifundios de la tierra andaluza. Un sordo encono desata las lenguas de estos meridionales bulliciosos que se reúnen en federaciones y tomando chatos y picando aceitunas, discuten y conspiran. Hablan de Lenin y del comunismo, pero, en el fondo, Rusia y los Soviets los tienen sin cuidado. El profundo individualismo de estos hombres, donde está vivo el árabe del desierto, tiende más al anarquismo, a la disolución, que al orden dictatorial del socialismo de Estado.

La técnica seguida por el novelista, anárquica y arbitraria, tienen una curiosa relación con los acontecimientos mismos que retrata. Los hechos y su narración guardan perfecto acuerdo. Siguiendo sus sistemas habitual, los personajes barojianos actúan ante todo. Para hacerlo moverse y vivir, el novelista ha adoptado un procedimiento absolutamente contrario al de un historiador. Recuerda a ratos, la técnica de Galdós, en sus episodios de la tercera serie. Viajes a pie por la llanura castellana, observaciones de tipos y paisajes, encuestas minuciosas de testigos personales de los hechos, en mesones y callejuelas, etc.

Como él explica, la novela concebida de este modo, anda entremezclada con la crónica y la crónica con la novela.

Este rico acopio de observaciones personales, de anécdotas y de sucesos pintorescos, está repartido a lo largo de las tres novelas de la trilogía. No puede ser más completa la impresión de realidad que el autor ha conseguido. En estas rápidas visiones de Vizcaya, de Aragón, de Barcelona, de Madrid y de Sevilla surge la España tradicional, la España-pueblo, la de los obreros, la de la clase media, la de los campesinos, *vistas a través de gentes humildes, salidas de un caserío vasco*.

Como un contraste, vemos también, frente a esta masa proletaria que se desplaza en calle y campos, una familia aristocrática madrileña, cuyos miembros, verdaderas caricaturas humanas, toman por el miedo al saqueo y al comunismo las actitudes más cómicas y grotescas.

Un tono patético, que no es habitual en la literatura de Baroja, da a estos últimos libros un matiz de sinceridad, de confesión viril y sana. Las observaciones sobre la República y sobre los hombres de Estado de la República, derivan hacia una especie de relativismo político que ha dado lugar a polémicas y artículos despectivos, como el del joven crítico Francisco Valdés. *Pío Baroja, el máximo negador, dice. Pío Baroja, cultivador de un género novelesco y original: el folletín psicológico*.

No advierto, sin embargo, en esta trilogía el pesimismo negativo de que habla Valdés. El deseo de transformación y revisión de todos los valores tradicionales, su lógica desencanto ante una juventud que abandona sus deberes para ir al cinema o al cabaret es algo privativo de todos los escritores de la época actual, no sólo de Baroja. En la misma España, en una época de crisis moral y económica, Quevedo y Gracian y Cervantes mismo, no fueron críticos amables de la vida española. No son más optimistas algunos contemporáneos de Baroja, como Costa y Unamuno, y aún el propio Ortega y Gasset, al hablar del tema de nuestro tiempo, diluye esta pregunta desconsolada en

el caudal de su fraseología oratoria: ¿Qué harán estos jóvenes que bailan jazz y juegan tennis cuando tengan cuarenta años?

No creo que Baroja pretenda erigirse en profeta. El título mismo de su trilogía «La selva oscura», denota la incertidumbre ante el porvenir, la misma que pesa sobre todos los pueblos de la tierra, incluyendo a los países jóvenes de América.

Sin embargo, de una cosa está seguro Baroja: que en España la monarquía ha muerto definitivamente. Para reemplazar a los hombres del régimen caído, exige un espíritu nuevo que debe orientarse hacia el porvenir, no hacia el pasado. Ir hacia adelante, en cualquier forma, no importa cómo, según el pronóstico de Ortega y Gasset, a quien Baroja parece seguir. —M A R I A N O L A T O R R E.

CAMBIO DE RUMBO EN LA PSICOLOGIA ACTUAL

EN concordancia con la evolución amplia y profunda de la vida del espíritu en la actualidad, se ha realizado también en los últimos años, en el campo de la psicología, una especie de cambio en la apreciación e investigación. Hasta hace poco dominaba la tendencia a construir el total del alma como una suma, como un agregado de partículas elementales: partiendo de los componentes más simples, como si dijéramos los «átomos» anímicos. Esta psicología atomística-aditiva, había nacido bajo la impresión de los grandes éxitos que habían sido alcanzados por este método de apreciación en el conocimiento y dominio de la naturaleza exterior. El procedimiento consistía en imaginarse el mundo de los cuerpos como un gigantesco mecanismo, compuesto de un sinnúmero de átomos cuyo movimiento estaría regido por leyes estrictas, para formar, dominados por la fuerza de atracción, figuras complicadas y aun organismos.

Se trataba de explicar el mundo interno en exacta correspondencia con el mundo externo. Se conservaba el término alma, pero se veía en ésta un algo vacío y pasivo, listo para recibir influencias, una «tábula rasa» (una hoja en blanco), sobre la cual el mundo exterior imprimía sus fenómenos por medio de los sentidos. A estas impresiones corresponden en el alma, simples contenidos de conciencia, como por ejemplo, las sensaciones de color, sonido, olor y temperatura. Las huellas que quedarían

en la memoria, en el transcurso de la vida, por su parecido o contraste, se sumarían más y más, con lo cual el alma ganaría continuamente en contenido y en riqueza de representaciones. Otras cuyos objetos se aproximan en el espacio o en el valor, se asociarían y se traerían mutuamente a la conciencia, para unirse con sensaciones recientes, y así poder ser conocidas por nosotros. De esta manera se imaginaba la vida anímica como un mecanismo de representaciones, dominado por las leyes de asociación, cuyas últimas fuentes de buscaban en las sensaciones y en las impresiones de los sentidos que las condicionan. Se puede, por lo tanto, caracterizar toda esta tendencia en la psicología no sólo como atomística y aditiva, sino que también como mecanicista, sensualista y asociacionista.

Se caía en un intelectualismo unilateral, en la medida en que se prestaba atención únicamente al aspecto de las representaciones en la vida anímica.

Los principales representantes de esta tendencia eran psicólogos y filósofos ingleses. Hume, Hartley y Price en el siglo XVIII, James Mill y John Stuart Mill en el siglo XIX. También en Alemania tuvo esta tendencia grandes efectos: Herbart se inclinó a ella, y entre los más nuevos Ebbinghaus, Ziehen, Georg Elías Müller.

No se puede negar, que con este método de investigación que emplearon estos hombres en el experimento (esto es la producción ordenada de los fenómenos anímicos que se quiere investigar), hayan llevado la luz a ciertos sectores de la memoria, y hayan descubierto sus leyes. Pero cuando más profundamente procedían, con mayor frecuencia llegaban a los límites de sus métodos. Así se reconoció hace 30 años en la escuela de Würzburgo de Oswald Külpe, que simples fenómenos de pensamiento y conocimiento no pueden tener su origen únicamente en las sensaciones, sus huellas en la memoria y sus asociaciones; sino que lo que sentimos y lo que se nos viene a la memoria, está condicionado en alto grado por factores extra-intelectuales: intereses instintivos y actos de voluntad.

El grupo de los «psicólogos de la figura» (Gestaltpsychologen), Wertheimer, Köhler, Koffka, Sander y otros, ha demostrado especialmente por medios de investigaciones, experimentales de los fenómenos de la percepción, que no vivimos sensaciones aisladas, de las cuales componemos «figuras» (como las formas de cuerpos que se han visto, melodías, ritmos, etc.), sino que al contrario, hay desde un principio figuras enteras en nuestra conciencia. Estas figuras enteras también evolucionan a

menudo, de un estado indeterminado y sentimental a una determinación claramente estructurada.

A un cambio de rumbo en la Psicología ha contribuído también William Stern (Hamburgo), que ha creado a partir de reflexiones principalmente filosóficas, sobre la esencia de la vida, su psicología «personalista», cuyo pensamiento fundamental es, que todo suceder individual en la vida del alma sólo puede ser comprendido verdaderamente dentro de la unidad de la persona. Esta misma tendencia presenta la psicología de las profundidades de Freud y Adler. Si este último llama a su propia doctrina de la ciencia del alma «Psicología individual» quiere expresar con ello, *que la totalidad del individuo da la medida para la composición de los fenómenos anímicos aislados.*

Este cambio en la Psicología corresponde en la Biología—de la cual la Psicología es sólo una parte—al hecho de que en este momento el método mecanicista es combatido duramente por el vitalista, que pone su acento también en la unidad del carácter de la vida. Y si hoy, en la vida de los pueblos vemos al liberalismo y al individualismo, en difícil defensa frente a los poderes absolutos y universales, que como el bolcheviquismo y el fascismo tratan de aplastar por medio de su unidad y autoridad el derecho del individuo, queda de manifiesto que una nueva característica general imprime su sello a fenómenos aislados de nuestro tiempo. Y una vez más se hace evidente que la esencia de la vida espiritual es y sigue siendo una oposición. ¡Por eso nunca tiene razón un solo bando!.—AUGUSTO MESSER.

(Traducción especial para ATENEA, directamente del Alemán por Luisa Frey Gabler y Juan Uribe Echevarría).

MATERIALISMO HISTORICO

(Conclusión)

AUN estas categorías son, hasta cierto punto, arbitrarias y admiten de otras subdivisiones locales. Pero si dejamos a un lado la categoría, puramente hipotética, de los que se dedican exclusivamente a la recolección, y agregamos al final los estados industriales y comerciales, podemos aceptar como esquema aproximada las distinciones que hace Hahn. No obstante, estimamos que anda más cerca de la verdad Febvre,

cuando dice: «Sería mejor, sin duda, proclamar simplemente lo que actualmente nos parece cierto: a saber, que no hay sino pocos pescadores, menos aun de cazadores o de cultivadores que se dedican exclusiva y continuamente a una sola y misma clase de actividad económica; pero que todos los hombres, en caso de necesidad, tienen varias cuerdas a sus arcos: que bajo el imperio de sus necesidades, los diversos tipos económicos se acercan los unos a los otros» (1).

Lo que debe observarse sobre todo, son dos cosas. Primero, no hay ningún paso obligado de una fase a otra o de un estado a otro, sino que aquí más que en ninguna parte se notan los saltos a que nos hemos referido. Segundo, los agricultores inferiores, que valiéndose de aquel instrumento primitivo, la azada, u otro más primitivo aun, como un palo aguzado, que se empleaba casi universalmente en América, lograban apenas sembrar un corto trecho de cereales o tubérculos, no tenían, como pretenden algunos viajeros, sociedades superiores a las de los pescadores, cazadores o pastores. Tampoco son éstos más incultos que la mayor parte de los agricultores rudimentarios.

Debemos notar que todas estas distinciones y clasificaciones son económicas. Se fundan únicamente sobre la manera cómo los hombres procuran la materia prima que les sirve para su alimentación y en eso se conforman con el marxismo, en cuanto se adscribe al factor económico los fundamentos de toda sociedad. Descuidan de toda otra consideración, pero, lo que hay de seguro es que el tipo económico no es lo mismo que el tipo social, el que no se establece sólo por la nutrición.

Hay pueblos que se diferencian profundamente por su hábitos domésticos, por sus caracteres morales, por su organización política, que son clasificados, sin embargo, bajo la misma rúbrica económica, la de pastores, por ejemplo, o de agricultores.

No es la diversidad de los alimentos que es la fuente de las distinciones entre los hombres, sino la diversidad de hábitos y de gustos que incitan a tales grupos humanos a buscar de preferencia cierta clase de alimentos y no otra. Es el conjunto de aptitudes, de gustos tradicionales, de ideas y de prácticas que los oponen unos a otros, aunque viven colindantes, pero sin mezclarse, el pigmeo cazador y el negro bantu, agricultor. Las condiciones del medio son iguales para ambos y, no obstante, pasan los siglos sin que ninguno de ellos modifique seria-

(1) Febvre, Lucien. Ob. cit.

mente su género de vida. Pasa igual cosa entre pueblos de otra clasificación, en idénticas o parecidas condiciones. Veamos a los árabes y a los beduinos. Ambos son pueblos de pastores nómades, pero mientras que los primeros son polígamos, los segundos no conocen la poligamia. Existe entre ellos el infanticidio de las hijas y una tendencia hacia la poliandria, aunque predomina la monogamia. Los primeros buscan la familia numerosa, los otros prefieren restringirla.

En el Sahara, hallamos dos pueblos nómades, los moros y los tuaregs. Sus condiciones geográficas son comunes, un suelo parecido y un mismo clima son el patrimonio de ambos, en el cual son llamados a una vida paralela. Y, no obstante, se constata fácilmente las grandes diferencias de lengua, de cultura, de costumbres, de traje y de armamento y un odio profundo les separa. Estos hechos que se podrían multiplicar, hacen meditar y demuestran que el factor económico no es el único en que hay que pensar cuando se quiere establecer la verdadera base de la estructura social y que tampoco es una consecuencia lógica suponer el paso obligatorio de un estado determinado a otro, sin tomar en cuenta los múltiples factores que pueden interrumpir o desviar semejante desarrollo evolutivo. Otra vez nos encontramos frente a la posibilidad de los saltos y este factor no ha sido debidamente contemplado por Engels, aun cuando en muchos de sus escritos ha insistido tanto en su necesidad.

Si hemos tomado el libro de Engels para demostrar estas enseñanzas, no ha sido por ningún motivo contrario a sus doctrinas políticas que en este caso no nos interesan mayormente, sino porque se oye hablar tanto hoy del socialismo en todas sus formas y en especial todo lo que se refiere al marxismo y nos ha parecido útil dejar indicados algunos de los puntos en que no ha seguido el método que él mismo ayudó a establecer.

Las observaciones que hemos hecho son igualmente aplicables a casi todos los historiadores, sociólogos y etnólogos de la segunda mitad del siglo pasado. Para nuestro objeto, cualquiera de ellos habría servido porque los errores que señalamos no eran propios de uno solo, sino eran casi universales en la época de que hablamos. Lubbock, Spencer, Tylor, Fustel de Coulanges, Waitz, Lippert, Ratzel, etc., etc., todos aceptaron los mismos datos, fórmulas, e interpretaciones y si varían en sus conclusiones, se debe en gran parte a los prejuicios de escuela y el sistema de construir apriorísticamente, sin fundamento sólido y comprobado.

Y, ya que hablamos de prejuicios, diremos que constituyen

un defecto grande de la época en referencia y aun hoy la ciencia sociológica no ha podido desprenderse completamente de ellos, dejándose sentir con frecuencia hasta en el método del materialismo histórico, viciándolo.

Los prejuicios son de diversas índoles. Los hay religiosos, políticos, raciales, nacionales, de clase, ideológicos, etc., y muchas veces conducen al fanatismo, a la intolerancia y a la intransigencia.

Con frecuencia son involuntarios y a menudo sus sostenedores no conceptúan que sean prejuicios, porque a ellos se les presenta como verdades. Así, por ejemplo, en la etnología, la escuela de Viena, encabezada por los Padres Wilhelm Schmidt, Koppers, Le Roy, Vros y otros, quienes adoptando el método histórico-cultural, han hecho un trabajo de investigación admirable, pero partiendo de un prejuicio religioso—el de la «revelación primitiva»—no han podido llevar al «último análisis» sus resultados. Separáronse por este prejuicio, de la escuela histórico-cultural de Berlín, preconizada por Graebner, Ankermann, Foy y otros. Admiten el método en todo lo material, pero lo cercenan en cuanto a su aspecto religioso. Aceptan la doctrina de la evolución y el largo lapso desde la primera aparición del hombre sobre la Tierra, pero para justificar su credo y su fe, tratan de probar que el hombre primitivo fué iluminado por una revelación divina y que la idea de un Ser superior, Dios y Creador, fué universalmente creída desde los tiempos más remotos de la humanidad, vaga e indefinida quizá, pero siempre presente. Estiman que los pueblos que no tienen semejante creencia se han degenerado posteriormente (1).

Indudablemente, ideas parecidas se han encontrado en algunos de los pueblos primitivos, pero es un argumento *a priori*, alegar que ellas han sido las más primitivas y que no se han adquirido después. Se puede concebir que aun cuando todas las condiciones materiales no se han evolucionado grandemente, que de la misma manera que ellas han recibido algunos aportes que no son primitivos, como el uso del arco y las flechas, puede haber pasado la misma cosa respecto de sus ideas y modo de pensar. En general se admite que las ideas religiosas comienzan con alguna forma primitiva del *animismo*. Pero en los últimos años, esta hipótesis ha tenido sus impugnadores. Preuss, Marett, Berth, Hubert y Mauss, Graebner y otros admiten una fase *preanimística*. Graebner, en la introducción de «El mundo del hombre primitivo», dice: «La teoría del animismo

(1) Estas teorías se hallan detalladas en las obras del padre Schmidt: «La Révélation Primitive» y «L'origine de l'idée de Dieu».

ha imperado casi sin limitación, durante mucho tiempo, en la etnografía, en la ciencia de la religión, e incluso en la historia de la filosofía, cuando ésta volvía los ojos atrás en busca de sus orígenes... Pero el cuadro varió cuando nuevos hechos negaron al animismo el derecho de representar la concepción cósmica de los pueblos más antiguos y más primitivos. En efecto, quedó averiguado que en pueblos muy primitivos—al parecer más viejos que las ideas animistas—se manifiesta una creencia mágica que nada tiene que ver con el animismo. Demostróse, además, que ciertas concepciones muy semejantes al monoteísmo existen no sólo en los pueblos de alta cultura, sino también en estados muy primitivos de la humanidad».

Es evidente que cuando uno queda convencido de antemano de la verdad de una idea, existe la tendencia de interpretar los hechos en conformidad con dicho concepto, aun cuando las premisas sean insuficientes, como pasa en el caso del monoteísmo primitivo.

Los prejuicios políticos son casi tan comunes como los religiosos y en este terreno se colocan Marx, Engels, Morgan, Bachofen, Bebel, Plejano y otros, cuando tratan de probar el comunismo de los pueblos primitivos. Ven el comunismo en todo. Para ellos la promiscuidad sexual que presuponen no es otra cosa que el comunismo aplicado a la mujer, sin pensar que en tal caso, quitan los derechos de la mujer y así destruyen la idea céntrica del comunismo que es la igualdad de todos los individuos y no de clases aunque estas sean sexuales. Igual cosa pasa respecto de los supuestos matrimonios por grupos en que los derechos de los hombres se sobreponen a los derechos de las mujeres. Los trabajos colectivos de las agrupaciones de consanguíneos las interpretan por comunismo económico. No tenemos para qué volver a tratar estos puntos, ya que hemos demostrado su falsedad, incluso de no haber existido semejantes estados.

Los prejuicios raciales y nacionales son aparentes en la mayor parte de las historias, de los tratados de sociología y aun de etnografía. Tomemos, por ejemplo, las relaciones de las guerras de Napoleón. Sus causas, su desarrollo y sus resultados toman un giro completamente diverso y contradictorio, según las presenta un francés, un alemán, un inglés o un ruso. La ocupación de la India por los ingleses cambia de aspecto, según la explica un inglés o un hindú, aun cuando los mismos hechos fundamentales les sirven de partida.

La diferencia es mucho más pronunciada cuando se trata de la lucha de clases. Aquí los prejuicios llegan hasta cegar

a los exponentes de las diferentes ideologías. La oligarquía, la burguesía y el proletariado nunca podrán ver su verdadera situación económica de una manera completamente imparcial, a causa de los fuertes prejuicios que anticipadamente se interponen y del fanatismo e intolerancia que estos mismos prejuicios despiertan en todas las partes interesadas.

Desgraciadamente todos estos prejuicios no parecen tales a los que los sostienen. Las más de las veces se presentan como verdades incontrovertibles, como grandes dogmas o axiomas y por lo general no existen argumentos capaces de destruirlos. Es común también, en las polémicas, de combatir un prejuicio con otro, la porfía con la intransigencia.

Es inoficioso advertir que el llevar semejantes prejuicios al terreno de la ciencia, produce resultados deplorables, especialmente, si como sucede a menudo, los investigadores de cierto renombre se dejan llevar por ellos. Aplicados a la historia y a la sociología, los prejuicios causan un gran daño al método del materialismo histórico, tanto más pernicioso cuanto más involuntarios sean, porque el lector que no es especialista, acepta y cree lo que encuentra en los libros y monografías, sin mayor examen. Esta costumbre de creer todo lo que se encuentra impreso es característico de nuestros tiempos. Nos acostumbramos a formar idea sobre lo que pasa en el mundo por lo que leemos en nuestro diario favorito y es muy corriente aceptar todas las opiniones expresadas en ellos, sin apreciar que no son más que la abogacía de cierto grupo de intereses determinados, y que otros diarios y periódicos abogan por otras opiniones diferentes. Por otra parte todos tenemos nuestros autores predilectos, en los que tenemos más confianza que en los demás y todos tenemos la tendencia de aceptar sus conclusiones de preferencia de los de cualquier otro. En todo esto obran nuevamente los prejuicios involuntarios.

Los prejuicios, a menudo impiden ver o percibir la evolución que sufren las ideas y los conocimientos, con el trascurso del tiempo. Muchas veces nos aferramos a postulados ya caducos, porque están más de acuerdo con nuestros prejuicios y con nuestra ideología. Esto lo notamos en cuanto a las indiferencias del libro de Engels, aceptadas todavía por la mayoría de los marxistas como evangelio, y publicadas sin mayores comentarios en las sucesivas ediciones de la obra, aun en las más recientes.

Es indudable que todas estas influencias obran en detrimento del método materialista histórico y producen consecuencias contrarias a las que debemos esperar de él. En todo

ello se puede observar una serie de finalidades en lucha de que habla Engels, lucha que impide, a menudo que el último resultante sea el que se auspiciaba. Todo esto lo explica muy bien Engels en la cita que presentamos al principio de este estudio.

Conviene ahora examinar un poco más de cerca la verdadera base en que descansa el materialismo histórico. Si nos atenemos a la definición que da Jorge Simmel (1), «es la vida económica, la organización y la actividad de los grupos llamados a producir y repartir los medios de existencia la que determina y forma la vida histórica en su conjunto; la política interior lo mismo que la política exterior, la religión lo mismo que el arte, el derecho lo mismo que la técnica».

«Lo que el materialismo histórico parece ofrecer primeramente, es una explicación psicológica de los acontecimientos históricos, según un solo y mismo principio... Es por esto que la designación de materialismo se presta a errores... Materialismo no podría significar, sino dependencia de la historia, en última instancia, de energías que no tienen nada de psíquico. Pero esto precisamente está en contradicción con el contenido mismo de la doctrina, que da a la historia motivo eminentemente psicológico... Lo que hace la grandeza de la doctrina es el deseo de mostrar a través de los contrastes y las transformaciones de la historia, el resorte que por su simplicidad elemental tiene las cualidades requeridas para representar la unidad en el mecanismo tan complejo de la vida histórica. La doctrina de que hablamos no es otra cosa que una hipótesis psicológica. Las acciones exteriores de los hombres se explican por hechos psicológicos que se pueden reducir en último término al interés por la producción y la reproducción de la vida inmediata».

Muchos de los que han criticado la doctrina, objetan la preponderancia que Marx ha dado a los factores económicos como base única de la historia. Alegan que cualquiera otra serie de valores históricos podrían haber servido igualmente bien como base para el conocimiento de la historia general del mundo. Consideran que todos los múltiples factores de tan diversa índole que entran en juego para producir los acontecimientos cuya relación coordinada llamamos historia, están entrelazados de una manera que hace imposible separar del encadenamiento ningún eslabón sin hacer peligrar toda la estructura. Es el encadenamiento total y no una de sus partes que constituye la

(1) Simmel, Jorge. Ensayo sobre el materialismo histórico. Atenea. Tomo XXII. Nos. 93 — 94. Nov, Dic. 1932.

historia de la sociedad humana a través de los tiempos. Y estos factores tienen los más diversos caracteres, materiales, fisiológicos, psicológicos, ideológicos, etc. Por las mismas razones con que se ha elegido la serie material para servir de base real, se puede elegir cualquiera otra serie, puesto que son inseparables. Cualquiera que se omite destruye inmediatamente la armonía y la realidad de los resultados y, por lo mismo, se podría estimar que esa serie era la que formaba la base.

Los marxistas alegan que todas las demás series son acondicionadas y en último análisis originadas por los factores económicos, pero no admiten que los factores económicos sean igualmente acondicionados y originados por el conjunto de otros factores que obran a la par con ellos. Y, sin embargo, es esto lo justo y lo real. Cada serie puede a la vez servir de base o acondicionarse a la superestructura, sin que el conjunto de la historia quede seriamente alterado, siempre que no se omita ninguna de las otras series. La elección de la serie base, depende en primer lugar del objetivo inmediato o de la finalidad que se persigue, sólo que en la práctica, es muy frecuente que dicho objetivo sea viciado por la introducción de uno o más de los prejuicios de que hemos hablado, como ocurre precisamente en la elección hecha por Marx, de la serie económica, la cual satisface más la necesidad de establecer sus doctrinas políticas sobre una base materialista. En cambio, el Padre Schmidt, Graebner y muchos otros eligen los factores psíquicos como base, para apoyar sus teorías sobre la universalidad de la idea de Dios, el concepto primitivo del Cosmos u otros fenómenos sociales, que ellos consideran de importancia y que modifican considerablemente el contenido material de la vida.

Los defensores del materialismo pretenden que los hechos económicos constituyen la fuerza motriz de todos los demás fenómenos sociales, los que se derivan directa o indirectamente de ellos. El hambre, es el gran impulsor, la necesidad de satisfacerla es la preocupación más imperiosa de la vida y las primeras actividades humanas son las que se dedican a buscar alimentos. Todo esto es efectivo, pero ¿hemos de considerarlo como un proceso mecánico que no admite ninguna variación volicional? Indudablemente que no, ya que vemos dentro de una misma área geográfica en condiciones iguales, una gran variedad de costumbres, prácticas, supersticiones, gustos y prohibiciones que modifican sustancialmente el modo de satisfacer estas necesidades.

Nos dirán que las necesidades siempre existen, independientemente de todo otro factor y precisan satisfacerlas de cualquier

modo; que este modo está determinado por los productos naturales de la región, es decir, por el medio geográfico; que la elección de los productos alimenticios se derivan de la experiencia a fuerza de muchos ensayos y que todos estos factores son materiales y económicos.

Contestaríamos que siendo ciertos todos estos argumentos, existen y obran a la par de estos factores materiales, otra serie de factores psíquicos que restan de semejante solución simplista, para convertirla en compleja. ¿Por qué es que ningún pueblo primitivo utiliza todos los elementos naturales que sirven para la alimentación, dentro de la zona que habitan? ¿Por qué es que seleccionan algunos y dejan otros, aun cuando están apremiados por el hambre y aun por la muerte? ¿Por qué algunos pueblos, como los pigmeos del Centro de Africa, los siux, los patagones y otros, no comen pescado, cuando es abundante en los territorios que ocupan y a menudo pasan hambre cuando escasea su alimento acostumbrado? ¿Por qué los judíos no comen carne de cerdo? ¿Por qué entre la mayoría de los pueblos más primitivos, hay una serie de prohibiciones que impide que coman determinados alimentos, aun cuando sus vecinos se sirven de ellos? Ninguna de estas preguntas se puede contestar con razones materiales. Su resolución depende de ciertas condiciones psicológicas que no se derivan de las fuerzas productivas ni de las relaciones económicas, aun cuando modifican éstas.

En la etnografía, estos hechos son bien conocidos. Haberlandt condensa las ideas en los siguientes párrafos: «En todos los pueblos desde los más primitivos hasta las naciones privilegiadas de nuestros días, se observa una característica limitación eventual de los artículos alimenticios en forma de *abstinencias*. Las hordas errantes de los negros australianos, así como las tribus cazadoras del Brasil y los pueblos que practican una forma económica semejante, se abstienen durante algún tiempo o para siempre de comer determinados productos vegetales y animales, por razones que adquieren posteriormente carácter de impureza en las concepciones religiosas».

«Generalmente, la práctica de esta costumbre obedece a motivos de índole religiosa o mística. Se respeta al animal protector de la tribu, del cual descenden, según la leyenda, todos los habitantes; determinadas clases de animales son consideradas como poderosos hechizos; asígnase ciertas virtudes medicinales, especialmente a los artículos alimenticios vegetales y se considera este motivo como suficiente para renunciar a su uso en la alimentación. En etapas posteriores se supone que

estos alimentos prohibidos son atributos de potencias y figura místicas, o se teme la impureza que procuraría su degustación. En este hecho se observa un ejemplo elocuente para el observador etnógrafo, cual es el de que los elementos culturales más rudimentarios de las etapas primitivas de la vida de los pueblos no se pierden, sino que se mantienen después de sufrir modificaciones o derivaciones, que a veces las hacen incomprensibles.»

Cuando levantamos el velo que encubre, para los civilizados, las acciones, supersticiones y creencias de los primitivos, penetramos en un mundo donde todo nos desconcierta. Aparentes absurdos por todas partes, ritos e ideas que chocan a nuestra razón y sólo se explican admitiendo que los primitivos piensan o perciben de modo distinto a como hoy lo hacemos nosotros. Estos ritos, ideas y modo de pensar influyen en todos los actos de la vida y destruyen o modifican la serie lógica de nuestros conceptos acerca de lo que debería suceder. En el caso que contemplamos, nos deja ver que el hambre no es el único impulso o fuerza motriz que acondiciona las leyes económicas y que éstas solas no pueden formar la base de la estructura social, ni son ellas exclusivamente que, en «último análisis» determinan las fuerzas productivas materiales.

El hombre nace con su facultad de pensar, lo mismo que nace con sus necesidades económicas. Para satisfacer estas últimas, tiene que funcionar la primera. Si el comer es instintivo, no lo es la selección de los alimentos, lo que proviene de la experiencia, y la experiencia es el resultado de una serie de fenómenos psicológicos y fisiológicos. A su vez, dichos fenómenos son determinados en parte, por las propiedades del medio geográfico y en parte por las reacciones cerebrales que llamamos el pensamiento.

Tomando en cuenta todas estas cosas, podemos deducir que todos los actos materiales de la vida, menos los instintivos, factores obran de consumo y recíprocamente.

Otro punto en que la etnografía no puede estar de acuerdo con los intérpretes del materialismo histórico, es la separación que ellos hacen en la doctrina, de los factores constantes y los variables. Pretenden que no toda la vida humana tiene historia, sino sólo aquella parte que es susceptible de desarrollo. Pero esto destruye la realidad. En la vida misma, los factores constantes y los variables constituyen la unidad los hechos fisiológicos lo mismo que los materiales. Toda separación es arbitraria y da lugar a una selección que no es en ningún caso el reflejo real de la vida ni por consiguiente de la historia.

Sobre este mismo punto dice Simmel: «A cada instante los factores constantes y variables de la existencia constituyen una unidad indescomponible en la realidad. Es en los elementos constantes de lo corporal y de lo lógico, de las voliciones y de los sentimientos, de las impresiones sensibles y de las relaciones entre los individuos, es en esos elementos constante que para nuestro conocimiento no tienen «historia» que lo variable tiene su sustancia o sus accidentes; no se podría imaginar un estado al cual el pudiera avenir sin admitir esos elementos durables».

Para justificar esta separación, los defensores de la doctrina enuncian que la concepción materialista de la historia no pretende reducir a condiciones económicas hechos aislados de otra índole. Pero estos hechos aislados son reales y forman una parte integrante de la historia y frecuentemente en sí mismos provocan esa variabilidad histórica. El hecho de que un monarca no sea capaz de procrear hijos puede causar un cambio de dinastía e influir directamente en la historia de un pueblo, de una nación, de un continente ¿Cuántas veces ha sido modificada la historia por los amores de los gobernantes o de los grandes, sugestionados por los intereses o caprichos de las mujeres? Si la digestión de Nerón o de Heliógabalo hubiera sido normal ¿qué influencia no habría ejercido esto sobre los hechos reales de sus reinados y cuántos hechos históricos de aquella época habrían tenido otro desenlace?

No se puede alegar entonces que factores constantes, como la procreación, el amor, la digestión, etc., no influyen en la historia, cuando, a menudo, son ellos mismos los causantes de la variabilidad. Los instintos son también factores constantes y hemos visto de que manera pueden afectar los variables. En tales casos, el separar las dos series resulta en la separación de causas y efectos, entretanto que el objeto mismo de la historia es coordinarlos.

No vemos en todo esto más que un prejuicio obrando en favor de cierta tendencia ideológica. Admitimos la importancia de los factores de la producción y de las necesidades económicas; reconocemos que ocupan una posición predominante en la estructuración social, pero no podemos estar de acuerdo con la exclusividad de estos factores en la formación de la base histórica ni de la omisión de otros factores que también juegan un rol esencial, en el acondicionamiento de esta base.

Como dice Simmel: «Aquí, la doctrina rebaja el valor de su principio metódico, haciéndolo servir por un fin parcial. Este elemento variable, que por sí solo constituye la historia, es lo económico; excluyendo esta doctrina todos los otros, que cons-

tantes en sí mismos, no varían sino cuando están sometidos a la influencia de éste. Tal aserción pone en plena luz hasta qué punto es arbitrario usurpar la directiva para la serie económica, cuando todas las otras series le están históricamente coordinadas. Es por eso que esta teoría me parece necesitar más una discusión psicológica que una discusión de hechos y me parece indicado explicarla por el motivo no teórico que sostiene toda la teoría materialista de la historia. Los representantes del materialismo histórico han sido inducidos, hasta aquí, a dar lo económico como contenido a las formas psicológicas, metafísicas y metódicas de su concepción de la historia, por la tendencia socialista y práctica. Y esto porque para una aspiración socialista, que como tal debe concernir a una gran masa, el interés económico es decisivo, porque no hay otro del cual se esté tan seguro de encontrar en cada elemento... Cualquiera que sean las diferencias que distinguen los individuos entre sí, habrá siempre un interés económico cualquiera que les será común. Una historia que tiene por punto de partida una convicción democrática y socialista será construída desde el punto de vista económico».

Admitiremos de una vez que sin el factor económico no sería posible la vida, pero es igualmente cierto, que, sin los factores psíquicos no habría sociedad o, si la hubiera, sería simplemente mecánica y constante como la de las abejas y las hormigas. La historia es la historia de la sociedad en su desarrollo y evolución y no la historia de la vida como función simplemente fisiológica, por tanto es imprescindible basarla sobre las funciones psíquicas a la vez que las materiales.

Entre los problemas psicológicos que han preocupado a los etnógrafos modernos, el de las ideas religiosas de los pueblos primitivos ha ocupado un lugar preferente. Hubo un tiempo en que se suponía que los pueblos más atrasados no practicaban ninguna forma de religión y que carecían de ideas religiosas. Hoy, sin embargo, se sabe que esto es un error y que por primitivos que fuesen los pueblos, nunca han faltado entre ellos los rudimentos de algún culto y aun entre los restos de la antigüedad de piedra se han encontrado objetos que parecen indicar la existencia de prácticas religiosas.

La falta de una definición universalmente aceptada para explicar las ideas de religión y magia, frecuentemente confundidas en un solo cuerpo de doctrinas, ha dado lugar a muchas controversias que en muchos casos han sido simplemente un desacuerdo sobre las fórmulas usadas.

Los hombres primitivos asumen, en general, dos actitudes

respecto al mundo sobrenatural, el cual, desde los más remotos tiempos, despierta sus temores y su fantasía. Una de ellas es la persuasión, petición o propiciación y la otra, la de coerción, constricción o compulsión. En muchos de sus ritos y observancias no es posible distinguir con claridad cuál de las dos actitudes está presente o dominante. En otros, las dos coexisten una al lado de la otra o se intermezclan. En otros aun, una sola es la única dominante.

Para nuestro propósito emplearemos el término religión para indicar una actitud persuasiva o propiciatoria hacia el mundo sobrenatural y el término magia para señalar aquellas actividades caracterizadas por una actitud coercitiva o compulsiva hacia el mismo mundo sobrenatural. En el sentido en que empleamos los términos, ambos incluyen tres elementos—intelectual, emocional y volitivo. En su fase intelectual, ambos implican o incluyen una fe o una creencia, una filosofía o ciencia. La filosofía o ciencia puede ser muy cruda, vaga e inconsistente, o puede ser muy clara, refinada y lógica, pero en todo caso existe alguna teoría de próximos o últimos causas o procesos. Por el lado emocional, tanto la religión como la magia participan en común de cierta deferencia, temor, afecto o reverencia hacia los seres o fuerzas con que tratan. En cuanto al elemento volicional, ambos incluyen una actitud práctica y discrecional para con las fuerzas o seres sobrenaturales. Este análisis es quizá demasiado simplista para los fenómenos complejos de la religión y la magia, pero en cuanto alcanza, permanece fiel a los hechos que describimos.

Las actividades religiosas pueden dividirse de muchas maneras. Las clasificaremos según la categoría de los seres que deben ser suplicados o propiciados, en cuatro clases principales: *ánimas*, o seres que alguna vez vivieron sobre la tierra como hombres; *espíritus*, seres menores que nunca fueron hombres, pero que pudieron ser fuerzas o fenómenos naturales; *dioses*, ánimas o espíritus que disfrutaban de cierta preeminencia entre sus congéneres sobrenaturales, y el *Ser Supremo* que queda aislado y supremo o un ser *cuasi supremo* a quien se asigna el primer lugar en el mundo sobrenatural. De acuerdo con esta clasificación de seres sobrenaturales hallamos cuatro grandes tipos de religión: el *manismo* o culto de los antepasados; el *animismo*, o culto de los espíritus; el *politeísmo* o culto de los dioses y el *monoteísmo*, o culto de un Ser Supremo.

Monoteísmo, en su sentido estricto, es el culto de un Ser Supremo, concebido como el Creador único y dominador supremo del universo. Excluye y es intolerante de la creencia en

y el culto de otros seres o fuerzas estimados como más o menos independientes en origen o en poderes del Ser Supremo. Entre muchos pueblos primitivos y civilizados, el Ser Supremo se concibe más bien como un ser cuasi-supremo, uno quien, de modo general, es el hacedor (en sentido material) del universo, pero no necesariamente de todo lo que en él existe; su culto no es exclusivo, sino admite y tolera los ritos y observancias manistas, animistas o mágicos y sus relaciones con las leyes morales es a menudo tan ínfima que puede considerarlas como no existentes.

Cuando hablamos de ánimas, espíritus o seres cuasi-supremos, éstos no deben concebirse en forma puramente espiritual o incorpórea. Empleamos aquellos términos para hablar de los seres invisibles, porque en las lenguas europeas modernas no tenemos otras que expresen ni siquiera aproximadamente, el concepto indígena. Ni alma, ni fantasma, ni sombra, ni espíritu interpretan exactamente la idea. En primer lugar, el primitivo no imagina ningún ser completamente espiritual. Materializa todas sus impresiones o imágenes mentales. Estas entidades pueden ser invisibles para sus ojos, sin embargo existen. Si existen, deben tener forma, luego son corpóreos. Las dota de volición y las imagina capaces de hacerse sentir en el mundo de los vivos. Generalmente las viste de sus propios sentimientos y atributos, pero, además, tienen otros atributos y poderes de que carecen los hombres. Su invisibilidad es voluntaria y cuando así lo desean pueden hacerse ver y sentir. El primitivo las pinta a veces con forma humana y a menudo como monstruos. Son todas enemigos potenciales más dispuestas a hacerle daño que bien. En general las teme y hace lo posible para aplacar o propiciarlas y de ganar, de cualquiera manera, su buena voluntad y protección.

Para el hombre primitivo, estos seres son reales. No los ve, pero se hacen sentir de mil maneras. Una avenida de agua borra su camino; una larga sequía arruina sus siembras o hace morir su ganado o aleja los animales de que depende su caza; un incendio destruye su hogar, una falsa pisada le troncha el pie; todos estos y muchos acontecimientos análogos le sucede a cada paso de su vida y para él no son accidentes fortuitos, que dentro de su concepción no existen, sino directamente provocados en su contra por dichas entidades.

Respecto de las ideas religiosas de los primitivos, no debemos perder de vista un hecho que es de primera importancia en la interpretación de los acontecimientos que forman la historia de tales pueblos, y es que casi siempre se entremezclan

de una manera inextricable e íntima en todas las acciones y preocupaciones de su vida diaria. Son religiones vivas, inseparables de su organización social y ocupan un lugar mucho más real en su vida que las religiones deístas de los pueblos civilizados.

La forma de religión que parece ser la más antigua era un tipo primitivo del animismo. Cierta escuela habla de un período preanimista, en que existía sólo la magia, pero no creemos que esta opinión puede substantiarse, a pesar de la defensa de sus sostenedores. Siempre al lado de la creencia de los hechizos, de origen humano, existe un concepto de algunos seres sobrenaturales, invisibles, pero existentes y esto constituye el animismo. Aun los australianos, que se han citado tan a menudo como pueblo que existe en el estado preanimista, creen en seres sobrenaturales que producen los fenómenos naturales como las lluvias, los vientos, los rayos y el trueno. Hay hechos que ni ellos pueden atribuir a los hechizos ni a los poderes humanos. Esto en sí constituye una forma primitiva del animismo.

Los pueblos más primitivos creen que todo objeto tiene su espíritu propio, variando sus poderes en relación directa con su actividad o inercia. Los espíritus de las cosas inanimadas, salvo que estas fuesen anormales, no se temían tanto como los de seres vivos, ni los de los seres u objetos que se veían todos los días, tanto como los de cosas poco conocidas o extrañas. Estos se dotaban de poderes sobrehumanos en proporción a su poca frecuencia. Lo desconocido o lo anormal era siempre potencialmente más peligrosa y debía temerse y evitarse en cuanto fuera posible.

Pero estas ideas no eran corrientes entre los pueblos cuya mentalidad y cultura eran más desarrolladas. Ellos creían igualmente en los espíritus, pero no ya que cada objeto tuviera su espíritu propio. En cuanto a la naturaleza y a los seres que la poblaban, se había formado distinto concepto. Los animales y otros seres vivos, al igual de los hombres, tenían espíritu, pero no así los objetos inanimados, aunque éstos podían cobijar, con ocasión un espíritu cualquiera. Pero para ellos existía otra clase de espíritu, que a falta de otra denominación, podemos llamar *espíritu específico*, por cuanto representaba toda una especie. Por ejemplo, en vez de haber un espíritu para cada árbol, como antes, ahora había un espíritu de los árboles, de las fuentes, de los cerros, etc.

Entre los espíritus había muchos que eran las ánimas descarnadas de seres humanos y animales y otros muchos eran espíritus de la naturaleza y un sinúmero que no participaban de

ninguna de estas características, sino que eran informes o monstruosos, según la imaginación de los distintos pueblos que creían en ellos. Por lo general eran todos malévolos o indiferentes y la principal preocupación de cada individuo era de precaverse de ellos y esto lo hacían de una variedad de maneras, muchas de ellas mágicas.

Pero algunos de los espíritus eran protectores de los hombres y eran sus seres tutelares. Principales entre éstos eran los de sus antepasados y en especial el primero de ellos, el fundador de la línea o estirpe. Venían en seguida los de sus tótemes o aliados de la familia o casta. Algunos de estos eran animales, otros, fuerzas de la naturaleza etc. Ocupando un lugar inferior estaban los espíritus que, por medios mágicos, habían captado y encerrado y que constituían sus fetiches. Una gran parte de dichos espíritus tenía su morada permanente o temporal en los objetos inanimados de la naturaleza circundante.

La preocupación de la mente indígena era la de procurar la buena voluntad de algunos espíritus y desvirtuar la malevolencia de otros que podrían perjudicarlos. Este resultado se lograba muchas veces por medios mágicos. La magia era para el primitivo una fuerza real y verdadera. Cada individuo tenía cierta capacidad para efectuarla y sus métodos eran más o menos eficaces según la persona. Cuando la magia personal no producía los efectos anhelados, el indígena recurría a algún mago o hechicero profesional o bien a la magia colectiva de una de las muchas sociedades o cofradías que existían en toda comunidad de alguna importancia. Se suponía que éstas podían influenciar ciertas clases de actividades y a menudo modificarlas o suprimirlas.

Las influencias mágicas no sólo se extendían a los espíritus que habitaban los objetos de su contorno, sino a aquellos también a cuyo cargo estaban los fenómenos naturales, como la lluvia, el granizo, la nieve, el trueno, el rayo, los temblores, el calor, el frío, etc. Todos los espíritus poseían atributos sobrehumanos, a veces sobrenaturales, y los hombres, por medios mágicos podían persuadir u obligar que se usasen estos poderes en su provecho, o para contrarrestar la malevolencia de los que obraban en su detrimento.

Si tomamos en cuenta todos estos hechos y examinamos la importancia que asumen en todos los actos de la vida de los pueblos poco civilizados modificando su modo de proceder, formaremos una idea más exacta de cómo las ideas o las reacciones psíquicas influyen fundamentalmente en la ejecución de

acciones materiales aun las económicas, sin que las últimas puedan en ningún caso desprenderse de las primeras.

¿De qué manera ha podido la etnografía obrar en conjunto con el materialismo histórico? Desde luego, la etnografía comparada ha podido dilucidar que, a pesar de las divergencias de carácter y de idiosincrasia de los pueblos poco civilizados, debidas al clima, a la historia, y al medio físico, existen también caracteres generales comunes a todos esos pueblos que los oponen a todos los pueblos de la antigüedad clásica y del mundo moderno, que han alcanzado un grado superior de desarrollo. Desde el punto de vista de la religión, de la moral, del derecho; en el terreno económico, en lo que se refiere a la organización de la familia o del clan, por todas partes se descubren entre los no civilizados, sorprendentes semejanzas, que, al parecer, permiten ciertas conclusiones generales acerca de la evolución del pensamiento humano.

Pero, aun cuando hablamos de pueblos primitivos o no civilizados, no podemos suponer que por muy sencillos y más cerca de la naturaleza que se encuentren, que no hayan sufrido ninguna evolución y que en circunstancias favorables no pueden evolucionarse aun más. «Es poco lógico suponer, sin una demostración rigurosa que el desarrollo de la humanidad ha debido ser idéntico y rectilíneo en todas partes, adelantándose los más favorecidos un poco más por el camino del progreso, retrasándose, deteniéndose las demás desde las primeras etapas; todos empeñados, sin embargo, en un mismo camino cuyo trazado podría reconstruir en detalle el historiador, jalonando los puntos ocupados por los retrasados» (1).

No olvidemos lo que observa Graebner, que «cada vez vemos con mayor claridad que las formas culturales de los pueblos salvajes no representan fases distintas de una misma evolución, sino evoluciones múltiples, hererogéneas entre sí» (2).

Si nos apartamos de los primitivos de la actualidad y remontamos el curso de la historia, veremos que en las más remotas fases de su larga evolución, los pueblos clásicos de la antigüedad, los semitas, los egipcios, los habitantes indígenas de la Hélade y de Italia, obedecían también a leyes mentales distintas de las que nos rigen a nosotros. Si comparamos estos resultados con las conclusiones de los etnógrafos, veremos que algunas de las características esenciales de la psicología de las menos civilizadas de las tribus actuales son las mismas que las de los pueblos arcaicos cuyo esfuerzo laborioso creará las gran-

(1) Kreglinger, Ricardo. Ob. cit.

(2) El mundo del hombre primitivo.

des civilizaciones de la antigüedad. De este modo se puede hablar de la anterioridad y la sucesión de las etapas culturales, clasificar estas antiguas civilizaciones con relación a las demás y considerar las instituciones de la más antigua como iniciadoras de las más recientes. Esto hace resaltar la importancia de la etnografía comparada y la necesidad de incorporarla en la doctrina del materialismo histórico. Tampoco puede descuidarse de la arqueología, porque, si es cierto que su documentación es más escasa, que existe en ella muchas lagunas y que sus datos son, a menudo, difíciles de interpretar; sin embargo, su resultados positivos han sido de gran utilidad para la ciencia. Por medio de ellos se han podido resolver problemas que parecían insolubles y se ha podido establecer por sus investigaciones, que, en la antigüedad se hallaban pueblos muy parecidos a los primitivos de hoy, con semejantes costumbres y con una cultura material casi idéntica. De esta manera los investigadores modernos han podido convencerse que el estudio de los pueblos primitivos, actuales pueden poner en claro la historia inicial de las antiguas civilizaciones, completando el conocimiento de ambos. No basta estudiar una sola tribu o un solo pueblo, por más completo que sea el examen, porque con estos datos solos, no se podrá sacar conclusiones generales; es preciso reunir y comparar el conjunto de hechos recogidos en todas partes del mundo, en todos los pueblos y en todas las épocas, si queremos señalar las analogías y las divergencias, sin incurrir en grandes errores o contradicciones. Y aquí cabe una observación muy justa de Kreglinger, quien advierte que «las monografías consagradas a los no civilizados, son innumerables y proporcionan múltiples datos, hasta el punto de que *el teórico precipitado hallará fácilmente entre, ellos hechos que corroboren sus doctrinas preconcebidas, sin contar que es grande la tentación de no tener en cuenta, sino aquellos que le favorecen*» (1).

Pues bien, la experiencia nos ha demostrado que si se han tomado todas las precauciones indispensables, se pueden lograr resultados positivos que nos ayudan a comprender mejor la concatenación de la historia, tanto en su aspecto material, como en su esencia psicológica. Sin perder de vista las diferencias innegables, sin ceder al dogmatismo imprudente que en todas partes quisiera hallar ideas e instituciones idénticas, la etnografía ha sacado a luz analogías suficientes para que podamos hablar sin exageraciones de una mentalidad primitiva, distinta de la nuestra, cuyas características son las mismas hoy como en los tiempos más remotos.

(1) Kreglinger, Ricardo. La Mentalidad Primitiva, 1921.

Sin tener muy en cuenta esta diferencia de mentalidad no es posible comprender la manera cómo los conceptos de los primitivos se desarrollan, la que es casi siempre de una forma muy diversa de la que esperamos. Así resulta que, a menudo, las costumbres a que nosotros damos cierta interpretación, derivada de nuestra propia mentalidad, significan para el primitivo algo muy distinto. En el curso de este estudio hemos llamado la atención a varias de estas diferencias de interpretación, pero quedan otras innumerables que sería largo enumerar.

Se puede, sin temor de incurrir en errores, indicar otras dos importantes características de la mentalidad primitiva. Es en primer lugar colectiva. El hombre primitivo, es desde que nace, esclavo del grupo a que pertenece, el cual le impone sus costumbres, sus creencias, su género de vida, etc. Hasta en su matrimonio y en sus amores le limita a escoger mujer en ciertos medios determinados. Los miembros del grupo reconocen una solidaridad en todas las esferas de la vida. De las faltas del individuo se siente responsable toda la comunidad, la generación actual, como también las generaciones venideras. El grupo, pues, es el centro de todas las preocupaciones del primitivo.

La mentalidad primitiva es también esencialmente materialista, aun en sus ideas religiosas. El primitivo materializa todos sus pensamientos. Cada cualidad o atributo se le aparece como una cosa real, independiente del objeto mismo, pero formando parte de su contextura. Estas cualidades concebidas como materiales podrán abandonar el objeto, trasladarse a otra parte y aun ser adquiridas por el hombre, siempre por procedimientos materiales, como la manducación, acercándose simplemente a los objetos o seres que las contienen, frotándose contra ellos o por muchos medios. Todo individuo posee una materia semejante que representa el conjunto de sus cualidades. Esta materia impregna todo su ser y cada parte de él, cuyas propiedades persisten en todas ellas, aun cuando por cualquier motivo son separadas de su cuerpo. El miembro, el cabello, la uña, cortados, siguen participando de estas mismas cualidades y el individuo sufrirá las mismas mutilaciones o afrentas que se infligen a éstos si caen en manos de algún enemigo. Al cortarse el cabello o las uñas, el primitivo guarda con el mayor cuidado, las porciones cortadas, en alguna parte que estima al abrigo de cualquiera tentativa malévolas.

Esta cualidad material, propia del individuo, se extiende a todos los objetos de su uso personal, sus prendas de vestir, sus armas, sus adornos, etc., y aun a todas las huellas que deja a su paso, como las pisadas, las impresiones de sus manos o de

cualquiera otra parte de su cuerpo y sobre todo se la considera íntimamente ligada con su sangre.

En todas partes el primitivo cree en substancias, donde nosotros no vemos más que cualidades o propiedades. No hay para él, hombres sabios o fuertes, virtuosos o viciosos por sí. Existe la sabiduría, existen la fuerza, el vicio y la virtud, que pueden incorporarse temporalmente en un hombre, pero conservan su individualidad y pueden en cualquier momento abandonarle para instalarse en otra parte. Comer la carne de un animal fiero y valeroso es adquirir su valor; consumir el cadáver de un viejo de experiencia es adquirir su sabiduría. Sucede lo mismo con las otras cualidades individuales; pueden incorporarse a la persona y adquirirse por operaciones igualmente físicas, por el contacto cuando son objetos inánimes y sobre todo por la ingestión de las carnes que parecen ser el asiento cuando se tratan de seres vivos.

La substancia personal puede cambiarse. Entre muchos pueblos primitivos, incluso los antiguos araucanos y peruanos, para formar una alianza de amistad permanente, se solía extraer unas gotas de sangre de pequeñas heridas infligidas mutuamente, mezclarlas en una copa y beberlas, o bien cada uno lamía la sangre que brotaba de la herida del otro. Creían que así vivirían una misma vida y que se iniciarían relaciones de amistad indisoluble. Los jefes de tribus hacían o sellaban sus alianzas de igual manera, o bien participaban de una misma comida, o cambiaban regalos por los cuales transmitían una parte de su propia personalidad. La costumbre de comer sal, tan repartida como garantía contra toda traición, no es más que una forma de esta práctica.

En los mismos principios descansan la sociedad y modifican, a veces considerablemente las fuerzas productivas y los factores económicos, sin que puede decirse que se derivan en «último análisis» de estos, pues coexisten y obran de distinta manera, sin sujetarse al medio geográfico, género de vida o necesidad material, por más que sus manifestaciones sean materiales como también su concepción en las ideas del primitivo. Sin embargo sabemos que no son más que ciertas expresiones de la mentalidad, conceptuadas de una manera distinta a las nuestras.

«El grupo social es una unidad en la cual todos los miembros participan de una misma substancia. Ritos periódicos, sobre todo de comensalidad, mantienen y refuerzan estos lazos sociales; hechos todos de la misma carne (por la consanguinidad), todos se hallan animados por los mismos sentimientos, sienten iguales esperanzas, reaccionan unidos contra los peligros que

los amenazan, se consagran al interés general. Conservan pura esta substancia social, preservarla contra toda contaminación, he aquí una de las preocupaciones esenciales de la política primitiva» (1).

Las comidas en común, especialmente el sacrificio y manducación del animal tótem por toda la comunidad, era uno de los mejores métodos de conservar intacta esta substancia social. Esta idea se conservaba en la antigua Grecia, entre los cretenses, los espartanos y los atenienses, quienes proclamaban que la república depende de estas comidas en común. En la antigua Italia, se excluía de la vida social y del ejército, aquel a quien una ausencia o una enfermedad hubiera impedido tomar parte en una de estas comuniones periódicas, en que se renovaban los lazos tribales. El forastero, por otra parte, es un enemigo potencial de quien se desconfía y la etiqueta que reglamente su recepción tiene justamente por objeto hacer menos temible su proximidad; no será nunca inofensivo hasta que por medio de una comida en común se haya incorporado la misma materia de que comparten los miembros de la tribu.

La creencia en dicha fuerza material personal, motiva un sinnúmero de ritos, costumbres y reservas que, sin conocer esta fase de la mentalidad primitiva, serían completamente inexplicables y nos parecerían ridículos. Sobre todo, auspicia ese estado que Marett (1) ha llamado *preanimístico*, el que, según Graebner se manifiesta en la creencia mágica y el uso de los hechizos.

Los primitivos ignoran la naturaleza y las causas de las enfermedades y, en consecuencia, las consideran lo mismo como la muerte, el resultado de un hechizo. De ordinario se cree que alguien ha introducido en el cuerpo del enfermo un objeto, casi siempre sólido y duro, en todo caso material. Por consiguiente, es preciso expulsar del cuerpo esta causa material de dolor y malestar. Y esto se consigue por medios también materiales, como frotaciones, masajes, succiones y a menudo por cortes efectuados en la piel o en la carne, sobre todo cuando está hinchada.

La estrecha asociación que hemos observado entre la cualidad personal del ser y todo lo que ha sido parte de él o de su propiedad íntima, es uno de los fundamentos de la magia simpática. Muchos pueblos primitivos creen que para perjudicar a un enemigo, se puede emplear una imagen o representación suya, o mejor aun un cabello, un pedazo de su vestido o de

(1) Marett, R. R. *The threshold of religion*. 1909.

algo que ha estado en íntimo contacto con él. Como todas estas cosas participan de la cualidad personal de él, por reflejo, todo lo que se hace a una de ellas repercute en la misma forma sobre su persona. Para introducirle por hechizo trocitos de cuarzo en su cuerpo, basta hundirlos en sus pisadas. El objeto que utiliza para representar a su enemigo, a quien tuesta al fuego o ahoga en el agua, a fin de producirle la enfermedad o la muerte, es el sustituto, en su imaginación es el enemigo, y para él, la asociación es perfecta. De esta manera, cualquier objeto, aunque elegido arbitrariamente, puede reemplazar a la persona a quien se quiere hechizar. La representación queda en la imaginación del primitivo, tan fuertemente asociada a esta expresión sentimental, que el objeto inanimado se identifica, para él, completamente con el enemigo. De aquí que sea posible ejecutar la acción hostil como acción mágica, aun cuando no hay ningún objeto material intermediario. Así, algunas tribus apuntan y blanden en dirección de la víctima un hueso o madera aguzada, al tiempo que maldicen e invocan el género de muerte que quieren para su enemigo.

La creencia en los hechizos se extiende a la caza. La costumbre de dibujar en el suelo una imagen del animal o ave que se quiere cazar y alancear esta imagen, garantiza una buena cacería. El mismo resultado se alcanza representando por la mímica una cacería o la pieza que se va a cazar. La misma manera de discurrir se encuentra en otras formas de hechizo. La asociación aparece clara en el hecho de que los wakelbura de Australia dan de comer a sus niños la lengua de una lagartija para que aprendan a hablar rápidamente. La costumbre extendida por toda la Australia, del endocanibalismo, descansa en parecidas ideas. Puesto que al comer a un semejante se asimilan las propiedades del comido—fuerza juvenil, prudencia, etc.—se comen a menudo, niños y también ancianos.

La religión de los primitivos es también una aplicación de estos mismos principios y en este respecto tenemos algo que decir del concepto de *mana*, nombre que ha figurado tanto en las discusiones sobre los orígenes e historia primitiva de la religión, desde fines del siglo pasado. La palabra misma, como también la primera y más importante descripción del concepto, nos llega desde la Melanesia (1).

Sin embargo, en muchas otras partes del mundo se encuentran vigentes los conceptos fundamentales que encierra, aunque difieren en detalle de un pueblo a otro. La idea misma es en mu-

(1) Codrington, R. H. *The Melanesians*. 1891.

chos respectos vaga, nebulosa y elusiva, por no decir contradictoria e inconsecuente. Pero si dejamos a un lado estas nebulosidades e inconsistencias y diferencias locales, la idea céntrica de *mana* parece ser la de una energía más o menos impersonal y mística, una especie de poder preternatural, inmaterial, pero dinámico, que se adhiere a las cosas o puede ser apropiado por los seres y que produce efectos más allá que los límites ordinarios de los procesos naturales y de los poderes humanos.

El concepto de *mana* en su forma variante y local, aparece como una tentativa incoherente, no muy clara ni consistente, por parte de los metafísicos y científicos primitivos, de concebir una explicación racional de la manera cómo la magia produce sus resultados sobrenaturales. El concepto es muy extendido en el mundo, pero no tenemos ninguna prueba que haya sido universal, aunque Kreglinger dice que se ha hallado en todos los pueblos sobre la superficie entera del globo.

Al estudiar el cosmos, el primitivo encuentra que ciertos objetos o fenómenos poseen entre otras cualidades, un vigor una vitalidad, una fecundidad anormales y advierte una substancia que les confiere estos poderes poco comunes. Poder temible y misterioso, funesto a todos los seres débiles, que sean incapaces de resistir a su acción. Poder saludable también para aquellos que pueden utilizarlo y beneficiarse personalmente de todas las virtudes que se suponen en él.

Este poder o *mana* de los melanesios, que se llama *wakan* entre los dakota, *manitu* entre los algonkines, *tin* entre los anamitas, *lunyensu* entre las tribus de Africa Central, *kami* entre los japoneses, es la *numina* de los antiguos romanos, el *brahma* de los hindúes, el *pneuma* de los estoicos. Es una influencia que no es física, pero que sólo se manifiesta en los cuerpos materiales, sin hallarse nunca, sin embargo, ligado a ninguno de ellos de una manera permanente e inseparable.

Este poder misterioso, cósmico, e impersonal, que se manifiesta en todos aquellos objetos que inspiran cierta veneración, se trasfunde en el hombre también por los sentimientos de la inquietud, de respeto, de temor que experimenta en ocasiones solemnes. Circula a través de todas las cosas, los astros y los elementos, los dioses y los hombres; es el principio de todo lo que se mueve, de todo lo que vive, de todo lo que se agita, poder del cual no se hallan igualmente dotados todos los seres, pero que se incorpora particularmente a la persona de los sacerdotes y los hechiceros, o bien en objetos que el hombre venera y que precisamente a causa de su presencia considera como divinos, poder que por otra parte no es personal, sino una materia inorgánica.

Era este mismo poder que los israelitas llevaban en el arca, al tocar el cual, cayó fulminado Oza.

Por todas partes en las religiones primitivas hallamos el mismo concepto—nada de dioses personales, sólo el *mana*. La noción de esta fuerza o poder, el materialismo religioso, es una aplicación, entre muchas, de ese carácter fundamental de la mentalidad primitiva, que la lleva a suponer substancias, más o menos materiales, donde nosotros no vemos más que propiedades o cualidades.

Fuerza misteriosa, el *mana* aniquila al hombre que se acerca impunemente a los cuerpos que la tienen, como hemos visto en el caso de Oza. Tendrá que mantenerse a distancia de ellos; para él son *tabu*. La muerte, la enfermedad, la ceguera le amenazan cada vez que falte a las reglas que le son impuestas a este respecto. Pero si logra el hombre inmunizarse contra esta materia misteriosa, si mejor aun, logra utilizarla en su provecho dirigir conform a su interés las fuerzas formidables de que se siente rodeado, gozará a su vez de poderes ventajosos, dominará la naturaleza y la someterá a sus fines (1).

Aquí entonces, tenemos un concepto, bastante, sino universalmente repartido entre los pueblos primitivos, que, por medio de los *tabu*, restricciones, prohibiciones y temores, circunda la vida de aquellos hombres y obra como un freno sobre sus deseos, sus pasiones y aun sus necesidades. Es otro de aquellos factores psíquicos que modifican y limitan el libre ejercicio del factor económico, en ciertas ocasiones. Aun cuando el primitivo lo conceptúa en forma material, porque materializa todos sus pensamientos, se trata de un fenómeno psíquico que no proviene de ningún factor material, pero que, sin embargo, influye considerablemente en el establecimiento de la verdadera base de la estructura social. Motiva en gran parte una serie de ritos y observancias; es una de las principales causas de la iniciación de los púberes y de muchas ceremonias que, sin una comprensión de esta condición psíquica, nos parecen absurdas y fútiles. Es uno de los principales fundamentos de la magia y explica los éxitos y fracasos de los magos, cuyas operaciones son generalmente medios para influir o someter este poder en algunas de sus muchas manifestaciones.

Con todo, esta creencia en el *mana* no constituye una verdadera religión, pero es una de las causas iniciales de todas las religiones y como tal, un factor de suma importancia en el estudio de la mentalidad indígena.

(1) Kreglinger, Ricardo. Ob. cit.

En este ensayo hemos tocado someramente algunos de los problemas y fenómenos sociales que la etnografía moderna nos presenta y que, hasta ahora, no han sido incorporados de una manera eficiente en la doctrina del materialismo histórico. Sin embargo, es imposible coordinar los conceptos acerca de los orígenes históricos de los pueblos y de la humanidad, sin tomarlos bien en cuenta. El omitir cualquiera de ellos da otro contenido, necesariamente falaz, a la historia. Ha sido costumbre de los historiadores, dar muy poca importancia al estudio de la organización social de los pueblos primitivos. Han aceptado, sin mayor examen, ciertos postulados, generalmente especulativos, sobre la evolución de la sociedad de los pueblos considerados por ellos como salvajes, y los han copiado unos de otros, para encuadrarlos como una especie de introducción obligada a sus tratados, iniciando el verdadero estudio de sus temas con las civilizaciones clásicas o preclásicas, sin preocuparse mayormente de la evolución anterior de la humanidad. Se han encontrado con una serie de fenómenos sociales que cada uno ha traducido a su modo y en conformidad con las teorías que deseaba exponer. Según la manera de traducir dichos fenómenos era también la interpretación que daban a las supuestas formas sociales primitivas, casi siempre establecidas *a priori*, sin una previa investigación de los hechos fundamentales.

Hoy, no es procedente continuar así. La etnografía ha salido en ayuda de la historia, proporcionándola un enorme acopio de datos y hechos fidedignos, que presenta una nueva base para toda la estructura histórica y no hay disculpa para no utilizarlo. toda la estructura histórica y no hay disculpa ninguna para no utilizarlo. La aplicación de estos datos a la reconstrucción de los fundamentos sociales, da un nuevo contenido a toda la historia de la sociedad, cualquiera que sea el aspecto estudiado. Esto lo hemos visto en cuanto al aspecto económico y es igualmente exacto si los aplicamos a cualquier otro.

Es con el objeto de señalar la diferencia entre los conceptos especulativos del siglo pasado y los más positivos y objetivos de hoy, que hemos criticado la obra de Engels, porque la mayoría de los marxistas, hoy más numerosos que nunca, como también los partidarios del materialismo histórico, todavía aceptan dicho libro como clásico inatacable, reproduciéndose nuevas ediciones, sin ninguna modificación. No culpamos al autor los errores que se hacen aparentes en él. Es difícil ver cómo, en el tiempo en que escribió, pudo haber llegado a conclusiones más exactas, pero, en la actualidad, necesitamos algo más moderno y más en línea con los conocimientos actuales.

En cuanto a la aplicación de las enseñanzas de la etnografía a la doctrina del materialismo histórico, sólo la afecta en algún grado, en cuanto al rumbo imprimido a ella por los principales escritores marxistas quienes la han utilizado más con el propósito de afianzar una ideología que en buscar las verdaderas bases de la historia, sin prejuicios. Sin embargo, lo que sorprende es que los fundamentos mismos de la doctrina expuesta de una manera dispersa en las obras de Marx y Engels, han sufrido muy poco por las críticas y abusos a que han sido sometidos. Con ligeras modificaciones quedan firmes, a pesar del gran avance de las ciencias y de las ideas, si les quitamos todo el envoltorio de sofismos usados por los que han tratado de utilizarlos para determinados fines.

Como método, el materialismo histórico es también excelente, toda vez que se lo aplica sin prejuicios y sin la intención de valerse de él para comprobar teorías preconcebidas. Sin duda debe valerse, en todo caso de las más recientes investigaciones de la etnografía y aun de la arqueología, la que correlaciona la vida de los antiquísimos pueblos, largo tiempo desaparecidos, con los cuya historia nos es más conocida. También va sin decir que los conocimientos actuales y las interpretaciones que hoy damos a los fenómenos sociales, serán mañana caducos y habrá que renovarlos. Toda evolución, lo que hoy parece ser verdad, mañana se estima falso así que es peligroso dogmatizar y sólo se pueden presentar los hechos que se conocen al momento y las deducciones que se cree poder sacar lógicamente de ellos, sin preocuparse mayormente de lo que tendrá que decir el futuro.—RICARDO E. LATCHAM.

Santiago, Abril 30 de 1933.

«REDESCUBRIMIENTO DE DON JUAN»

Ciertos escritores sepañoles no han podido ver con total indiferencia, que una de las creaciones más geniales de su literatura—Don Juan—haya sido tratada sin miramientos por plumas autorizadas.

Escritores de muy diversas tendencias como Ortega y Gasset y Pío Baroja, han puesto muy en claro, que don Juan representa algo más que el personaje clínico y el mito sexual de que nos hablan Marañón y Ramiro de Maeztu.

Ortega y Gasset, a quien se le ha llamado el Don Juan del espíritu, y cuya afición erótica por los temas más variados, ha sido señalada por el crítico alemán Curtius; si no ha defendido al héroe sevillano en el terreno en que lo ha situado Marañón, por lo menos ha demostrado en algunas ocasiones cierta cordialidad al interpretarlo.

«Don Juan en el hombre que ante la mujer no es sino hombre; ni padre, ni marido, ni hermano, ni hijo.» (Notas, página 119).

«Don Juan es como Don Quijote, un héroe poco inteligente: posee ideas sencillas, tranquilas, retóricas, que casi no son ideas, que más bien son párrafos». («Espectador». Tomo VI, página 186).

Aunque parezca raro, es Pío Baroja, médico y novelista, uno de los que ha situado a Don Juan en otro plano que el de la fisiología.

«Al salir de la Edad Media y al comenzar la vida moderna en las sociedades europeas se levantan en contra de la disciplina férrea, rígida, establecida por Roma a base de la Biblia y los demás artefactos de dominación semítica, tres figuras o símbolos. La figura del Norte es Fausto, el Fausto legendario luego transmutado en Hamlet. Esta figura encarna el libre examen, el intelectualismo, la teoría. La figura simbólica del Sur es Don Juan. Es la protesta de los instintos eróticos, la afirmación, sin teorías, de la libertad del placer. Entre el norte y el Sur se yergue el tipo del aventurero, del caballero andante, y su caricatura genial, Don Quijote».

«En España no contamos, quizá, con la gran representación de la figura nórdica e intelectual, aunque el Segismundo de «La vida es sueño» tiene mucho de ella. El protagonista del «Diablo mundo», de Espronceda, es también, aunque en menor escala, de la familia fáustica. Si ese símbolo nórdico del libre examen, Fausto—Hamlet no tiene gran encarnación entre nosotros, las otras dos figuras transcendentales, Don Juan y Don Quijote, son genuinamente españoles». (Conferencia en un Cine-Club).

En realidad hasta ahora se ha prestado demasiada importancia a la carne de Don Juan y muy poca a su esencia y espíritu, o como dice Royo-Billanova y Morales:

«Todo lo más que han hecho, la fisiología, la anatomía y patología médicas, al aplicarse en el estudio de Don Juan, es penetrar más o menos profundamente en el cuerpo de su espíritu hecho carne, pero no en su alma misma».

El libro de este autor constituye una defensa de Don Juan, y parece haber sido hecha por un abogado y no por un médico.

Defensa cálida, llena de frases brillantes y entusiastas, aunque no siempre convincentes. No analiza a su personaje, sencillamente lo defiende, porque está íntimamente convencido de su significado y de su valor simbólico.

Si los enemigos de Don Juan hablan de « complejos de inferioridad », de afeminamiento, de insuficiencia viril, Royo Villanova nos habla de « voluntad de poder », de « superhombre » nietzscheano de representación nacional, etc.

El autor hace un interesante recuento de todos los Don Juanes que ha aparecido en la historia. Registra un Don Juan sanguinario como Barba Azul, un Don Juan prosaico como Landrú, un Don Juan vulgar, como los seductores de las comisarías y de los juzgados de guardia. Un Don Juan médico, el que el autor ha estudiado en su libro: « Los médicos don Juanes » (Villadolid, Librería Santarén, 1931).

El Don Juan afeminado y dudoso de los salones, los donjuanes nouveauxriches. Ultimamente han aparecido en todo el mundo dos nuevos tipos de Don Juan: el Don Juan deportivo de estadio o de « ring » y el Don Juan de cine. Ahora—anota el autor—con la concesión del voto a las mujeres, surge unanueva modalidad: el donjuanismo político. Pronto tendremos el Don Juan radical, el socialista, el demócrata y el anarco-sindicalista.

Royo-Villanova acepta la defensa de Don Juan en todos sus aspectos, exceptuando uno solo, el mismo en el que lo ataca de preferencia Marañón.

« Lo supremamente importante en la figura de Don Juan es su ser esencial y lo más despreciable es su sintomatología donjuanesca, sobre todo la de orden clínico. Su vida privada se halla realmente desprovista de interés. En cambio la vida espiritual de su gran espíritu es el símbolo de todo nuestro pueblo. » (página 53).

« El triunfo de Don Juan es el triunfo más humano, porque es un triunfo del orgullo. Es el instinto de Yó (Nietzsche); es la voluntad de poderío (Jung, Adler) y esta fuerza constituye la rúbrica personal de todos sus gestos ». (página 129).

A ratos las páginas del médico español parecen leídas en una asamblea:

« Don Juan es nuestro, es de España, es español, el más genuinamente español de todos los españoles. Si no fuera enemigo de las fórmulas y de las definiciones, yo lo definiría diciendo que es el precipitado psicológico del espíritu nacional; el átomo más importante de nuestro inconsciente colectivo; la fórmula abreviada—abreviadísima—de nuestra apariencia social; el compuesto... etc., etc. »

Royo-Villanova dice y grita, rara vez analiza o discute. Su trabajo es casi un alegato producido por la indignación. Sin embargo y por eso mismo, su libro es ameno y hay en él muchos aciertos.

«Don Juan, como toda leyenda poética, tiene una fuerza popular enorme, indestructible, porque es la primera figura mística, histórica, que encauza con fuerza indestructible la aspiración del hombre». (página 23).

«Todos los donjuanes extranjeros, no son, no podrán ser nunca descendientes directos—y, en cierto sentido, ni aún indirectos—del verdadero Don Juan, que—volvemos a repetir—es genuinamente y fundamentalmente español». (página 12).

«La mujer española, sometida a las susceptibilidades de la intriga mediterránea, se consume en la espera del amor aventurero y en el temor—que ardientemente desea—del drama fatal que ha de seguir». (página 127).

«El pecado capital, específico del verdadero Don Juan, no es pues la vanidad, sino el orgullo, ya que no distingue entre la «princesa altiva» y «la que pesca en ruin barca». (página 129).

«En los tiempos que ahora corren, hay que reconocer que Don Juan, todos o por lo menos la mayoría de los donjuanes, sólo pueden tener éxito en España, donde la mujer se encuentra en un lamentable estado de educación sexual». (página 123).

En este «Redescubrimiento . . .» se defiende a Don Juan con más intención de dejarlo bien puesto que de descubrir su esencia. Sin embargo la posición del autor es mucho más ancha y total que la de otros escritores españoles que han tomado al ilustre personaje sólo en sus momentos más ingratos.

Y aún cuando las mejores plumas de la Península tratan de canjear sus ideas y su historia por ideas e historia europeas, siempre las habrá más modestas que defendiendo lo nacional, con poco mérito, a todo trance, y aún con argumentos aparentemente pobres y antojadizos, estén mucho más cerca de la verdad de su tierra. Don Juan, personaje español, tienen su verdad española, y sólo una ciudad en que caben íntegras sus mejores aventuras, su castigo y su muerte: Sevilla. Don Juan es Sevilla y Sevilla Don Juan. Ya lo dice el poeta granadino Federico García Lorca:

.....
Y loca de horizonte
mezcla en su vino
lo amargo de Don Juan
y lo perfecto de Dionisio
(Sevilla, «Canciones»).

Anotemos de paso que no siempre parece conveniente analizar creaciones literarias con instrumental clínico. Nos quedaríamos con que los tres grandes personajes españoles—Don Quijote, Don Juan y la Celestina—caen en los terrenos de la Psiquiatría y aún de la policía. Por otra parte puede servir de advertencia la opinión de Isidoro Fernández Flores:

«El día, en que anunciándose «Don Juan Tenorio», estén vacíos los teatros, quizá España haya llegado a su completa civilización, pero ya no será España».

Un poco de respeto y simpatía para Don Juan, jugador y hombre de azar. Don Juan, que puede estar en un garito español pero que también pudo encontrarse en una carabela de los Pinzones, o haciéndose amar en lejanas tierras descubiertas, por indias portadoras de una nueva raza.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

LOS LIBROS

NOVELA

NI ÁNGEL NI BESTIA, de *André Maurois*, traducido por Pedro Madaune Dorlhac.

A la manera de Anatole France, André Maurois, el ameno biógrafo de hombres ilustres, ha escrito una novela que destila esa piadosa ironía que fué la delicia de los lectores del creador de M. Bergeret. «Ni angel ni bestia» se llama esta novela de Maurois (1); nos pinta en ella la vida del ingeniero Felipe Viniés, quien es un apasionado por los ideales revolucionarios de conquistas sociales y un convencido de las bondades del sufragio universal: un iluso que se sacrifica desinteresadamente por los abstractos principios derivados de la filosofía de Rousseau.

Ubica Maurois la acción en la época de Luis Felipe, y en un pueblo de provincia habitado por hombres sedentarios y laboriosos sin otras inquietudes que las que pueden despertar el deseo de vivir plácidamente; en aquellos rincones provincianos de donde ha nacido ese sano equilibrio del pueblo francés—mezcla de campesino y de abogado—que ha mantenido la estabilidad de la tercera república. En la época en que Maurois ubica su relato habían revivido los principios políticos y la fraseología de la Revolución del 89, siendo frecuentes los conatos revolucionarios de los que hoy llamaríamos izquierdistas.

Viniés es un optimista, generoso, ingenuo; cree en las palabras y en la bondad humana. Pertenece a la categoría de los que,

(1) Editorial Cultura. Ediciones «Nueva Epoca». Santiago de Chile.

por haber visto la vida a través de los libros, piensan que el mundo se puede rectificar por la sola voluntad de los hombres sin atender a las leyes de la naturaleza, y formulan teorías sin basas en la realidad, por lo cual son fácilmente destruídas al menor contacto con los hechos.

Frente a Viniés encontramos a Beltrán d'Ouille, espíritu escéptico y zumbón, que tiene para todo lo humano una explicación piadosa; es este personaje, que reparte sus actividades entre la arqueología y la conversación amable, una creación digna de Anatole France. Sus palabras son serenas, llenas de buen sentido y salpimentadas de fina ironía; conozcamos algunas de ellas por lo bien que ajustan a nuestro ambiente político de los últimos tiempos dominado de declaraciones demagógicas: «El Gobierno y la sociedad humana descansan sobre bases tan débiles, que un niño sería capaz de derribarlos. Doce hombres valerosos pueden hacer una revolución; para ello basta que se apoderen de algunos edificios consagrados y que hagan fabricar algunos timbres. La gran masa de los ciudadanos tranquilos obedece siempre a cualquiera orden que provenga de la Municipalidad y que lleva el timbre del Prefecto de Policía». Maurois, mediante d'Ouille, nos dice en el fondo lo mismo que ha constatado un teórico de la técnica del Golpe de Estado.

En este ambiente de complot en que se desarrolla esta novela, no falta el eterno delator, personaje siniestro, que siempre asoma en las organizaciones revolucionarias con la intención aviesa de revelar a las autoridades las actuaciones de sus propios compañeros, a fin de obtener una deleznable recompensa. Aquí encontramos a Luciano Melassart, ser antipático, que logra interesar por estas palabras suyas que son como la ratificación a hechos políticos nuestros de reciente data: «La prisión y el destierro conceden a una serie de infelices la corona del héroe, y esta gloria aparente comunica a los demás desgraciados, valor para imitarlos». Los que en nuestro país se llamaron pomposamente a sí mismos «perseguidos por la Dictadura...».

Maurois es un espíritu aristocrático, un intelectual que no vibra con las inquietudes sociales y políticas contemporáneas, y que se burla donosamente de las palabras y de los conceptos.

Un Anatole France venido a menos. Su espíritu refinado, sereno, mantiene una actitud contemplativa ante los problemas que bullen en la calle, sin descender a ella a mezclarse con la multitud y sin desoír, tampoco, ese rumor humano que es como la expresión de voluntades dispersas; permanece Maurois en el justo medio que señala la cordura. Así también esta novela, ni extraordinaria ni mediocre: la arquitectura sobria, el estilo correcto, de sencilla elegancia; los personajes diferenciados con características definidas, no son ni creaciones geniales ni vulgaridades amorfas. Para Maurois el hombre no debe ser ni ángel ni bestia, ni muy buenos, ni muy malos, viviendo en la tierra firme, lejos de las nubes y del fango. Es además, interesante la lectura de esta novela por las opiniones y actividades de sus personajes en cuanto ellas pueden tener aplicación al ambiente político de nuestro país, convulsionado por las mismas inquietudes que hicieron revolucionario a Felipe Viniés.—*Milton Rossel.*

ENSAYOS

ROMA ALLA TESTA DEL SECOLO, por *Orazio Pedrazzi.*

Ediciones del Fascio de Santiago, 1933.

EN este folleto el señor Orazio Pedrazzi, embajador de Italia en Chile, publica dos discursos suyos: el primero, pronunciado en el Teatro Municipal de Santiago el 24 de Mayo ppdo, en ocasión del aniversario de la entrada en guerra de Italia; el segundo, dictado en el Rotary Club, vierte sobre la política monetaria italiana.

En el primer discurso, en que pueden notarse pasajes elocuentes, expone el señor Pedrazzi los motivos por los cuales la guerra ha tenido para Italia una enorme importancia político-social, en cuanto ha templado el alma italiana y ha obrado como un catalítico en su desarrollo. Los beneficios políticos y económicos directos obtenidos a través de la guerra por Italia, pue-

den discutirse; pero es innegable y grandiosa, según Pedrazzi, la transformación moral, que tanta importancia puede llegar a tener en todas las manifestaciones sociales, del pueblo italiano.

Para apoyar su tesis, el señor Pedrazzi recuerda la política incierta de Italia desde el año 1870: la inconsciencia de las clases dirigentes que al pueblo hambriento contestaban sólo con la metralla, las discordias civiles, los tumultos huelguísticos, la tímida política exterior, la emigración continua y en masa de cientos de miles de italianos. A esa Italia de antes de la guerra, Pedrazzi hace resaltar el carácter decidido, violento y heroico hasta la crueldad y el sacrificio de la Italia de después de la guerra. A estas nuevas características de la política italiana, el autor considera como las fuerzas esenciales para que Italia llegue a ser un poderoso factor de progreso material y espiritual en el mundo entero.

En su disertación sobre la política monetaria italiana, el autor sostiene que los medios inflacionistas constituyen sólo paliativos que aplazan la solución del problema económico, agravándolo. Expone que la política financiera italiana ha consistido y consiste en no hacer deudas en el exterior, consumir preferentemente productos nacionales, fomentar la producción agrícola e industrial, eliminar todos los gastos públicos superfluos, uniformar la política económica bajo la dirección de un gobierno fuerte, al abrigo de las interminables querellas parlamentarias y de la demagogia de los partidos políticos.—*M. A.*

SOCIOLOGIA

SINDICATI, CONSIGLI TÉCNICI E PARLAMENTO POLITICO, por *Gaspare Ambrosini*, Roma.

Esta obra se propone poner de realce la importancia social de los sindicatos, su papel en la organización económica moderna y sus posibilidades para el desarrollo productivo.

El autor hace notar que mientras, en un principio, el Estado moderno surgido de la Revolución francesa consideró a los sin-

dicatos como peligrosos y prohibió su existencia, bajo la presión de las nuevas condiciones económicas, se han tenido que tolerar y hasta reconocer, aunque se sigan mirando con difidencia y con temor.

Ha llegado el momento, según el autor, de reconocer a los sindicatos el lugar que le corresponde en el Estado moderno.

Después de una rápida exposición de las varias corrientes ideológicas del sindicalismo, el autor se detiene en hacer la historia del sindicalismo ruso hasta la caída de Kerensky, y luego en exponer la organización del régimen soviético ruso, y especialmente su organización del trabajo.

Después de las nacionalizaciones de las industrias y de todos los medios de producción y de transporte, los sindicatos rusos dejaron de ser instrumentos de lucha de clase para transformarse sólo en órganos de producción. Hasta el día en que se decretó la centralización económica ellos administraron las empresas abandonadas por los industriales y expropiadas para ser puestas a disposición de los poderes locales.

Fué entonces que los sindicatos fueron asimilados a los Comités de fábrica, y los obreros estaban obligados a inscribirse y a contribuir mensualmente, con el 2% de sus sueldos.

En estas circunstancias, los sindicatos pretendieron ser órganos económicos del Estado, y pidieron explícitamente ser reconocidos como tales. Si se hubiera llegado a esto—declara el autor—los sindicatos habrían adquirido una posición preponderante en la vida pública de Rusia. Los factores económicos habrían prevalecido sobre la política, conforme al espíritu del programa sindicalista.

Pero, fueron, precisamente los elementos políticos del bolchevismo, y especialmente Lenin, que se opusieron a la realización de este programa. En un principio (1919), frente a las solicitudes insistentes de los sindicatos de ser reconocidos como órganos del Estado, Lenin trató de aplazar toda decisión alegando que esta elevación de los sindicatos a órganos públicos investidos del poder económico del Estado no podía realizarse de golpe. Poco menos de dos años después, el mismo Lenin, terminó la cuestión sosteniendo que los sindicatos debían colaborar con el Estado,

pero que su transformación rápida en órganos del Estado habría sido un error político. Los sindicatos debían ser una escuela de comunismo.

Lenin se impuso con su autoridad, haciendo votar esta política sindical por la mayoría del X Congreso del Partido comunista. La situación de los sindicatos decayó considerablemente, y, después, de la aplicación de la NEP, ellos volvieron a ser órganos autónomos de defensa de los obreros contra los propietarios de las empresas privadas y contra los malos administradores de las empresas del Estado. La ingerencia de la clase obrera en el mecanismo productivo, se realiza en Rusia sólo a través de los Comités de control obrero sobre las fábricas.

La parte más interesante de la obra de Ambrosini está en el examen que hace de la Carta del Carnaro, esto es, la Constitución que dió Gabriel D'Anunzio a la ciudad de Fiume en los breves días de su Gobierno. Este documento ha sido despreciado por muchos escritores, por considerarlo sólo una composición poética. Gaspare Ambrosini pone de realce la injusticia de estos juicios, en cuanto la Constitución de D'Anunzio propone una organización sindicalista muy precisa. Puede discutirse su aceptación, especialmente para un gran Estado; pero se trata de una organización muy claramente expuesta y si se considera que entre los doctrinarios sindicalistas siempre ha faltado quien propusiera un programa concreto, es indiscutible que la Carta del Carnaro, ofrece una amplia materia de discusión sobre problemas prácticos de organización sindical.

Y en efecto, del examen que hace el profesor Ambrosini de la Carta del Carnaro, hay que reconocer que ella constituye uno de los más interesantes documentos del movimiento sindical y el proyecto más armónico de organización sindicalista del Estado.

El último capítulo del libro está dedicado al movimiento sindical italiano y a su historia hasta la instauración del régimen corporativo fascista.

La exposición del señor Ambrosini es muy sencilla y clara, de manera que su libro constituye una obra destinada a iluminar

al público sobre el problema sindicalista, desde un punto de vista objetivo y sin ningún dogmatismo preconcebido.—*M. A.*

ECONOMIA

PRINCIPII DI SCIENZA ECONOMICA, por *Ghino Valenti*, (1)

Esta obra del eminente economista Valenti merecería ser conocida en Hispano América, en donde se siente la necesidad de obras económicas sistemáticas y rigurosamente científicas, y que, a la vez, estén animadas de espíritu latino, tanto por lo que se refiere a la visión de muchos problemas específicos como por lo que respecta a la forma de exposición.

Y, en efecto, el mérito de la obra de Valenti estriba principalmente en la exposición brillante y llana de los más complicados fenómenos económicos, y en poner de realce la contribución de los economistas italianos (desde Romagnosi a Ferrara y Messedaglia) al progreso de la ciencia económica.

Tiene especialmente interés el primer volumen, cuya primera parte contiene una introducción al estudio de la economía y una rápida revista histórica de las doctrinas económicas. El resto del primer tomo está dedicado a la exposición de los principios y las leyes del valor. De las numerosas publicaciones que existen sobre este tema fundamental en economía, la exposición del profesor Valenti es, sin duda alguna, de las más completas, claras, y sobre todo, libre de dogmatismo.

El autor empieza con un examen de las necesidades humanas y de sus características desde el punto de vista económico, y define de una manera precisa lo que es *utilidad, bienes y riqueza*: luego pasa a exponer las características fundamentales de los fenómenos económicos, esto es, la limitación de los bienes y sus efectos en la economía (producción de sustitutos, sustitución económica y sustitución psicológica), la ley de coordinación

(1) Editorial Barbera, 2 vols. Florencia.

(que el autor, empleando una expresión de la química, enuncia como la «ley de las proporciones definidas»).

Particularmente interesante es el desarrollo dado por Valenti a la ley de coordinación, que tanta importancia tiene en la interpretación de los fenómenos económicos modernos. Desde luego el autor pone de realce que en la economía social todo bien es productible sólo por la acción conjunta y simultánea de innumerables factores sociales; y enuncia luego la ley de coordinación por la cual «para obtener un determinado resultado útil, los elementos de la producción deben encontrarse en una determinada relación, esto es, cada determinado resultado útil está en relación con una determinada combinación cualitativa y cuantitativa de los elementos de la producción».

De esta proposición fundamental de la ley de coordinación, el autor deriva cuatro corolarios principales y desarrolla de una manera interesantísima la teoría de las proporciones definidas.

Una serie de puntos que se prestan a innumerables confusiones, son aclaradas ampliamente por el autor; así por ejemplo, la famosa cuestión de si en Economía haya que considerar bienes materiales e inmateriales, esto es, si por bienes hay que considerar sólo a los productos materiales o también a los servicios y a las relaciones de derecho entre individuos.

El autor resuelve la cuestión sosteniendo que por bienes deben entenderse todos los productos, servicios y relaciones de derecho y de hecho, siempre que satisfagan a una necesidad (esto es que sean «útiles» económicamente) y tengan las características de la exterioridad, accesibilidad y permutabilidad.

Otra cuestión que aclara mucho el autor es la de los trabajadores productivos e improductivos en la sociedad, y de si existen actividades improductivas. En realidad, debe llegarse a la conclusión de que en Economía no puede hablarse de actividades improductivas, y sólo puede discutirse sobre el hecho de si los gastos efectuados para servicios no directamente productivos, pero indispensables para la producción (educación pública, armamentos, etc.), se hacen o no de conformidad de la ley del mínimo esfuerzo.

Un punto que merece particular mención en el tratado de Valenti es su crítica a la ley de la productividad decreciente.

Por último, llega el autor al corazón de la cuestión del valor económico, y hace resaltar como el «valor» constituye una noción completamente distinta a la de «utilidad». Todas las cosas que tienen valor son útiles, sobre esto no puede haber duda, pero el grado de utilidad no constituye ningún índice del valor. El autor hace a este punto un examen de los numerosos puntos de vista expuestos por los autores clásicos, desde Adán Smith hasta Carlos Marx, y los economistas modernos que enunciaron la teoría de la «utilidad final».

Valenti hace notar como, a pesar de que aparentemente los autores tengan discrepancias esenciales, en el fondo están mucho más de acuerdo de lo que parezca a primera vista. En efecto, si bien es cierto que es exagerada la pretensión de considerar al trabajo como causa única del valor de los productos, como sostiene Marx, es innegable la influencia de los costos de producción en las fluctuaciones del valor de las mercaderías.

Se necesita, pues, descubrir una fórmula que interprete realmente la realidad de los fenómenos: y esta fórmula es la de que el valor está determinado por el grado de limitación de los bienes; la rareza, el costo de producción, el costo de reproducción, etc., son precisamente causas limitadoras.

El economista Valenti no rechaza de una manera absoluta la fórmula de la *utilidad marginal*, en cuanto, en el fondo, ella viene a indicar la verdadera causa del valor; pero tiene el inconveniente de insinuar la idea de que la causa del valor sea la utilidad continuando así la confusión entre la condición negativa, onerosa y social de los bienes (valor), con la condición positiva, gratuita e individual de los mismos (utilidad).

El autor hace observar con una cierta ironía el carácter un poco exclusivista de ciertos entusiastas de la fórmula de la utilidad marginal. Así por ejemplo, se refiere al economista Marshall que escribió que «discutir si el valor esté determinado por la utilidad o por el costo de producción sería tan poco razonable como el discutir si en un par de tijeras es la hoja superior o la inferior la que corta un pedazo de papel». Valenti considera el

parangón como de lo más inadecuado, en cuanto las dos hojas de las tijeras pueden considerarse como dos bienes complementarios, siendo necesarios tanto el uno como el otro; pero no es así con respecto de la utilidad y del costo, o de la utilidad y la limitación. La utilidad y el valor son dos condiciones distintas del mismo bien, como el peso y el volumen de un mismo cuerpo, que están determinados por causas distintas y que no se encuentran entre ellas en una relación necesaria. El mismo Marshall, en efecto, afirma que la influencia de la utilidad sobre el valor es preponderante durante períodos de tiempo breves, y la del costo en períodos largos. Un sofista podría objetar en este caso que Marshall llega a admitir que existen condiciones en las cuales una hoja de las tijeras corta más que la otra.

En resumen, el libro de Valenti resulta de lectura muy interesante y de gran utilidad a los que quieren llegar a aclarar los conceptos fundamentales de la ciencia económica, y prepararse así a estudios más especiales y a la interpretación de los fenómenos económicos, para lo cual precisa tener en cuenta los numerosos factores concomitantes que actúan sobre cada uno de ellos en la sociedad moderna.—*Mario Antonioletti.*

BIOGRAFÍAS

MOMENTOS ESTELARES DE LA HUMANIDAD, de *Stefan Zweig* (1).

Acaso haya pocos escritores contemporáneos más leídos en nuestro país que Stefan Zweig; su solo nombre es como un cartel que atrae los lectores en demanda de sus libros. Sus novelas cortas, sus estudios críticos, sus ensayos y especialmente sus biografías retienen al lector por la liviandad y frescura de su estilo, que parece empeñarse en negar su nacionalidad germánica, pues no encontramos en sus obras la nebulosa erudición de los maestros teutones. Acaso corran por sus venas gotas de sangre latina, que condimentan su prosa de esa gracia y juventud eter-

(1) Editorial Osiris. Santiago de Chile.

na que tienen las obras de los autores tonificados por los aires mediterráneos.

En sus biografías, Stefan Zweig se ha preocupado de evocar aquellas figuras relevantes de la humanidad. Fouché y Tolstoi, para citar sus obras más logradas, han recibido ya el juicio unánimemente elogioso de la crítica universal. Ahora en este libro editado recientemente en el país, Zweig nos da a conocer vidas opacas, sin relieves egregios; pero cuya actuación en diferentes actividades han rectificado el curso de la historia, alterando violentamente su ritmo; nos da a conocer, también, hechos inéditos que marcan época o historia, acontecimientos aparentemente insignificantes, pero que están henchidos de enseñanzas ejemplarizadoras. Así, el viaje al polo sur del capitán Scott es recordado por Zweig en un relato breve y emocionante, siguiendo la aventura heroica de esos exploradores que llegaron a la finalidad propuesta y sólo fueron vencidos por los rigores de un clima mortífero, después de soportar estoicamente dolorosas vicisitudes. Lecciones de verdadero heroísmo, de ese heroísmo sin estridencia que ha hecho la grandeza del pueblo inglés, son las que surgen de este sencillo relato.

De la actuación del general Grouchy en la víspera de la batalla de Waterloo extrae Zweig sugerencias morales de aplicación práctica para la vida ciudadana. Este Grouchy era un oscuro general de Napoleón, aplanado por la disciplina militar, acostumbrado a obedecer, sin que jamás brotara de su espíritu una iniciativa, un gesto personal, que lo diferencie de la soldadesca. De suerte que al darle Napoleón un puesto directivo y de responsabilidad, su norma fué ajustarse a las órdenes emanadas por el Emperador, irreflexivamente, como militar que era. Llega un momento angustioso en que debe desobedecer una orden escrita, porque las circunstancias bélicas variaron bruscamente; pero Grouchy, disciplinado, se atiene a la letra del mandato, y a pesar de las insinuaciones de sus subalternos que le indicaban cuál era el verdadero camino a seguir en ese momento, él vaciló indeciso, perdiéndose por su culpa la batalla de Waterloo, que determinó la derrota definitiva de Napoleón, alterándose por ello el curso de los acontecimientos políticos de la Europa. «La falta de de-

cisión de un hombre vulgar—observa Zweig—ha derribado el soberbio edificio construído en veinte años por el más atrevido y perspicaz de los mortales». Y generalizando, concluye Zweig sus observaciones con estas palabras: «El indeciso es rechazado con desprecio. Sólo los atrevidos, nuevos dioses de la tierra, son elevados por los brazos de fuego del destino, hasta el cielo de los héroes». La elegancia de que están revestidas estas palabras, no oculta la verdad axiomática que ellas encierran.

El momento en que Goethe escribió «La elegía de Marienbad» como desahogo a sus quebrantos sentimentales de septuagenario, suscita en Zweig una emocionada y lírica recordación, porque esta es la poesía más íntimamente personal del gran poeta, la predilecta de su ancianidad. Es la dulce despedida de una primavera gozosa desde el otoño de una vida eternamente renovada.

La vida de J. A. Sutter, el primero que advirtió la riqueza agrícola de California, se lee con el interés de la más apasionante novela de aventuras, porque el relato es movido como animada fué la vida de Sutter, de la cual Zweig nos hace una sucinta biografía.

Aquel trágico minuto en que Dostoiewsky ha de ser ejecutado es revivido patéticamente por Zweig. Dostoiewsky tiene ya vendados los ojos, una voz de mando, y la existencia del que iba a escribir «Crimen y Castigo» se habrá extinguido; en ese preciso instante llega la orden que le conmuta la pena de muerte, y Dostoiewsky se ha salvado para bien de la literatura. «Su rostro está pálido, sus ojos alucinados por la terrible carcajada de los Karamazov».

Relatos breves, sugerentes y dolorosos, son éstos de Zweig, cuya lectura tiene el poder vigorizante que emana de las vidas heroicas, revelándonos acontecimientos o existencias inéditos que han tenido la virtud de marcar una estela en el decurso de la humanidad.—*Milton Rossel.*

LA QUINTRALA Y SU ÉPOCA, por *Aurelio Díaz Meza.*

La labor literaria de Aurelio Díaz Meza, cuyo reciente fallecimiento ha sido una verdadera pérdida para las letras naciona-

les, es de las más honradas que pueda darse en nuestro ambiente intelectual. Entregado a una paciente búsqueda, exploró en los archivos todo cuanto se refiere a la época colonial, a fin de evocarla lo más verídicamente posible; pero su labor no ha sido la del investigador que se contenta con presentarnos los hechos escuetamente, el mero documento enfriado por el tiempo, donde la vibración humana está ya ausente. Díaz Meza supo devolverles a esos relatos que duermen en los archivos la atmósfera en que se desarrollaron los hechos que después ha recogido la historia, vitalizándolos, por así decirlo. Nos ha evocado un período de nuestra historia donde parece que el tiempo se había detenido, donde todo era lento y soporífero, sin que inquietud alguna perturbase la modorra de los días coloniales.

Esa quietud crepuscular de nuestra colonia fué de pronto turbada por la vida sádica y libidinosa de una mujer, que siembra en redor el espanto y la superstición, como si fuese una encarnación diabólica. Doña Catalina de los Ríos y Lisperguer—la Quintrala—es esta mujer, cuyo nombre se ha transmitido hasta nuestra época envuelto en una trágica leyenda de maleficios y crímenes. Por ello, su figura se destaca con fulgor siniestro en la paz hogareña de la colonia, interesando hasta hoy día a historiadores y artistas; a los primeros, en un afán de exactitud histórica; y a los segundos, como un motivo de evocación de una época poblada de sugerencias, donde la Quintrala es la heroína que concentra la atención del curioso. La novela está hecha, falta solamente el novelista que le dé con su estilo la emoción artística imperecedera.

Creemos que los investigadores han esclarecido ya hasta los repliegues más íntimos de la vida de la Quintrala; Vicuña Mackenna, don Crescente Errázuriz, don Miguel Luis Amunátegui y don Domingo Amunátegui—para citar las referencias que hace Díaz Meza—han revelado los más inéditos documentos que tienen relación con la existencia de esta mujer inquieta e inquietante. De escritores que hayan novelado a esta vida, novelesca de por sí solo, conocemos a Magdalena Petit, a quien parece aludir Díaz Meza, en la nota que figura en la página 55, en forma poco halagadora. Pero es incompleta la Quintrala evocada por

Magdalena Petit, pues el elemento sexual, que es en la Quintrala la determinante de sus pavorosas actividades, no aparece con el vigor y relieve que en realidad tuvo en esta existencia atormentada por la libidine. Interesante sería que algún iniciado en las ciencias médicas nos diese el diagnóstico de la Quintrala como lo hace Marañón con Enrique IV. Sabemos que Domingo Melfi prepara un ensayo acerca de la Quintrala en el cual bucea en los misterios del sexo.

Aurelio Díaz Meza, se sintió también atraído por esta vida y ahondó en ella a la luz de la más abundante documentación, dejándonos una completa biografía de la Quintrala (1). En esta obra póstuma de Díaz Meza se aúnan el elemento histórico y el artístico en desigual proporción, pues el primero ocupa un porcentaje superior, sin que la parte artística sea exigua. A través de las páginas de Díaz Meza, asistimos al proceso de un espíritu demoníaco, donde las perversidades y la lujuria se hermanaban criminalmente, enmarcado en el ambiente colonial, que es evocado en forma animada y pintoresca. Acaso haya recargo de detalles, de nombres propios y geográficos y repeticiones que desorientan al lector en la cronología de los hechos; pero ello no sería nada más que una prueba de la escrupulosidad y honradez con que Díaz Meza realizaba su obra histórica.

Por eso creemos que Díaz Meza ha dejado a la posteridad un libro valioso en el que hace la biografía de una mujer anormal en forma erudita y amena, iluminando, además, un período opaco de nuestra historia, y que se lee con el interés de la más apasionante novela. Tiene su estilo la plasticidad y gracia de los que se han nutrido en la lectura de los clásicos españoles, de ahí que no sea un desacierto considerarlo como un continuador de la obra realizada por Ricardo Palma.

Si quisiéramos buscar en este libro aquello que nos diese la síntesis del alma de la Quintrala, lo encontraríamos en el siguiente párrafo que tiene la vigorosidad de un agua fuerte:

«Su lujuria ingénita tomaba cuerpo a medida de que iba perfeccionando, en su cerebro, los procedimientos groseros que se

(1) Aurelio Díaz Meza. La Quintrala y su época. Editorial Ercilla. Santiago de Chile.

conocían para producir el dolor físico; en su ansia de saciar el apetito libidinoso, la Quintrala llegó hasta precisar los medios de provocar una más intensa congoja, a determinar qué sujetos demostraban mayor sensibilidad en el sufrimiento, y cuáles de ellos reflejaban con más propiedad y más verdad, en sus rostros y en sus actitudes, las alternativas angustiosas del suplicio. Los hombres maduros, los negros fornidos y viriles, los viejos, habituados ya al castigo, ofrecían poco atractivo a la estragada experiencia de la tirana; estos ponían, resignados, sus espaldas al látigo y reprimían su dolor con la resistencia de su fatalismo y de su vigor físico; en sus vulgares lamentos e imprecaciones no lograban conmoverla ya. En cambio, el suplicio de mujeres, de muchachos, de muchachas, de niños y niñas, proporcionaba a la feroz feudalataria un espectáculo insustituible. El espanto, la desesperación, la angustia, la congoja de una muchacha de doce años a la vista, de una antorcha de brea que iba acercándose a su rostro, paulatinamente, para incrustarse en él, estremecían de placer a ese monstruo de mujer. Las espantables muecas de un muchacho en pubertad, desnudo, sujeto de piernas y de brazos a dos palos diagonal, sobre cuyo cuerpo temblante se iba derramando arena candente o goteando brea encendida, provocaba en esa mujer satánica los más brutales espasmos de lujuria».—*Milton Rossel*.

LA SEMANA DEL LIBRO NACIONAL

HASTA aquí teníamos la Semana del Niño, la Semana de la Uva y hasta la Semana del Cepillo de Dientes. La Sociedad de Escritores, fundada en 1932, y que había permanecido *in ovo* por un año entero, mientras se despachaban las tramitaciones de su personalidad jurídica, pensó que ya era tiempo de tomarse su Semana, antes que estuviesen ocupadas todas las del año por una actividad cualquiera, y acordó en Agosto pasado celebrar la Semana del Libro Chileno.

El Directorio de la Sociedad de Escritores invitó a las reuniones preliminares a los principales editores de obras nacionales, y con su concurso y el de la Dirección de Museos y Bibliotecas, quedó acordado hacer una presentación de obras chilenas de otra época y de la actual, en el gran salón de lectura de la Biblioteca Nacional. Comisario de la Exposición del Libro Chileno fué designada la escritora Marta Brunet.

La Semana quedó fijada del sábado 9 al sábado 16 de Septiembre, inclusives. Los editores nacionales quedaron encargados de la presentación de sus propios libros de autores chilenos; la Biblioteca Nacional se encargó de exhibir en las vitrinas laterales libros chilenos del siglo pasado; y la Sociedad de Escritores organizó una serie cotidiana de actos literarios y artísticos, que se realizaron durante la entera duración de la Semana del Libro Nacional. Además la Comisaria de la Exposición reunió un interesante conjunto de retratos de autores chilenos y de ediciones ilustradas que llenaron dos grandes estantes, a ambos lados de la entrada del salón.

A la fiesta inaugural del sábado 9 concurrieron el Presidente de la República Excmo. señor don Arturo Alessandri Palma, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Miguel Cruchaga Tocornal, el Ministro de Educación don Domingo Durán, el Intendente de Santiago don Julio Bustamante, el Edecán de la Presidencia, señor Arredondo, el Director de la Biblioteca Nacional don Alejandro Vicuña, el Embajador de México en el Brasil don Alfonso Reyes, el secretario del Ateneo de Santiago don Samuel A. Lillo y otras personalidades. El público llenaba por completo las aposentaduras y formaba en dos apretadas filas en ambas alas del local.

Después de una breve ceremonia en que participó el presidente de la Sociedad de Escritores, don Ernesto Montenegro, para resumir en algunas palabras los propósitos de la Semana del Libro, el Presidente de la República y los Ministros de Estado pasaron a examinar de cerca los centenares de volúmenes de producción nacional que estaban en exhibición. El Presidente se interesó a tal punto en el libro chileno, que permaneció cerca de una hora en el recinto de la Exposición, hojeando las obras

y haciendo un cumplido elogio de las que llamaban especialmente su atención por su calidad artística.

La Asociación de Editores, que costó la Exposición, se hizo representar en la exhibición por obras nacionales editadas por Nascimento, Empresa Letras, Editorial Cultura, Ercilla, Zamorano y Caperán, Editorial Zig-Zag, Editorial Osiris, y Lux. También presentaron libros la Imprenta Universitaria y la Librería Walton.

Los actos literarios se sucedieron en el curso de la Semana del Libro. El día siguiente a la inauguración, le correspondió hablar al escritor Luis Durand, en una sesión que estuvo presidida por el director de la Sociedad de Escritores, Mariano Latorre. El tema de la conferencia fué: tres novelistas de la vida criolla austral: Marta Brunet, Fernando Santiván y Mariano Latorre.

El martes presidió la directora Amanda Labarca, y habló Marta Vergara sobre «Lo que debía ser una Sociedad de Escritores». Al día siguiente subió a la tribuna del salón de la Biblioteca Lautaro García, quien disertó acerca del teatro moderno y particularmente de Pirandello. Presidió Nathanael Yáñez Silva.

El jueves hubo un vasto programa, que ocuparon: Manuel Rojas, con la lectura de un cuento humorístico; Jerónimo Lagos Lisboa, con la recitación de algunas de sus poesías inéditas; y Acevedo Hernández, quien habló de lo que leía el pueblo en Chile. Presidió Luis Durand.

La sesión del viernes fué ocupada por Manuel Vega, con dos estudios biográficos de escritores chilenos: Alberto Romero y Jenaro Prieto. Presidió Domingo Melfi.

A la sesión de clausura, que estuvo presidida por el señor Agustín Edwards, concurrió el Ministro de Educación don Domingo Durán. Habló Januario Espinosa sobre Augusto d'Halmar y la colonia tolstoyana. Ernesto Montenegro declaró cerrada la primera Semana del Libro Nacional y agradeció al Gobierno, al director de la Biblioteca Nacional y al público el interés que habían mostrado por ella. Prometió finalmente que la Sociedad de Escritores continuaría su obra de expansión

cultural y que pronto iría a continuarla en el seno de las instituciones de enseñanza media.

Al proceder a organizar la Semana del Libro, el Directorio de la Sociedad de Escritores había acordado dar algunos premios literarios y artísticos, para lo cual recabó la ayuda pecuniaria de la Asociación de Editores y de los principales diarios y revistas de Santiago. En el curso de la Semana, el Ministro de Educación señor Durán, ofreció premios adicionales por valor de cinco mil pesos.

Contando con estos recursos, la Sociedad acordó establecer dos premios de novela, dos de cuentos, dos de teatro, dos de poesía, dos de asuntos históricos y un premio especial de divulgación literaria. Se concedería, además, un diploma a la mejor edición nacional.

Integraron los jurados las siguientes personas:

Novela y cuento: Armando Donoso, Hernán Díaz Arrieta y Manuel Vega.

Premiados: Novela, Joaquín Edwards Bello (y premio del Ministerio de Educación) Marta Brunet.

Cuentos: Augusto d'Halmar, y (premio Ministerio de Educación) Luis Durand.

Jurado de poesía: Pedro Prado, Marta Brunet y Hernán del Solar.

Premiados: Angel Cruchaga Santa María y (premio Ministerio de Educación) Pablo Neruda.

Jurado de teatro: Domingo Melfi, Mariano Latorre y Tomás Gatica M.

Premiados: Nathanael Yáñez Silva, y (premio Ministerio de Educación) Germán Luco.

Jurado de Historia y Estudios varios: Agustín Edwards, Emilio Rodríguez Mendoza y René Silva Espejo.

Premiados: Domingo Amunátegui Solar y (premio Ministerio de Educación) Ricardo Donoso.

Premio especial, de divulgación artística: Antonio Acevedo Hernández.

Todos los premios fueron concedidos con referencia a la obra total de los autores y no por obra determinada.

Jurado de ediciones artísticas: Alejandro Vicuña, Alberto Mackenna y Nathanael Yáñez Silva.

Obras premiadas: «Lecciones de Clínica Obstétrica, del Dr. Carlos Mönckeberg, editada por Nascimento. Mención honrosa: «Pages d'un Journal», de Lily Iñiguez, impresa por Isidoro Dubournois.

GLOSARIO

EL número extraordinario de «Atenea» obtuvo un éxito que superó nuestras mejores expectativas. No es lo corriente que una revista literaria agote algunas de sus tiradas e infinitos lectores busquen días después que aparece la edición, por todas las librerías, los ejemplares de la revista. Esto no acontece entre nosotros sino por excepción y sólo con libros de escándalo o novelas de clave. Podemos ahora recabar para ATENEA este honor doblemente interesante puesto que se trata de un volumen de pura expresión literaria en su más alto sentido, y un esfuerzo de cultura que recoge lo mejor de nuestras letras nacionales. Así lo han entendido todos, lectores y críticos. Lo mismo el lector ignorado que sigue nuestros pasos, mes a mes sin que siquiera sepamos su nombre y que simboliza a ese espíritu curioso y ejemplar que nada desprecia del carácter y de la vida intelectual chilena y el hombre que ocupa una situación superior por su obra de cultura, sea en la cátedra o en la prensa. Todos han hecho llegar hasta nosotros su voz de estímulo o sus palabras elogiosas. Pero mejor que nosotros hablarán los que en la prensa juzgaron el esfuerzo que significa el número 100 de nuestra Revista.

Reproducimos en seguida algunos fragmentos de los juicios:

De ALONE en *La Nación*:

EL CENTENARIO DE ATENEA

Pueden creer que se han sacado el número gordo los que compren el último número de la Revista *Atenea*. Más de trescientas páginas de lectura escogida, variada, interesante, al mismo precio de siempre, constituyen un regalo extraordinario. En su año décimo y su centésima entrega; la ilustre publicación mensual de «ciencias, letras y artes», única en el país por su calidad y digna

de figurar entre las mejores del continente, nos ha ofrecido una prueba de vida tan robusta como generosa.

Sin embargo, el conjunto, que tiene cierta coherencia y como intenciones de examen o balance general, deja una impresión de tristeza indefinida, distante del optimismo.

Predomina la reflexión preocupada, la inquietud nacional.

Quéjase don Enrique Molina, con pruebas al canto, de la pésima impresión que sobre Chile y los chilenos—o las chilenas, menos una chilena—ofrece el libro de Waldo Frank, el ligero anticapitalista que nos visitó a vuelo de avión, conmovido todavía por su entrevista con Victoria Ocampo. Los estudios de Melfi y Mariano Latorre, acerca de Blest Gana, anotan la amargura de *Los Transplantados* en que culminan la obra del gran novelista. Mari Yan en una fiesta en París, oye palabras siniestras a un profeta elegante.

La esperanza de reacción que expresa Picón Salas en su *Intuición de Chile* asienta en el escepticismo de las actuales generaciones y parece un simple buen deseo. Otros ensayistas y comentadores de la actualidad o del pasado, en el terreno literario, en el educacional, en el de los simples fenómenos sociales, repiten, más o menos, la misma nota, sin que falte, por cierto, la protesta, ya estereotipada, de los autores contra los críticos «ces péleux, ces ga-leux d'ou nous vient tout le mal»...

Suele ser el pesimismo una de las formas de la pasión de interpretación, podríamos decir a Alone. Esa inquietud nacional que advierte como un *leit motiv* en la serie de trabajos es precisamente, la preocupación por el destino del país que desde hace un tiempo a esta parte, agita a los escritores chilenos. Por lo menos a un grupo de ellos. Analiza más adelante Alone los interesantes trabajos de Ernesto Montenegro y Fernando Santiván, dedicándoles una larga glosa. Lo merecen.

De MANUEL VEGA, en *El Diario Ilustrado*

«La Revista *Atenea* ha celebrado sus cien publicaciones con un número extraordinario, que llama la atención no sólo por su volumen—más de trescientas páginas—sino también por la variedad y calidad de sus artículos.

No es común que las revistas literarias de arte, historia o filosofía,—sin «monos» como dice el vulgo—tengan larga vida entre nosotros. El público, la gran masa de lectores, prefiere el semanario ilustrado, ligero, insulso, que sólo atiende a la actualidad pasajera de los hechos. La vida del espíritu no existe para esas publicaciones. De ahí que la subsistencia de *Atenea* y los valiosos servicios que ella ha prestado al desarrollo general de nuestra cultura, sean dignos de subrayarse en esta ocasión «centenaria».

Una buena revista vale tanto como un libro, y a veces más que un libro. Llega, desde luego, rápidamente a mayor número de personas; satisface gustos y tendencias diferentes y, en todas partes, va dejando como una perenne vibración de inquietud... También recoge las inquietudes que atraviesan el ambiente, las impulsa y les da forma, según los casos. Da y recibe, siempre. Podría decirse que, en cierto modo, una buena revista provoca co-

rrientes de ideas y acerca las almas de los artistas y pensadores que, sin su concurso, vivirían alejados o se mantendrían incomprendidos y no se revelarían, unos a otros, su emoción o su verdad.

En el comercio intelectual del mundo, la revista literaria desempeña el papel del más noble y simpático de los intermediarios.

Y *Atenea* ha sido eso, en este país.

«Algunos artículos de este número especial, son fragmentos de memorias, amables evocaciones de cosas vistas y vividas, Fernando Santiván recuerda los albores de la colonia tolstoyana y, al pasar, dibuja dos finas y conmovedoras siluetas que se desvanecen a través de los años. Augusto Thompson y su abuela, «Sus viejos amigos—escribe Santiván—recordarán, sin duda, «aquellas sesiones del Ateneo en que Augusto llegaba a la desbordante sala-teatro de la Universidad, dando el brazo a una viejecita menuda, de rostro «fino y alargado, de tez blanquísima, aunque no tanto como los cabellos «albos, aplastados bajo la capota sencilla. La fisonomía era como la expresión misma de la dulzura y de la bondad. Dos pedacitos de cielo asomaban «por aquel marco de plata ennoblecido por la pátina de los años. En el hemicycleo desbordante, aquel mozo alto y esbelto, de testa byroniana, sirviendo de báculo a esa viejecita de aspecto distinguido, constituía un cuadro que provocaba respetuoso y admirativo silencio, seguido de un murmullo aprobador. Y luego, en el momento en que el novelista era llamado «para ocupar la tribuna, erguía un instante en medio de la expectación «general, depositaba un beso en la frente de la abuela y subía las gradas «con airosos movimientos de doncel trovador». Mari Yan rememora *Una noche en Montmartre*. Es una página delicada y elegante, emotiva y melancólica a ratos. No faltan tampoco los estudios serios, dignos de meditación y que arrojan luz sobre muchos problemas literarios nacionales, como son los que analizan Ernesto Montenegro, Januario Espinosa, Oscar Vera, Luis Durand, Carlos Préndez Saldías y algunos otros. Dos ensayistas, Mariano Picón Salas y Luis David Cruz Ocampo se asoman, por un momento, a nuestra realidad política, de ayer y de hoy, y hacen agudas reflexiones, discutibles tal vez, pero novedosas y sugerentes en todo momento. Recordemos aún un excelente artículo de don Enrique Molina a propósito de Waldo Frank y aplaudamos la idea de reproducir en este número los dos trabajos, concienzudos y bellos, de Mariano Latorre y Domingo Melfi sobre don Alberto Blest Gana».

De *La Nación*, en un artículo firmado M. E. :

Atenea es, desde hace diez años, la tribuna exclusiva, del arte y del pensamiento de la presente generación chilena. Renunciando de propósito a las banalidades de lo gráfico y lo noticioso, ha concentrado su programa en una obra de estudio y examen de la realidad nacional, sin renunciar por esto a acoger las amplias corrientes culturales de todos los climas y todas las razas.

En este sentido el Índice General que promete *Atenea* para pronto, ha de contener una rica galería de temas y de personalidades extranjeras y nacionales, de las que trabajan por una orientación más precisa de nuestro espíritu y por un perfeccionamiento continuo de nuestra expresión artística. Tal programa ha de encontrar, naturalmente, dificultades de todo orden en un país donde los elementos de alta cultura son todavía escasos; y la obra habría sufrido en su continuidad como tantas tentativas anteriores, si no se

hallara desde sus comienzos espaldeada por una institución que es en sí misma otro ejemplo de una voluntad orientada hacia un ideal cultural: la Universidad de Concepción.

Al consejo directivo de la Universidad penquista, que es su inspiradora y sostenedora, y al prestigio intelectual y el limpio carácter de su director local, Domingo Melfi, debe *Atenea* seguir ocupando el primer lugar entre las publicaciones chilenas de arte, literatura y ciencia, y también uno de los más altos entre las grandes revistas del continente.

Así se ha comprobado muchas veces en los ecos que nos llegan del extranjero, y vuelve a confirmarlo ahora la sorprendente acogida que tiene el número especial conmemorativo, que está por agotarse en pocos días. Estamos seguros que tan entusiasta acogida ha de ser el mejor aliciente para que los directores de *Atenea* redoblen sus nobles y desinteresados esfuerzos por el mantenimiento y el progreso indefinido de esta alta tribuna intelectual con que se honra Chile desde hace un decenio».

LIBROS RECIBIDOS

ESSAD BEY: *Petróleo y Sangre en Oriente*.—Biblioteca Letras.

LUIS PIRANDELLO: *El Turno*.—Biblioteca Letras

NICHOLÁS MURRAY BUTLER: *Los Constructores de los Estados Unidos*.—Biblioteca Internacional.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *Biblópolis*.—Viau y Zona.—Buenos Aires.

RASSEGNA ITALIANA

POLITICA · LETTERARIA · ARTISTICA · MENSILE

Fondata e diretta da Tomasso Sillani

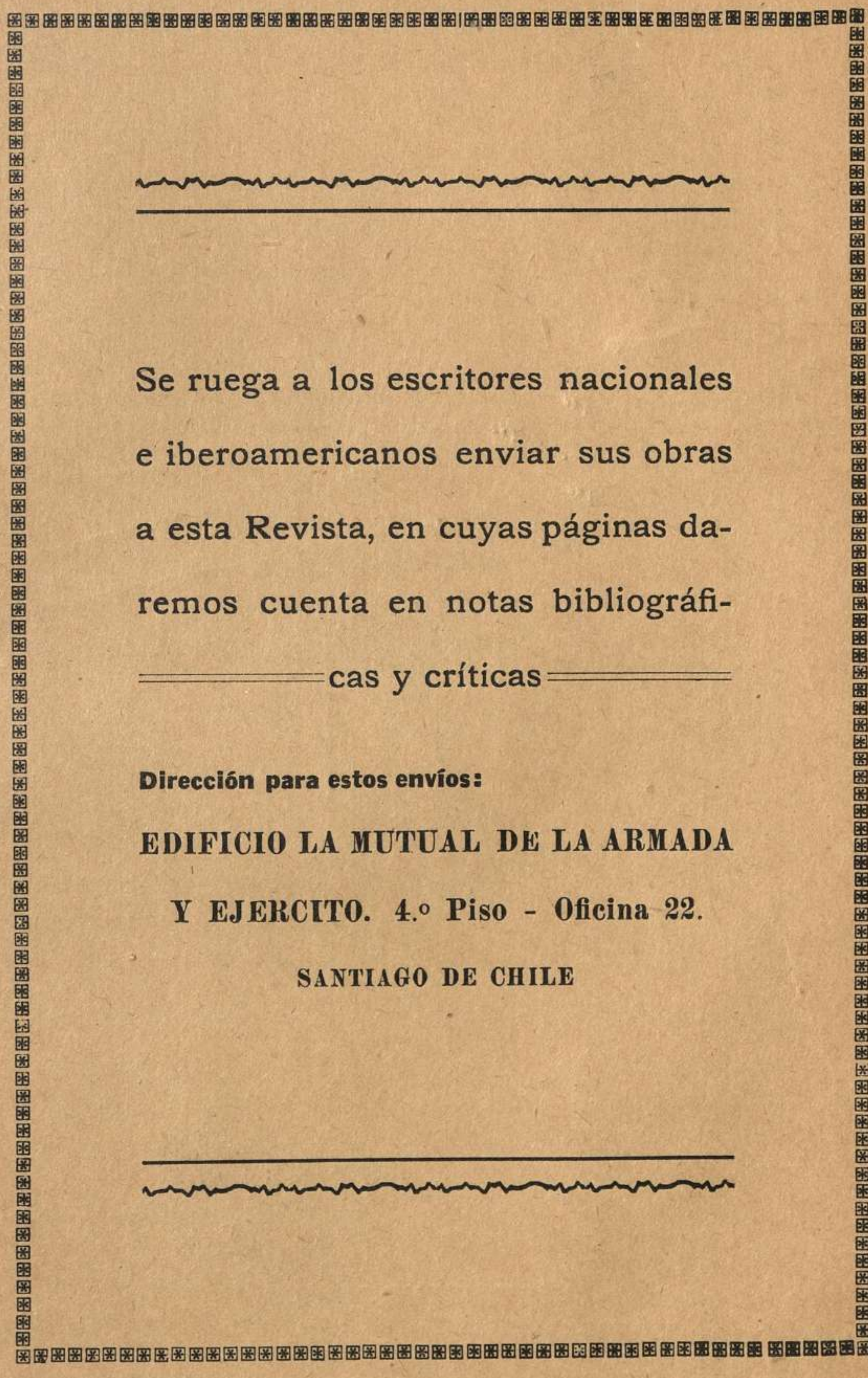
ABBONAMENTO ANNUO	{	Italia e Colonie: L. 50.	Per militari e scuole L. 40
		Estero (con spedizione raccomandata) L. 90	
		Tunisia, Corsica, Malta, Dalmazia, Canton Ticino L. 80	

Volume speciale: **Lo Stato Mussoliniano e le realizzazioni del Fascismo nella Nazione**

(Pubblicato nel Maggio 1930)

Volume de 500 pagine, con illustrazioni e grafici nel testo e una tavola con S. M. il Re e il Duce—Italia e Colonie L. 30; Estero L. 40.—Agli abbonati della Rassegna Italiana L. 20.—Per la spedizione del volume aggiungere L. 2 per l'Italia, e L. 5 per l'Estero. Yndirizzare richieste e vaglia alla

RASSEGNA ITALIANA, Piazza Mignanelli, 25 - ROMA



Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA
Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago

MCD 2018







MCD 2018